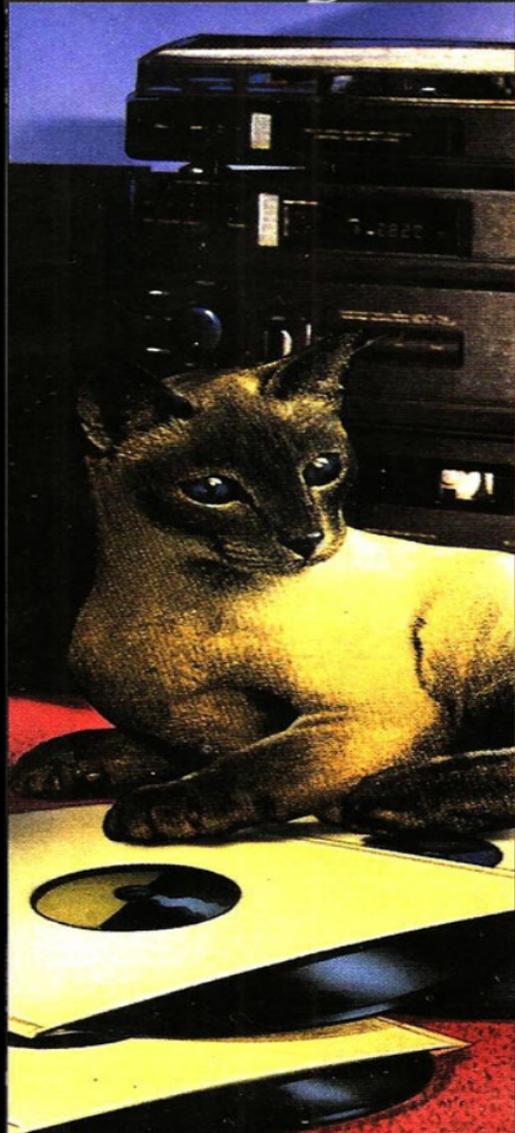


*Lilian Jackson Braun*



EL  
GATO  
QUE  
ESCUCHABA  
A BRAHMS

*Una novela  
de intriga*



Ante la duda de si atraviesa una pasajera depresión veraniega o una crisis profesional en toda regla, el periodista Jim Quilleran decide tomarse un respiro.

Acompañado de sus dos excepcionales gatos siameses, Koko y Yum Yum, se traslada a Mooseville, un idílico pueblo a orillas de un lago.

Pero la tranquilidad dura poco. Quilleran encuentra un cadáver, y sus posteriores indagaciones chocan con la actitud misteriosamente reservada de los lugareños. Al mismo tiempo Koko desarrolla una curiosa afición por la música clásica.



Lilian Jackson Braun

# **El gato que escuchaba a Brahms**

**El gato que... - 5**

**ePub r1.2**

**Titivillus 05.01.15**

Título original: *The cat who played Brahms*

Lilian Jackson Braun, 1987

Traducción: Gloria Méndez

Ilustraciones: Next

Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





2°

Aniversario  
Edición conmemorativa

  
epublico

Para Jim Qwilleran, periodista veterano, aquél era uno de los momentos más espantosos de su carrera. Años atrás, cuando era corresponsal de guerra, había sufrido bombardeos en distintas playas, y como reportero de sucesos había estado en el punto de mira de la mafia. En la actualidad se dedicaba a escribir críticas gastronómicas para un periódico de la llanura central de Estados Unidos, el *Daily Fluxion*, y no se sentía preparado para afrontar la extraña situación en que se encontraba el club de prensa.

El día no había empezado mal. Había desayunado en la pensión: un trozo de melón dulce, una tortilla francesa a las finas hierbas con revuelto de hígado de pollo, pastelillos de hojaldre rellenos de queso y tres tazas de café. Tenía previsto comer con su viejo amigo Arch Riker en el club de prensa,

su lugar predilecto.

Qwilleran subió por las escaleras de la mugrienta fortaleza de piedra caliza, que antaño había sido prisión del estado y en la que ahora se servían bebidas y comidas a los periodistas. Al acercarse al antiguo portalón claveteado se dio cuenta de que algo no iba bien. ¡Olía a barniz recién aplicado! ¡Su agudo oído percibió que los goznes de la enorme puerta ya no crujían! Entró en el vestíbulo y sofocó un grito. El ambiente lóbrego y lleno de humo que tanto le complacía se había transformado en luminoso y fresco.

Qwilleran sabía que habían cerrado el club de prensa durante dos semanas para llevar a cabo lo que llamaban una «limpieza anual», pero nadie esperaba semejante metamorfosis. Todo había ocurrido mientras estaba en la ciudad, preparando un artículo.

Qwilleran notó que su exuberante bigote canoso

se había erizado de rabia y lo peinó con los dedos para llamarlo de nuevo al orden. En lugar de los viejos muros negros del vestíbulo, recubiertos de varias capas de barniz barato, había ahora unas paredes empapeladas con algo parecido a los manteles de la abuela. En lugar del suelo de madera arañado por un siglo de uso, había una mullida moqueta que iba de pared a pared. Los fluorescentes que brillaban en la bóveda del techo habían sido sustituidos por una lámpara de araña de bronce. Incluso el familiar olor a humedad había dejado paso al aroma artificial de lo nuevo.

El periodista, reprimiendo su sorpresa y disgusto, entró en el bar y fue directo al rincón oscuro en que solía comer. Encontró más de lo mismo: paredes de color crema, luces difusas, cestos colgantes con flores de plástico y espejos. ¡Espejos! Qwilleran se encogió de hombros.

Arch Riker, su redactor en el *Daily Fluxion*, estaba sentado en la mesa de siempre con su habitual

vaso de *whisky* escocés, pero alguien había lijado y barnizado la mesa y había colocado tapetes de papel con los bordes festoneados. La camarera no tardó en servir a Qwilleran el vaso de zumo de tomate que acostumbraba pedir, pero no llevaba su uniforme habitual, corto y con un pañuelo de volantes en el bolsillo delantero. Todas las camareras iban vestidas como sirvientas francesas, con sofisticados trajes negros, cofias y delantales blancos.

—¡Arch! ¿Qué ha ocurrido? —Preguntó Qwilleran—. ¡No doy crédito a mis ojos! —Dejó caer su considerable peso sobre una silla y lanzó un gemido.

—Pues que ahora forma parte del club un gran número de mujeres —explicó tranquilamente Riker—, y muchas se han apuntado al comité de mantenimiento para limpiar un poco el lugar. Lo llaman «renovación reversible». El año que viene el comité de mantenimiento puede arrancar el papel y la moqueta y recuperar el estado calamitoso y

decrépito original...

—¡Lo dices como si te gustaran los cambios, traidor!

—Hay que adaptarse a los nuevos tiempos —apuntó Riker con la anodina ecuanimidad de un redactor que ha visto de todo—. Echa un vistazo al menú y pide. Tengo una cita a la una y media. Yo quiero cordero al curry.

—Ya no tengo hambre —protestó Qwilleran, con el bigote arqueado hacia abajo, acentuando su enfado. Señaló el local con el brazo—. Este lugar ha perdido todo su encanto. Incluso huele raro. —Levantó la nariz y olisqueó—. ¡Materiales sintéticos! ¡Probablemente cancerígenos!

—Tienes la delicadeza olfativa de un sabueso, Qwill. Nadie se ha quejado del olor.

—Y hay más —añadió Qwilleran, agresivo—. Tampoco me gustan las nuevas tendencias del

*Fluxion.*

—¿Qué quieres decir?

—Para empezar colocan a todas esas mujeres en la redacción de sucesos y mandan hombres a la sección femenina. Luego instalan cuartos de baño mixtos, y ponen despachos verdes, naranjas y azules. ¡Parece un circo! Me quitan la máquina de escribir y me dejan una pantalla que no hace más que darme dolor de cabeza.

—Qwill —dijo Riker con tono conciliador—, eres incapaz de olvidar los viejos tópicos. Pretendes que los reporteros escriban sin sacarse el sombrero y sigan tecleando con los dedos.

Qwilleran se desplomó sobre su silla.

—Mira alrededor, Arch. He estado pensando en algo y acabo de decidirme. Tengo tres semanas de vacaciones oficiales y dos más por horas extras. Me gustaría pedir un tiempo de excedencia y marcharme

unos tres meses.

—Supongo que bromeas.

—Estoy cansado de escribir bazofia para hacer la pelota a los restaurantes que se anuncian en el *Fluxion*. Quiero ir hacia el norte; escapar del bombo publicitario, la polución, el ruido y los crímenes de esta ciudad.

—¿Te encuentras bien, Qwill? —preguntó Riker, preocupado—. No estarás enfermo o algo así, ¿verdad?

—¿Tan raro es que quiera respirar un poco de aire puro?

—¡Te mataría! Eres hombre de ciudad, Qwill. Igual que yo. Ambos estamos acostumbrados al monóxido de carbono, al humo y a toda la suciedad que flota en el ambiente de Chicago. Soy tu amigo desde hace años y te aconsejo que no lo hagas. Empiezas a ganar dinero y... —Bajó la voz—.

Verás, Percy está pensando en proponerte un nuevo puesto muy interesante.

Qwilleran gruñó. Conocía de sobras lo interesantes que solían ser las propuestas del redactor jefe. En los últimos años le había hecho cuatro y todas ellas eran un insulto a un antiguo corresponsal de guerra, ganador de un premio al mejor reportaje policiaco.

—¿De qué se trata esta vez? —musitó—. ¿Necrológicas? ¿Consejos para las amas de casa?

Riker sonrió satisfecho antes de responder en voz baja:

—¡Periodismo de investigación! Podrás escoger tus propios temas. Corrupción política, fraude empresarial, violaciones de la protección del medio ambiente, presupuestos del gobierno... cualquier cosa que puedas descubrir.

Qwilleran se alisó el bigote y miró fijamente a

su redactor. El periodismo de investigación le interesaba desde hacía tiempo, antes incluso de que hiciera furor en los medios de comunicación. A pesar de todo, su labio superior —uno de sus mejores consejeros— le lanzaba señales inequívocas.

—Tal vez en otoño. Ahora quiero pasar el verano en algún lugar en que la gente no cierre las puertas a cal y canto ni saque las llaves del contacto al bajar del coche.

—Puede que la oferta no siga en pie en otoño. Sabemos que el *Morning Rampage* está buscando un periodista de investigación y Percy quiere ganarles por la mano. Ya sabes cómo es... Te arriesgas mucho si no estás aquí para aceptar el trabajo en el momento adecuado.

La camarera trajo otro *whisky* a Riker y apuntó el pedido.

—Estás demasiado delgado —le dijo la joven a

Qwilleran—. ¿Qué te parece una hamburguesa gigante con patatas fritas, cerveza y un pastel de manzana?

La miró malhumorado y repuso:

—No tengo hambre.

—Pide un TLP —sugirió—. Puedes comerte el tomate y la lechuga y llevarte el pavo para dárselo a *Koko*. Yo misma te lo envolveré.

El gato siamés de Qwilleran era famoso en el club de prensa. El retrato de *Koko* colgaba en la entrada junto a las fotografías de los ganadores de los premios Pulitzer, y sin duda era el único gato en la historia del periodismo que disponía de credencial profesional firmada por el jefe de policía. La naturaleza inquieta e inquisitiva de Qwilleran le había llevado a meter entre rejas a unos cuantos criminales, aunque en el club de prensa todo el mundo sabía que el verdadero cerebro de esas detenciones era un felino de increíble

inteligencia y gran perspicacia. *Koko* siempre husmeaba o rascaba con la pata en el lugar adecuado y el momento preciso.

Los dos periodistas comieron el cordero al curry y el bocadillo de pavo en silencio, pensativos. Por fin, Riker preguntó:

—Si te marchas todo el verano, ¿adónde irás?

—Alquilaré una cabaña junto al lago, a unos 250 kilómetros hacia el norte, cerca de Mooseville.

—¿Tan lejos? ¿Qué harás con los gatos?

—Los llevaré conmigo.

—No tienes coche y en aquellos parajes no hay taxis.

—Podría pagar la entrada de un coche, de segunda mano, por supuesto.

—¡Claro! —Exclamó Riker, que conocía la fama de ahorrador de su amigo—. Supongo que el genio

felino de la casa se encargará de sacarse el carnet de conducir.

—*¿Koko?* No me extrañaría. Empieza a mostrar gran interés por apretar botones, accionar palancas y ruedas... cualquier mecanismo mecánico.

—Pero Qwill, ¿qué harás en un lugar como Mooseville? No sabes pescar ni navegar. El lago resulta demasiado frío para nadar. En invierno está helado y en verano las aguas apenas se descongelan.

—No te preocupes, Arch. Tengo mis propios planes. Se me ha ocurrido una magnífica idea para un libro. Me gustaría escribir una novela... llena de sexo y violencia. Ya sabes, cosas con gancho...

Riker lo miraba perplejo mientras intentaba plantear más objeciones.

—Te costará una fortuna. ¿No sabes lo que piden por alquilar una casa en verano?

—De hecho —replicó Qwilleran con aire

triunfal—, no me costaría ni un céntimo. Una vieja tía mía vive allí y tiene una cabaña que puedo usar.

—Jamás mencionaste que tuvieses una tía.

—Bueno, en realidad no somos familia. Verás, era amiga de mi madre y la llamo tía Fanny desde niño. Habíamos perdido el contacto, pero vio mi firma en las páginas del *Fluxion* y me envió una carta. Hace tiempo que nos escribimos... Por cierto, hablando de firmas, en el periódico de ayer han vuelto a escribir mal mi nombre.

—Lo sé, lo sé —aceptó Riker—. Tenemos un nuevo jefe de tipógrafos y nadie le advirtió que tuviera cuidado con esa ridícula W de tu apellido... Rectificamos en la segunda edición.

La camarera sirvió el café: un brebaje tan negro como el barniz tizoso que ahora ocultaba el papel de las paredes... Riker se quedó mirando la taza intentando adivinar las razones del extraño comportamiento de Qwilleran.

—¿Qué hay de tu amiga? Esa chica que come productos dietéticos. ¿Qué opina de tu repentino acceso de locura?

—¿Rosemary? Le encanta la idea de pasar una temporada al aire libre, hacer ejercicio y todo ese rollo...

—Hace tiempo que ya no fumas. ¿Tiene ella algo que ver?

—¿Insinúas que soy incapaz de tomar decisiones por mí mismo? Lo que ocurre es que he llegado a la conclusión de que comprar tabaco, llenar la pipa, prepararla, encenderla varias veces, vaciar la ceniza, limpiar el cenicero y la pipa supone demasiado trabajo...

—Te estás haciendo viejo —opinó Riker.

Después de la comida, el crítico de la renovación del restaurante volvió a su despacho verde oliva con su teléfono a juego y su pantalla. Por

su parte, el redactor asistió a una reunión de ayudantes de redacción, jefes de redacción, redactores generales y redactores ejecutivos.

Qwilleran estaba encantado de que su confesión hubiese acabado con la frialdad profesional de la que Riker hacía gala. De hecho, muchas de sus observaciones le parecían dignas de ser tenidas en cuenta. ¿Estaba seguro de ser capaz de vivir una existencia sencilla durante tres meses, después de haber pasado la vida inmerso en el caos urbano? Era cierto que se proponía escribir un libro durante el verano, pero ¿cuántas horas al día podría sentarse a teclear delante de la máquina de escribir? No podría comer en el club de prensa, ni recibir llamadas telefónicas, ni pasar la tarde con los amigos, ni pegarse grandes comilonas, ni ver partidos por televisión, ni estar con Rosemary.

No obstante, necesitaba un cambio de aires. Se sentía decepcionado con respecto al *Fluxion*, y a su naturaleza frugal le apetecía pasar una temporada

junto a un lago.

Por otro lado, la tía Fanny no había mencionado cuestiones importantes como las comodidades de la casa. Qwilleran necesitaba una cama enorme, sillas confortables, buenas lámparas para leer, una nevera decente, agua caliente en abundancia y cañerías que funcionasen a la perfección. Sin duda echaría de menos las ventajas de Maus Haus, la magnífica casa de huéspedes en que tenía un lujoso estudio; el elegante comedor de la pensión y la compañía de los otros, especialmente de Rosemary.

El teléfono verde de su despacho sonó y Qwilleran descolgó el auricular, algo distraído.

—Qwill, ¿te has enterado?

Era Rosemary, que parecía muy alterada.

—¿Qué ha pasado?

El año anterior se habían producido dos homicidios en Maus Haus, pero el criminal estaba

entre rejas y los huéspedes habían recuperado la tranquilidad y la sensación de seguridad.

—Robert va a vender el edificio —se lamentó Rosemary—. Tendremos que mudarnos.

—¿Por qué lo vende? Parecía que todo funcionaba a las mil maravillas.

—Alguien le hizo una magnífica oferta por la propiedad. Ya sabes que su sueño era dejar la abogacía y abrir un restaurante de categoría. Dice que ésta es su oportunidad. El contratista asegura que el terreno es perfecto para construir un bloque de apartamentos.

—Es una lástima —convino Qwilleran—. Robert nos ha malacostumbrado con su Chateaubriand, su langosta thermidor y sus centros de alcachofa a la florentina. ¿Por qué no pasas por la número seis cuando vuelvas a casa? Charlaremos un rato.

—Llevaré una botella. Pon los vasos en el congelador —dijo Rosemary—. Acabamos de recibir un cargamento de zumo de granada.

Rosemary era copropietaria de una tienda de productos comestibles exóticos llamada Helthy-Whelthy, un apelativo que Qwilleran encontraba poco afortunado.

Colgó el auricular, pensativo. Las malas noticias parecían una señal del destino para que prosiguiese con sus planes de emigrar al norte. Aquella tarde, se marchó pronto de la oficina con una bolsa que contenía pavo del club de prensa y una cinta métrica de la tienda de antigüedades Blue Dragon.

El autobús de River Road lo dejó en una tienda de coches usados y empezó a inspeccionar una serie de vehículos pequeños, de buen aspecto. Los abrió uno tras otro y midió la distancia que quedaba libre detrás del asiento del conductor.

El vendedor, que miraba atento la maniobra,

decidió intervenir:

—¿Le interesan los modelos compactos?

—Depende —musitó Qwilleran, mientras metía la cabeza en el asiento trasero. Tomó nota mentalmente: «doce por quince».

—¿Busca algún vehículo en especial?

—No. —El cambio de marchas parecía problemático. «Trece por quince».

—¿Desea un coche con marchas o automático?

—No importa —contestó Qwilleran, mientras seguía midiendo. Con los años que hacía que conducía los coches que el periódico ponía a su disposición, sentía que era capaz de conducir cualquier cosa: no era demasiado exigente.

El vendedor observaba con detenimiento el gran bigote caído y los ojos afligidos.

—¡Yo le conozco! —exclamó, por fin—. Su

fotografía aparece a menudo en el *Fluxion*. Escribe sobre restaurantes. Mi primo tiene una pizzería en Happy View Woods.

Qwilleran gruñó desde el interior del cuatro puertas.

—Me gustaría mostrarle un modelo que acabamos de recibir. Todavía no hemos tenido tiempo de limpiarlo, pero es un coche del año pasado... Sólo tiene doce mil kilómetros. Lo adquirimos en una subasta.

Qwilleran lo siguió hasta el taller, donde vio un coche verde, de dos puertas, que todavía no habían renovado. Se coló en el asiento trasero con su cinta métrica. A continuación, se acomodó en el asiento del conductor, estiró sus largas piernas y volvió a medir. «Catorce por dieciséis...».

—Es perfecto —dijo—, aunque tendré que cortar las asas. ¿Cuánto cuesta?

—Pase a la oficina y negociaremos el precio — propuso el vendedor.

El periodista dio una vuelta a la manzana con el vehículo verde y se dijo que daba menos sacudidas y traqueteos que cualquiera de los coches de la empresa que había utilizado. Además, no hacía mucho ruido y el precio era razonable. Hizo un pago inicial, firmó papeles y condujo el bólido hasta Maus Haus.

Como suponía, encontró una carta de Robert Maus en el buzón. Se trataba de un mensaje oficial, escrito con el tono de abogado con que acostumbraba llevar sus asuntos. Informaba de que la finca conocida como Maus Haus había pasado a ser propiedad de una corporación de inversores extranjeros y comunicaba a los inquilinos que los contratos de alquiler no serían válidos más que hasta el primero de septiembre.

Qwilleran, que había leído la carta en la entrada,

se encogió de hombros y se dirigió a su apartamento, situado en la terraza. Abrió la puerta del número seis, envuelto en un aroma a pavo que debería de haber vuelto locos de alegría a sus dos hambrientos siameses, haciendo que se precipitaran a su encuentro, se deslizaran entre sus piernas describiendo círculos, gimiendo y lamentándose a dúo. Sin embargo, los dos ingratos permanecieron sentados sobre la alfombra blanca, en una especie de conspiración del silencio. Qwilleran sabía por qué. A *Koko* y a su compañera *Yum* les encantaba improvisar, pero detestaban los cambios impuestos por los demás. En Maus Haus se encontraban a gusto junto al ventanal por el que se filtraba el sol, y desde el que podían observar el continuo ir y venir de las palomas y disfrutar del confort de la alfombra de piel de oso.

—Está bien, muchachos —comentó Qwilleran—. ¡Sé que no queréis que nos mudemos, pero esperad a ver adónde nos vamos! Me encantaría

llevarme la alfombra, pero no es nuestra.

*Koko*, que en realidad se llamaba *Kao K'o-Kung*, tenía el mismo aire digno que un potentado oriental. Se sentó erguido, con gesto altivo, mostrando su desagrado con cada uno de sus bigotes. Tanto él como *Yum* eran conscientes de lo hermosos que quedaban colocados sobre la mullida alfombra blanca. Por supuesto, tenían el aspecto y color de un siamés: ojos azules con una máscara marrón oscura en el rostro, pelaje de un tono más claro y con un brillo que desbancaba el de un visón, largas y elegantes patas marrones y cola muy ágil.

Qwill cortó el pavo para que se lo comieran.

—¡Vamos, por él! Esta vez es auténtico pavo.

Los dos siameses se mantuvieron impertérritos.

Qwilleran percibió un aroma que le resultaba familiar. Era el perfume de Rosemary. La joven no tardó en llamar a la puerta. La recibió con un beso

que era algo más que una simple señal de cortesía. Los siameses seguían sentados, inmóviles.

Se sirvieron zumo de granada con hielo y un poco de soda y brindaron por el edificio condenado a la demolición y por todas las cosas que habían ocurrido entre sus muros.

—Nunca olvidaremos estos años —comentó Qwilleran.

—Fue como un sueño —añadió Rosemary.

—De vez en cuando una pesadilla.

—Supongo que ahora aceptarás la oferta de tu tía. ¿Te dejarán marchar en el *Fluxion*?

—Sin duda. Quizá no me dejen volver, pero me dejarán marchar. ¿Tienes algún plan?

—Tal vez vuelva a Canadá —explicó Rosemary—. Max quiere abrir un restaurante de comida naturista en Toronto y si consigo vender mi parte de Helthy-Whelthy, quizá me asocie con él.

Qwilleran soltó un bufido. ¡Max Sorrel! ¡Ese mujeriego!

—Esperaba que vinieses al norte conmigo.

—Me encantaría, si finalmente no me comprometo con lo de Toronto. ¿Cuándo piensas marcharte?

—Hoy he comprado un coche. Partiré con los gatos hacia Pickax City para saludar a la tía Fanny y luego seguiré hasta el lago. Hace cuarenta años que no la veo. A juzgar por sus cartas, es todo un personaje. Escribe de tal manera que es difícil leer lo que pone.

Rosemary se quedó perpleja.

—Mi madre también solía hacerlo. Verás, escribe una página, luego le da la vuelta a la hoja y reescribe sobre la misma línea.

—¿Para qué? ¿Para ahorrar papel?

—¡Quién sabe! Tal vez lo haga para preservar su intimidad. No es fácil descifrar sus escritos... En realidad, no es mi tía —prosiguió—. Fanny y mi madre fueron amigas durante la Primera Guerra Mundial. Luego Fanny cursó una carrera... No se casó. Cuando se jubiló, decidió volver a Pickax City.

—Nunca había oído hablar de ese lugar.

—Era una zona minera. Su familia se hizo rica con las minas.

—Querido Qwill, ¿me escribirás?

—Te escribiré... a menudo. Te echaré de menos, Rosemary.

—Cuando la hayas visto, cuéntame cómo es la tía Fanny.

—Ahora se llama Francesca. No le gusta que la llame tía Fanny, dice que la hace sentirse vieja.

—¿Qué edad tiene?

—Cumplirá los noventa el mes que viene.

## 2

Qwilleran llenó el maletero del coche para su viaje hacia el norte. Metió dos maletas, la máquina de escribir, un voluminoso diccionario, quinientos folios en blanco y dos cajas de libros. *Koko* se negaba a comer los productos especiales para gatos, de modo que viajaban con veinticuatro latas de pollo, salmón, carne de buey, atún, cóctel de camarones y cangrejo de Alaska. En el asiento trasero puso el cojín azul, el preferido por ambos siameses, y en el suelo una olla sin asas con una capa de arena para gatos de unos centímetros de espesor. Aquél era el cuarto de aseo de los gatos. Cuando se oxidó el anterior recipiente, Robert Maus donó la olla, sacándola de su bien surtida cocina.

Los muebles que había en el estudio de Qwilleran pertenecían al anterior inquilino y sus pocas pertenencias (una antigua báscula y un viejo

escudo de armas de hierro fundido) estaban en el sótano de Arch Riker, que había accedido a guardarlas durante el verano. Así pues, el periodista partió hacia el norte ligero de equipaje y con el corazón alegre.

Sus pasajeros del asiento trasero no reaccionaron con el mismo entusiasmo. La hembra maullaba de forma estridente cada vez que tomaban una curva, giraban en un cruce, cruzaban un puente, pasaban bajo un viaducto, adelantaban un camión o superaban los ochenta kilómetros por hora. *Koko* le mordía la pata trasera para regañarla, con lo que se sumaban gruñidos y silbidos al concierto. *Qwilleran* conducía con la mandíbula tensa, soportando las miradas hostiles y los focos de los conductores que le adelantaban.

La carretera cruzaba una serie de pequeñas poblaciones y luego se internaba en el campo. La temperatura bajó, aparecieron abetos más altos, señales que indicaban la presencia de ciervos y más

camionetas de reparto. Faltaban unos ciento cincuenta kilómetros para llegar a Pickax City cuando Qwilleran, que tenía los nervios destrozados, optó por parar a pasar la noche. Escogieron un pequeño motel rodeado por una zona boscosa. Los tres viajeros estaban exhaustos; *Koko* y *Yum Yum* cayeron rendidos en cuanto se acomodaron en el centro de la cama.

Al día siguiente el viaje transcurrió con menos protestas. La temperatura bajó aún más y de los ciervos pasaron a los alces. La carretera atravesaba una zona montañosa en dirección a los valles, en uno de los cuales se encontraba Pickax City. La calle principal estaba llena de casas majestuosas, que ponían de manifiesto la riqueza generada por las minas y la explotación forestal. La calle dividía en dos la ciudad y bordeaba un pequeño parque, frente al cual se alzaban unos edificios impresionantes: un palacio de justicia del siglo XIX, una biblioteca con una columnata que recordaba un templo griego, dos

iglesias y una casa señorial con adornos de bronce pulido, que era la de tía Fanny.

De planta cuadrada y piedra natural, tenía una entrada para carruajes en la parte trasera, frente a la cual había una furgoneta de reparto azul. En esos momentos un jardinero cuidaba de unos arbustos. El hombre se quedó mirando fijamente a Qwilleran con una expresión que el periodista no logró descifrar. Junto al portón había un buzón antiguo, de bronce, con un apellido grabado: Klingenschoen.

La viejecilla que abrió la puerta era sin duda la tía Fanny: una mujer dinámica de ochenta y nueve años de edad, delgada y llena de energía. En su rostro arrugado y pálido, a pesar del maquillaje, se apreciaban unos labios pintados de un tono naranja y unas gafas que parecían aumentar el tamaño de sus ojos. Se quedó mirando a su visitante y por fin abrió los brazos en un espectacular gesto de bienvenida. A continuación lanzó una especie de gruñido, que pareció salir directamente de su pecho:

—¡Dios bendito! ¡Cómo has crecido!

—Eso espero —contestó Qwilleran con tono jocoso—. La última vez que me viste tenía siete años. ¿Cómo estás, Francesca? ¡Tienes muy buen aspecto!

El exotismo de su nombre armonizaba con su sofisticado atuendo: una túnica de satén naranja con pavos reales bordados y unos pantalones negros ajustados. En la cabeza llevaba un fular, también de color naranja, anudado en el extremo, con lo que la hacía parecer un poco más alta.

—Pasa, pasa —invitó, encantada—. ¡Dios mío! ¡Cómo me alegro de volver a verte...! Sí, estás como en la foto del *Fluxion*. Lo que daría por que tu querida madre, que en paz descansa, pudiera verte ahora. Le encantaría tu bigote. ¿Te apetece una taza de café? Sé que los periodistas bebéis mucho café. Lo tomaremos en el porche.

Tía Fanny lo guió a través del vestíbulo de techo muy alto y una escalera señorial, pasaron por la sala de estar, el comedor exquisitamente decorado, la biblioteca forrada de madera, una sala para tomar el desayuno con tapicería de cretona y finalmente llegaron a otra sala espaciosa con grandes ventanales, muebles de mimbre y hermosos ficus.

Luego dijo con su voz profunda:

—Tengo unos pastelillos de canela deliciosos. Tom fue a buscarlos esta mañana a la pastelería. Cuando eras pequeño, te encantaban los pastelillos de canela.

Qwilleran se acomodó en uno de los sofás de mimbre, mientras su anfitriona se alejaba con sus pequeñas zapatillas chinas de color negro hasta desaparecer de su vista, aunque sin dejar de hablar —un monólogo que Qwill sólo podía oír a medias—. Al cabo de unos segundos, volvió cargada con una gran bandeja.

Qwilleran se levantó de inmediato.

—Francesca, deja que te ayude.

—Gracias, querido —dijo con su voz grave—.

Eras un niño tan cariñoso... Ponte crema en el café. Tom la trajo esta mañana. Los de ciudad no sabéis qué es la verdadera crema, querido.

Qwilleran prefería el café solo, pero aceptó la crema. Mientras mordía uno de los pastelillos de canela, dejó vagar la mirada por los ventanales. El jardinero se apoyaba en su rastrillo y observaba qué ocurría en el interior.

—Bueno, supongo que te quedarás a comer —propuso tía Fanny, sentada en una mecedora tan grande que casi la ocultaba por completo—. Tom irá a la carnicería y comprará unos bistecs. ¿De qué clase los prefieres? Tenemos un carnicero maravilloso. ¿Te apetece una patata cocida rellena de crema?

—¡No, no! Gracias, Francesca, pero tengo dos amiguitos inquietos en el coche y quiero llevarlos a la cabaña lo antes posible. Te agradezco la invitación, pero lo dejaremos para otro día.

—Tal vez preferirías unas costillas de cerdo —prosiguió tía Fanny—. Te prepararé una magnífica ensalada. ¿Cómo te gusta aliñarla? Tomaremos *crêpes suzette* de postre, era lo que solía preparar cuando tenía una cita con un hombre.

Qwilleran se preguntó si estaría sorda o si el problema era que no tenía la menor intención de escuchar. Pensó que la solución consistía en llamar su atención.

—¡Tía Fanny! —exclamó.

Se quedó perpleja al oír aquel nombre.

—¿Sí, querido?

—Cuando nos hayamos instalado, volveré y comeré contigo. Si lo prefieres puedes ir al lago y

yo prepararé la comida. ¿Dispones de algún medio de transporte, Francesca?

—¡Sí, por supuesto! Tom me lleva a donde quiero. Me retiraron el carnet de conducir hace unos años, después de un pequeño accidente. El jefe de policía resultó ser una persona muy desagradable, pero ya nos hemos librado de él y ahora el puesto lo ocupa un hombre encantador. Le ha puesto mi nombre a su hija menor...

—¡Tía Fanny!

—¿Sí, querido?

—¿Me indicarás cómo puedo llegar a la cabaña?

—Claro. Es muy fácil. Ve hacia el norte del lago y gira a la izquierda. Busca los restos de una chimenea de piedra que se encuentra a la izquierda de una vieja escuela construida con troncos. A continuación, verás la letra K en uno de los postes. Gira y toma el camino de gravilla y síguelo a través

del bosque. Ésas son mis propiedades. Luego encontrarás los cerezos en flor. Mooseville se encuentra a unos cinco kilómetros. Puedes ir al pueblo cuando quieras comer en un restaurante o comprar. La administradora de correos es una joven muy hermosa, pero... ¡no te entusiasmes demasiado! Está casada...

—¡Tía Fanny!

—¿Sí, querido?

—¿Necesito llaves?

—¡Dios mío, no! No recuerdo que hubiera cerradura. Es una pequeña cabaña de troncos con dos habitaciones, pero estarás cómodo. Es un lugar agradable y tranquilo para escribir. Bueno, para mi gusto es demasiado tranquilo. Dirigía un club en Nueva Jersey y solía estar rodeada de gente, ¿sabes? Me encanta que escribas un libro, querido. Tu madre se hubiese sentido tan orgullosa de ti...

Qwilleran estaba cansado del viaje y deseaba llegar a su destino. Tuvo que esforzarse para librarse de la desbordante hospitalidad de tía Fanny. Al marcharse, vio que el jardinero se ocupaba de un lecho de tulipanes que había cerca de las escaleras principales. El hombre lo miró fijamente y Qwilleran le lanzó un saludo fingidamente cordial.

Los pasajeros del coche le recibieron con maullidos de indignación y *Yum Yum* siguió protestando, por una cuestión de principios, aunque ya no hubiese curvas, puentes, viaductos o camiones. La carretera cruzaba un paisaje desolado: bosques quemados, esqueletos de árboles petrificados en una especie de danza grotesca. Un cartel rezaba «Comidas calientes», pero tras él sólo se veían las ruinas de un restaurante. No encontró a casi nadie salvo alguna camioneta de reparto cuyos conductores saludaban al pasar junto al coche verde. Los lugares en que antaño había habido una mina — como Dimsdale, Big B o Goodwinter— se

señalaban con un cartel que advertía del peligro y recomendaba mantenerse a distancia. Qwilleran no vio ninguna mina Klingenschoen. Puso la radio del coche, buscó una emisora local y la apagó casi de inmediato.

¡De modo que la tía Fanny había dirigido un club! Podía imaginarla tomando el té de media tarde, dirigiendo comités, llevando grandes pamelas floreadas, elegida «*Madame* la presidenta», a la cabeza de las convenciones, organizando bailes con fines benéficos.

Un vistazo al espejo retrovisor lo sacó de su ensimismamiento. Una camioneta de reparto azul parecía seguirle. Qwilleran redujo la velocidad y la camioneta hizo lo propio. El juego duró unos kilómetros, hasta que vio una granja con varios cobertizos.

—¡Pavos! —informó a sus pasajeros—. Vais a vivir cerca de una granja de pavos; sois muy

afortunados.

Cuando volvió a mirar por el retrovisor, la camioneta azul había desaparecido.

Más adelante, junto a unos campos de cultivo muy cuidados, pasó junto a una finca con césped, lechos de flores y una verja alta y decorativa. Al final de la propiedad se adivinaban unos edificios de aspecto señorial.

Minutos más tarde, en el asiento trasero se irguieron dos cabezas, dos hocicos capaces de olfatear el agua a kilómetros de distancia. Los maullidos de protesta dejaron paso a los de alegría. Al poco rato, el lago apareció ante su vista: una enorme extensión de agua azul, plácida, a juego con un cielo increíblemente límpido.

—¡Ya casi hemos llegado! —anunció Qwilleran a sus inquietos pasajeros.

La carretera bordeaba el lago, en ocasiones casi

al lado de la orilla, otras adentrándose de nuevo en el bosque. Cruzó el rústico portón que custodiaba la carretera privada que conducía hasta el club Dunes. La chimenea de la vieja escuela se encontraba a menos de un kilómetro, cerca del poste con la letra K. Qwilleran tomó un camino de gravilla que serpenteaba por un bosque de árboles perennes y robles. De vez en cuando, encontraba pequeños claros cubiertos de flores silvestres, tocones de árboles y arbustos de flores aromáticas. Deseó que Rosemary se encontrara allí, con él; era una joven muy observadora y disfrutaba con el más mínimo detalle. Tras una serie de dunas arenosas apareció el lago en todo su esplendor, con unas pequeñas embarcaciones de vela a lo lejos, cerca de la línea del horizonte.

La cabaña era un edificio pintoresco, situado en lo alto de la mayor de las dunas, y parecía pequeño en comparación con los abetos de treinta metros que lo rodeaban. Los troncos que la formaban se habían

oscurecido con el paso del tiempo. Disponía de un porche trasero protegido del viento, que a Qwilleran le pareció un lugar idóneo para relajarse. La chimenea de piedra y un depósito lleno de leña le hicieron soñar con tardes ociosas, sentado ante el fuego y leyendo un libro tranquilamente.

En la parte delantera había otro porche cubierto, que daba al bosque y al pequeño claro que servía de aparcamiento. Al acercarse, Qwilleran vio que una ardilla corría por un tronco, se detenía a mirarle y luego se alejaba. Una bandada de pajarillos amarillos empezó a revolotear y a trinar nerviosamente. Sobre la pila de leña apareció un animalito marrón que ladeó la cabeza y lanzó una mirada inquisitiva al periodista.

Qwilleran meneó la cabeza, algo aturdido. Todos aquellos misteriosos placeres que le deparaba la naturaleza y la tranquilidad del campo le pertenecían... durante los próximos tres meses.

En la entrada del porche colgaba una campanilla de latón, como las que se encuentran en los barcos. De inmediato, sintió el deseo de llamar, por pura diversión. Cuando se disponía a hacerlo, vio un agujero en la tela metálica de la puerta. Estaba doblada hacia adentro, como si alguien hubiese lanzado una bola de jugar a los bolos. Abrió el picaporte y entró con cuidado. En el muro del fondo había una alfombra de plástico sintético, muebles barnizados y herramientas de granja anticuadas... y algo más. En un rincón algo se movía, aunque discretamente. Unos ojos pequeños brillaban en la sombra. Pertenecían a un pájaro grande, de aspecto amenazador, que estaba colgado del respaldo de la silla, con sus uñas de rapaz clavadas en el vinilo. Qwilleran pensó que se trataba de un halcón. Era la primera vez que se encontraba frente a un ave de presa y se alegró de haber dejado a los siameses en el coche. El halcón podía estar herido y resultar agresivo. Se necesitaba mucha fuerza para atravesar

la malla metálica de la puerta y tenía cara de pocos amigos.

Entre las herramientas que colgaban de la pared había una horca y Qwilleran se acercó lentamente para cogerla. Abrió la puerta con cuidado. Rodeó al pájaro, con la horca en la mano, y lo dirigió hacia la puerta para que se marchara.

Cuando lo vio partir, Qwilleran suspiró aliviado. «Bienvenido al campo», se dijo.

La cabaña era pequeña, pero las habitaciones resultaban espaciosas. El techo estaba compuesto por unas vigas de madera cubiertas de ramas de pino entrecruzadas y tenía una altura máxima de nueve metros. Las paredes también eran de troncos, pelados y blanqueados. En la pared, sobre la chimenea, había una cabeza de alce disecada con unos enormes cuernos, junto a un pico y una sierra.

El agudo olfato de Qwilleran percibió un olor extraño. ¿Habría un animal muerto? ¿Quizá unas

cañerías en mal estado? ¿Una bolsa de basura que alguien habría olvidado allí? Abrió puertas y ventanas y se puso a inspeccionar. Todo parecía en orden, y el ambiente no tardó en oler a lago y cerezos en flor. Comprobó que las ventanas cerraban bien. *Koko* y *Yum Yum* eran gatos de apartamento, no estaban acostumbrados a vagar por la calle y no quería arriesgarse a que les pasara nada. Se aseguró de que no hubiera trampillas, maderos sueltos u otras salidas secretas.

Por fin llevó los siameses a la cabaña. Entraron desconfiados, con los bigotes hacia atrás, las orejas moviéndose para captar el más mínimo ruido, incluso los inaudibles para el ser humano. Sin embargo, al traer las maletas, Qwilleran se encontró con *Yum Yum* saltando de felicidad y con *Koko* sentado en la cabeza del alce, observando su nuevo territorio con aire de aprobación. El alce, con su hocico alargado, sus narices abiertas y su mandíbula colgante, soportaba aquella humillación con

resignación.

A Qwilleran también le encantó la cabaña. Había un teléfono en el mueble bar, un horno microondas, una bañera y varias estanterías de libros. En la mesa de la sala había revistas bastante recientes y alguien había dejado una casete de un concierto de Brahms en el equipo de música. No había televisión, lo cual carecía de importancia. Qwilleran era adicto a la prensa escrita.

Abrió una lata de pollo para sus amigos y se dirigió a Mooseville para cenar algo. Mooseville era un lugar de veraneo situado a orillas del lago. La calle mayor daba al embarcadero y en ella se encontraba el hotel Northen Lights. También había varias tiendas en edificios construidos con troncos, incluso la iglesia estaba compuesta de ese material.

Qwilleran cenó en el hotel unas chuletas de cerdo con patatas al horno y judías verdes pasadas, que le sirvió una simpática camarera rubia que dijo

llamarse Darlene. Lo reconoció por la fotografía del *Fluxion* e insistió en servirle el doble de cada cosa. Qwilleran había preguntado qué sentido tenía publicar la fotografía del columnista de la sección de gastronomía, pero formaba parte de la política del *Fluxion* y, en el *Fluxion*, la política era la política.

Qwilleran no sólo llamaba la atención en el hotel por su frondoso bigote. En medio de tantas camisas vaqueras y cazadoras, su abrigo de lana y su corbata quedaban fuera de lugar. Tras engullir el gelatinoso pastel de moras, se dirigió a una tienda de ropa y compró unos pantalones vaqueros, varias camisas informales, zapatillas de deporte... y una gorra con visera. Todos los hombres llevaban una en Mooseville. Había gorras de baloncesto, náuticas, de caza... gorras con logotipos que anunciaban tractores, fertilizantes o comida. Qwilleran escogió una de color naranja, como las que usaban los cazadores, esperando que le permitiese pasar

inadvertido.

En el quiosco vendían el *Daily Fluxion*, su competidor el *Morning Rampage* y un periódico local. Compró el *Fluxion* y el *Pickax Picayune* y volvió a la cabaña.

En la carretera lo detuvo un control de la policía, pero el agente dijo:

—Siga adelante, señor Qwilleran. ¿Va a escribir algo acerca de los restaurantes de Mooseville?

—No, estoy de vacaciones. ¿Qué ocurre, agente?

—Sólo estamos practicando —bromeó el joven—. Tenemos que mantenernos en forma. Disfrute de sus vacaciones, señor Qwilleran.

Transcurría el mes de junio. En la ciudad los días eran largos, pero aún más en el campo. Qwilleran estaba cansado y no dejaba de mirar el reloj y luego el sol, que parecía poco dispuesto a ponerse. Bajó hasta la orilla del lago para

comprobar la temperatura del agua. Estaba helada, tal y como Riker le había advertido. El lago estaba en calma y formaba pequeñas olas al estrellarse contra la orilla. El único sonido perceptible era el zumbido de los mosquitos. Al llegar a lo alto de la duna, Qwilleran se encontró con una horda de pájaros. No habían tardado en encontrar el agujero en la malla metálica y entrar en el porche.

Se metió rápidamente en la cabaña, cerró la puerta e hizo una llamada urgente a Pickax.

—Buenas noches —contestó una voz muy agradable.

—Francesca, sólo quería decirte que hemos llegado bien. —Qwilleran hablaba deprisa porque quería que ella recibiera el mensaje antes de que empezara a divagar—. La cabaña es maravillosa, pero tenemos un problema. Un halcón chocó contra la puerta del porche y la agujereó. Lo saqué fuera pero ya había estropeado la alfombra y los muebles.

Tía Fanny no pareció preocuparse por la noticia.

—Bueno, no te inquietes, querido —lo tranquilizó dulcemente—. Mañana mandaré a Tom para que arregle la puerta y limpie el porche. No hay problema. Le encanta hacerlo. Tom es una joya. No sé qué haría sin él. ¿Cómo te va con los mosquitos? Le diré a Tom que te lleve un insecticida, también lo necesitarás para las arañas y las avispas. Si las hormigas entran en la cabaña, comunícamelo; son muy posesivas. No mates a ninguna mariquita, querido. Trae mala suerte, ¿sabías? ¿Quieres más cintas para el equipo de música? Tengo unos conciertos maravillosos de bandas de jazz de Chicago. ¿Te gusta la ópera? Siento que no haya televisión, pero considero que en verano es una pérdida de tiempo y no creo que la eches de menos porque estarás ocupado escribiendo tu libro.

Tras la conversación con «*Madame* la presidenta», Qwilleran probó el equipo de música y escuchó el concierto de Brahms con un sonido de

excelente calidad. Por un tiempo, salió con una chica que sólo escuchaba música de Brahms, por lo que nunca olvidaría el Opus 102.

El sol terminó por descender sobre el lago, tiñendo las aguas y el cielo de tonos multicolores. Qwilleran se preparó para ir a dormir. Los siameses estaban sospechosamente quietos, solían hacer ejercicio antes de dormir. Pero ¿dónde se habían metido? Ni *Koko* ni *Yum Yum* reposaban sobre la cabeza del alce. Tampoco estaban en su cojín azul que había dejado en lo alto de la nevera; ni en ninguno de los dos sofás de lino blanco que había junto a la chimenea; ni en las camas de las dos habitaciones.

Qwilleran los llamó. No hubo respuesta. Estaban demasiado ocupados observando fijamente el paisaje desde la repisa de una de las ventanas que daban al sur. El jardín estaba muy descuidado, no había más que matorrales y arbustos. Sin embargo, a unos metros de la cabaña, había un hueco en la

arena... con una forma vagamente rectangular. Parecía una tumba. Los siameses la habían detectado de inmediato, eran especialistas en descubrir cosas extrañas.

—¡Bajad de ahí! —ordenó Qwilleran—. Ya es de noche y tengo que cerrar la ventana.

Escogió aquella habitación porque daba al lago pero, a pesar de lo cansado que estaba, no podía dormir. No dejaba de pensar en la tumba. ¿Qué habría enterrado allí? ¿Debía comunicárselo a tía Fanny? ¿O sería mejor abrirla para inspeccionarla? Estaba seguro de que en algún lugar encontraría una pala.

Pensó en ello durante horas. ¡Era una noche tan oscura...! En el exterior no había luces, ni letreros de neón, ni luna, ni el resplandor de una casa vecina... sólo un oscuro y profundo silencio. No se oían las ramas de los árboles mecidas por el viento, ni las olas, ni coches circulando por la carretera...

nada. Qwilleran se quedó inmóvil, tumbado, escuchando los latidos de su corazón.

De pronto, con la oreja pegada a la almohada, escuchó un ruido sordo. Se sentó y escuchó con atención. El ruido cesó, pero oyó la voz de un hombre y la risa de una mujer. Miró a través de la ventana y vio unas luces en la orilla, a los pies de la duna, en dirección este. Se tumbó de nuevo y, recostado en la almohada, volvió a escuchar el mismo sonido de antes. Dedujo que era el ruido de unos pasos sobre la arena. El sonido disminuyó progresivamente.

Era más de medianoche. Se preguntó quién merodearía por el lago a aquellas horas y si tendría algo que ver con la tumba. Escuchó el crujido de un matorral... alguien estaba subiendo a un árbol. Sonaron pasos en el techo dirigiéndose hacia la chimenea.

Qwilleran salió de la habitación vociferando un

insulto que había aprendido en el norte de África. Encendió las luces. Despertó a los gatos, que empezaron a correr frenéticamente por la cabaña. Conectó el equipo de música. ¡Brahms de nuevo! Hizo ruido con las ollas y sartenes de la cocina... Los pasos se alejaron rápidamente; el matorral volvió a crujir y luego se hizo el silencio.

Qwilleran se quedó leyendo toda la noche hasta que amaneció y los pájaros empezaron a graznar.

*Mooseville, martes*

Querido Arch:

Si recibo cartas que parezcan personales, envíamelas a la oficina de correos de la zona. Te lo agradeceré mucho. Llegamos ayer y estoy destrozado. Los gatos maullaron durante seiscientos kilómetros y me volvieron loco. Es más, compré el coche para meter el maldito recipiente con su arena ¡y no lo usaron ni una sola vez! Esperaron hasta que llegamos aquí. ¡Siameses! ¿Quién puede entenderlos?

El lugar es precioso, pero la noche pasada no pude pegar ojo. Sufro una especie de impacto cultural.

Afortunadamente en Mooseville reciben la versión regional del *Fluxion*. El *Pickax Picayune* es

un periódico muy modesto.

QWILL.

Cansado, aunque motivado por hallarse en un ambiente nuevo, Qwilleran condujo hasta Mooseville para desayunar. De camino, volvieron a pararlo en la carretera. En esta ocasión, un joven disfrazado de alce le tendió un folleto en que se leía «Bienvenido a Mooseville, la ciudad de los alces», y le sugirió que pasase por la oficina de turismo que se encontraba en la calle mayor.

Qwilleran abrió una cuenta en el banco. El edificio parecía antiguo, pero tenía el aroma característico de lo nuevo. La empleada que lo atendió era una rubia llamada Jennifer muy bronceada e insoportablemente amable, que le informó que el tiempo era extraordinario y le recomendó que fuese a pescar o navegar.

En la oficina de correos se encontró con una joven de larga cabellera dorada y sonrisa

despampanante.

—¿No le parece que hace un tiempo fantástico? —inquirió—. Me pregunto cuánto durará. Dicen que se avecina una tormenta. ¿En qué puedo ayudarle? Soy Lori, la encargada.

—Me llamo Jim Qwilleran —explicó— y estaré en la cabaña de Klingenschoen durante los tres próximos meses. Mis cartas llegarán a esta oficina.

—Lo sé —dijo—. La señora Klingenschoen ya nos había informado de ello. Pueden llevarle las cartas a su cabaña, si instala un buzón.

De pronto, la nariz de Qwilleran se sintió invadida por uno de los peores olores que podía recordar. Se quedó perplejo, musitó un «no será necesario, gracias» y salió a toda prisa del edificio, sintiéndose enfermo. Los otros clientes de la oficina que estaban pegando sellos o abriendo buzones de apartados de correos también salieron, aunque más discretamente. Qwilleran se quedó en la acera,

respirando aire puro; los demás siguieron su camino sin comentar nada ni reaccionar ante tan peculiar situación. Empezaba a sospechar que en aquella región parecían ocurrir cosas extrañas e inexplicables.

Para empezar, cada vez que se dirigía a algún sitio veía una camioneta de reparto azul. Había una delante de correos; otra frente al banco. En la carretera, el conductor de una camioneta azul había tocado el claxon y le había saludado con la mano. Y la camioneta que le había seguido desde Pickax la noche anterior también era del mismo color.

Se caló la gorra y se dirigió a un edificio de troncos, en el que un cartel recién pintado anunciaba «Oficina de turismo. Asociación para el desarrollo del turista». Dentro olía a madera recién cortada.

Tras una mesa llena de folletos, encontró un joven pálido, con barba oscura y frondosa cabellera negra. Qwilleran se dijo que su bigote y cabello

canoso habían sido de aquel mismo color en el pasado. Preguntó:

—¿Aquí vienen los turistas a «desarrollarse»?

El joven musitó con tono de disculpa:

—Les dije que pusieran turismo. Pero ¿quién soy yo para influir en los de la cámara de comercio? No soy más que un profesor de historia que busca trabajo para pasar el verano. ¿No le parece que hace un tiempo maravilloso? ¿En qué puedo ayudarle? Me llamo Roger. No hace falta que me diga quién es usted. Leo su periódico.

—Al parecer, el *Daily Fluxion* tiene gran éxito por aquí —comentó Qwilleran—. Ayer casi no quedaban ejemplares en el quiosco, aunque había un montón de *Morning Rampage*.

—Es cierto —convino Roger—. Estamos boicoteando al *Rampage*. El columnista de viajes escribió un artículo sobre Mooseville y la bautizó

como «la ciudad de los mosquitos».

—Supongo que admite que hay muchos y son enormes...

Roger ladeó la cabeza como si se sintiese culpable y dijo en voz baja:

—Si cree que los mosquitos son una plaga, espere a ver las avispas. Esto es extraoficial, por supuesto. No solemos hablar de nuestras avispas. No resulta demasiado atrayente para el turismo. ¿Ha venido a escribir sobre uno de nuestros restaurantes?

—No, estoy de vacaciones. Pasaré aquí unos tres meses. ¿Hay barbería?

—La peluquería de Bob, en el centro comercial Cannery. Es unisex. —Roger entregó a Qwilleran otro folleto sobre la ciudad—. ¿Es aficionado a la pesca?

—Me interesan más otras cosas.

—La pesca es una gran experiencia, le gustaría.

Puede alquilar una barca en el muelle y pasar una tarde en el lago. Le darán la caña, le llevarán a los caladeros e incluso le enseñarán a colocar el anzuelo. Además, garantizan que volverá con unos cuantos peces grandes.

—¿Qué más se puede hacer por aquí?

—Bueno, está el museo. Es muy interesante, si le gusta la historia de las embarcaciones de pesca. Los jardines de flores y la prisión son espectaculares. En la tienda de la cárcel venden objetos de cuero. Puede ver osos escarbando en el vertedero de basuras o buscar ágatas en la orilla del lago.

Qwilleran estudió el folleto detenidamente.

—¿Qué es esto del cementerio con valor histórico?

—No gran cosa —repuso Roger—. Se trata de un cementerio del siglo pasado que lleva unos cincuenta años abandonado. Creo que lo han

saqueado. Yo en su lugar, optaría por un día de pesca.

—¿Cuál es esa especialidad que anuncian por todas partes?

—Verá, es una especie de empanada de carne con patatas y nabos. Es típica de la zona. Los mineros solían llevarla en sus fiambreras.

—¿Me recomienda algún lugar en concreto para probarla?

—¿Con sombrero o sin sombrero?

—¿Perdón...?

—Es decir... tenemos restaurantes con cierta clase, como el comedor del hotel, y locales más informales donde los muchachos comen sin sacarse el sombrero. Si quiere un lugar elegante, pruebe la cafetería que hay en el centro comercial Cannery, se llama Comida Asquerosa... Un toque de humor nunca viene mal, supongo. A los turistas les encanta.

Qwilleran explicó que preferiría un local con auténtico ambiente norteño.

—Está bien. En ese caso, tome la carretera hacia el oeste, siguiendo el lago. A unos dos kilómetros verá un letrero luminoso que anuncia «COMID». La A se cayó hace tres años. No es nada del otro mundo, pero sus empanadas son las más famosas, y la clientela es totalmente vernácula.

—Una última pregunta. —Qwilleran se acarició el bigote como hacía siempre que algo le preocupaba—. ¿Por qué hay tantas camionetas de reparto de color azul?

—No lo sé. Nunca me he fijado. —Roger se levantó de golpe y se encaminó a la ventana para mirar el aparcamiento del bar Naufragio—. Es cierto. Hay dos camionetas azules en el aparcamiento... pero también hay una roja, una verde muy sucia y otra más o menos amarilla.

—Y ahí viene otra azul —insistió Qwilleran.

Llevaba una pala pintada en la portezuela. El conductor era un hombrecillo muy ágil que bajó de un brinco. Vestía un mono de faena y llevaba puesta una gorra. Lucía un bigote gris mal cuidado.

—Es el viejo Sam, el enterrador. Es muy enérgico, ¿verdad? Ha cumplido los ochenta y se bebe un *whisky* cada día... salvo el domingo.

—¿Insinúa que todavía cavan las fosas con una pala?

—Así es. Sam lleva toda la vida cavando tumbas y otras cosas. Así se mantiene en forma... Mire el cielo. Va a caer una tormenta.

—Gracias por la información —dijo Qwilleran—. Creo que probaré esas empanadas. —Echó un vistazo a su muñeca—. ¿Qué hora es? He olvidado mi reloj en la cabaña.

—Suele ocurrir. Cuando la gente llega aquí, lo primero que hace es olvidar el reloj en alguna parte.

Después dejan de afeitarse y acaban comiendo sin quitarse el sombrero.

Qwilleran condujo hacia el oeste hasta encontrar el cartel luminoso con el mensaje intermitente: «COMID...». El aparcamiento estaba lleno de camionetas y furgonetas. Ninguna era azul. «¿Por qué me estoy volviendo loco con las malditas camionetas azules?», pensó. Como única respuesta, su bigote se estremeció.

El pequeño restaurante necesitaba una mano de pintura, unos clavos y algunas reparaciones. El extractor expulsaba el aire, queapestaba a pescado frito y hamburguesas. Todas las mesas estaban ocupadas. Las gorras rojas, verdes, azules y amarillas apenas se intuían entre el denso humo de los cigarrillos. La música *country* que sonaba en la radio no lograba imponerse al bullicio de las sonoras charlas y carcajadas.

Qwilleran se sentó al mostrador, junto a un

cliente que llevaba una placa del departamento de policía en la manga y un sombrero de ala ancha en la cabeza.

El cocinero le dijo al agente:

—Va a caer una buena.

El policía asintió con la cabeza.

—¿Anoche colocasteis otra barricada?

Volvió a asentir.

—¿Encontrasteis algo?

Esta vez movió la cabeza en un gesto de negación.

—Todos sabemos a donde van los ladrones — insistió el cocinero y luego agregó—: Pero no hay pruebas.

La camarera se detuvo junto a Qwilleran esperando que éste pidiese.

—Un par de empanadas —dijo.

—¿Para llevar?

—No, para comer aquí.

—¿Dos?

Qwilleran asintió con la cabeza.

—Si quiere, puedo guardar en el horno la segunda hasta que se haya comido la primera.

—No, gracias. No será necesario.

En las mesas sólo hablaban de pesca y de la tormenta que se avecinaba. La agitación del lago, el color del cielo, el comportamiento de las gaviotas, la aparición de las nubes, el viento... todos aquellos factores hacían pensar a los pescadores más veteranos que estaba a punto de caer una tormenta, a pesar de que la estación de radio local lo desmintiera.

Las dos empanadas que Qwilleran había pedido

cubrían dos bandejas ovaladas bastante grandes. Cada empanada medía unos treinta centímetros de longitud y unos ocho de grosor. Se quedó mirando el banquete.

—Necesitaré un tenedor —comentó.

—Cómase lo con la mano —repuso la camarera y se metió de nuevo en la cocina.

Roger tenía razón. Las empanadas estaban rellenas de carne, patatas y nabos. Qwilleran detestaba los nabos, así que se comió la mitad de la primera empanada tomando con cada bocado un sorbo de café para disimular el sabor. Luego pidió que le envolvieran el resto para llevárselo a casa. Pagó y le dieron el cambio en billetes de dólar que olían a cigarro puro.

La cajera, una mujer rolliza, embutida en unos pantalones estrechos y una camiseta de Mooseville, miró su gorra naranja y dijo:

—¿Todo listo para Halloween, Clyde?

Le lanzó una mirada furiosa e intentó encontrar una respuesta mordaz, pero optó por controlar sus impulsos.

Volvió a casa con una empanada y media envuelta en papel de cera y descubrió algunas reformas. La puerta rota del porche había sido sustituida y los muebles manchados por el halcón estaban limpios. En la cocina encontró un bote de insecticida. Junto al equipo de música había más casetes. No encontró su reloj. Recordaba haberlo dejado en uno de los estantes del cuarto de baño antes de meterse en la ducha. Pero ya no estaba. Era una pieza cara, regalo de una sociedad de anticuarios durante un homenaje.

Trató de ordenar sus ideas, sintiéndose melancólico y molesto. *Koko* se deslizó entre sus tobillos y *Yum Yum* se colocó en su regazo. La acarició distraídamente mientras repasaba

mentalmente las últimas veinticuatro horas.

Para empezar, estaba la tumba —los gatos parecían hipnotizados y no dejaban de acudir a la ventana para mirarla—; luego los pasos en el techo, el intruso se dirigía a la chimenea, pero huyó espantado por el ruido y las luces. Además, no podía olvidar aquel extraño olor en la oficina de correos esa misma mañana. Por otro lado, ¿pretendía Roger evitar que visitara el viejo cementerio? El folleto de la cámara de comercio lo recomendaba a los amantes de la historia, los artistas y fotógrafos interesados en retratar tumbas del siglo XIX.

Y ahora su reloj había desaparecido. Tenía otro, pero el que le habían robado era de oro y le traía buenos recuerdos. ¿Quizá sería el fiel empleado de la tía Fanny un ladrón tan poco sutil? Tal vez fue a la cabaña acompañado de un ayudante menos de fiar. A fin de cuentas, había realizado el trabajo en un tiempo récord.

Qwilleran interrumpió sus pensamientos al escuchar el ruido de un coche que circulaba lentamente por el camino de grava. El motor tenía el sonido característico de los coches caros.

Los gatos se alarmaron. *Koko* fue hasta la ventana que daba al sur para echar un vistazo a la visita. *Yum Yum* se escondió bajo uno de los sofás.

El hombre que bajó del coche contrastaba con aquel ambiente norteño y agreste. Vestía con un traje, evidentemente hecho a medida, una camisa blanca y corbata a rayas. Su colonia tenía un aroma clásico. Su rostro alargado resultaba algo sombrío.

—Supongo que usted es el sobrino de la señora Klingenschoen —dijo al ver salir a Qwilleran—. Soy su abogado...

—¿Ha pasado algo? —preguntó Qwilleran, inquieto por el tono fúnebre del individuo.

—No, no. Tenía unos negocios pendientes por la

zona y decidí pasar a presentarme. Soy Alexander Goodwinter.

—Pase, por favor. Me llamo Qwilleran. Jim Qwilleran.

—Lo sé. Con W —contestó el abogado—. Leo el *Daily Fluxion*. Aquí todos lo leemos, esencialmente para confirmar lo afortunados que somos de vivir a seiscientos kilómetros de la ciudad. Cuando nos referimos al área metropolitana como «allá abajo» no nos referimos sólo a un concepto geográfico... —Parecía sentirse como en casa, se sentó en el sofá bajo en que estaba *Yum Yum* y cruzó las piernas cómodamente—. Creo que va a caer una tormenta. Aquí pueden ser muy violentas.

El periodista había aprendido que los nortños solían iniciar las conversaciones aludiendo al tiempo, era una práctica casi protocolaria.

—Sí —dijo Qwilleran teatralmente—, la superficie crispada del lago y la fuerza del viento

así lo indican.

El abogado lo miró algo perplejo y Qwilleran añadió:

—Le ofrecería una copa, pero todavía no he comprado nada. Llegamos ayer, ¿sabe?

—Eso me dijo Fanny. Estamos encantados de tenerle aquí. Está tan sola... es la última de la familia Klingenschoen.

—Bueno, en realidad no somos... familia —matizó Qwilleran, momentáneamente distraído, al ver como *Yum Yum* asomaba la cabeza entre las faldas del sofá, junto a los pies del abogado—. Mi madre y ella eran amigas y me acostumbré a llamarla tía Fanny. Ahora reniega de ese apelativo.

—Fanny es su nombre legal —comentó Goodwinter—. Así se llamaba cuando se marchó a Vassar, a Wellesley o adonde fuera, pero cuarenta años después volvió siendo Francesca. Creo que ese

nombre, Francesca Klingenschoen, es una incongruencia encantadora. Nuestro bufete se ocupa de los asuntos legales de la familia desde hace tres generaciones. En la actualidad, mi hermana y yo somos los únicos socios. Fanny quiere que Penélope lleve sus asuntos legales, sus impuestos y las transacciones más habituales. Hemos intentado que vendiese este lugar. Las propiedades situadas junto a la orilla del lago valen una fortuna... Fanny debería liquidar algunas de sus pertenencias para... bueno, asegurarse el futuro. Después de todo, tiene casi noventa años. En fin, supongo que se verán a menudo durante este verano.

—Sí, prometió venir a comer un día, y yo le debo una cena en Pickax.

—¡Ah, sí! Las invitaciones de Fanny son famosas —dijo Goodwinter, sonriendo—. Suele prometer un buen pedazo de carne pero cuando llega el momento, sirve huevos revueltos. La gente soporta sus excentricidades por su... enérgico apoyo a la

comunidad. Fue ella quien prácticamente chantajeó a los políticos de Pickax para que instalaran las alcantarillas, reparasen las aceras y resolviesen los problemas de aparcamiento. Es una mujer muy... ¡decidida!

*Yum Yum* volvió a sacar la cabeza y empezó a asomar una de sus patas. El abogado prosiguió:

—Mi hermana y yo esperamos comer con usted pronto. Lee sus artículos con devoción y le cita como si fuese Shakespeare.

—Le agradezco la invitación —comentó Qwilleran—, pero no creo que disfrute de mucha vida social este verano. Estoy escribiendo un libro.

Tendió la mano para señalar la mesa, donde había un montón de libros, la máquina de escribir, papel, bolígrafos y lápices. Al hacerlo, se dio cuenta de que *Yum Yum* se acercaba sigilosamente al cordón del zapato del abogado.

—Le felicito —dijo Goodwinter—. Espero que las musas se sientan satisfechas. Pero por favor, recuerde, las puertas de nuestra casa están abiertas para usted. —Tosió un poco y añadió—: ¿Cómo encontró a Fanny durante su visita?

—¡Estupenda! Muy atractiva y alegre para una mujer de su edad. El único problema es que le resulta difícil prestar atención a algo.

—Según el médico, no tiene problemas de oído, pero parece estar siempre preocupada... sumida en sus propios pensamientos, por así decirlo. —El abogado tosió de nuevo—. Francamente, me pregunto si Fanny beberá un poco a escondidas.

—Algunos médicos recomiendan que las personas mayores echen un traguito diario.

—Bueno... el caso es que el dueño de la bodega... nos ha informado de que Fanny ha comprado una cantidad de licor bastante considerable últimamente. Se lleva una botella de

buen *brandy* cada dos meses, pero además, el miembro del servicio que compra para la casa adquiere una botella de licor más fuerte dos o tres veces por semana.

—Quizá se la bebe él —comentó Qwilleran.

—Lo dudo. Desde que Tom entró a trabajar para Fanny, ha estado bajo vigilancia y todos los informes son favorables. Es un hombre sencillo en el que se puede confiar... un manitas en la casa y un conductor prudente. Los dueños del bar aseguran que nunca toma más de un par de cervezas.

—¿Qué clase de licor compra?

—*Whisky* de centeno, escocés, ginebra... Productos sin marca específica. No más de una botella cada vez. Tenga esto presente cuando visite a Fanny, la consideramos un tesoro para esta comunidad y nos sentimos responsables de su bienestar. Por cierto, si le pide consejo, sugiérale que venda la mansión de Pickax y que se mude a una

casa más discreta. Últimamente ha sufrido varios «desmayos...», así es como ella los llama. Supongo que comprende por qué estamos tan preocupados por la salud de esta encantadora viejecita. No queremos que le pase nada malo.

El abogado se despidió, ató su zapato y se marchó. *Koko* y *Yum Yum* miraron a Qwilleran, dando a entender que estaban hambrientos. El periodista revisó la cocina, encontró la mitad de una de las empanadas y la colocó en una bandeja. Los siameses se acercaron lentamente a la comida, la olieron sorprendidos, se volvieron intentando descubrir la gracia del asunto y abandonaron el propósito desdeñosamente. Luego lanzaron una mirada iracunda a Qwilleran, al tiempo que hacían un gesto de repulsión con la pata delantera.

—Se acabaron las empanadas —dijo él, mientras abría una lata de salmón.

La tarde empezaba a enfriar e intentó encender

un fuego. Encontró ramas secas y papeles de periódico en una carbonera de cobre, troncos cortados en un cesto de madera y cerillas. Pero el papel estaba húmedo y las cerillas se apagaban al encenderlas. Lo intentó tres veces y luego lo dejó.

Tras el enervador viaje desde la ciudad y dos noches sin dormir, se sentía agotado. Asimismo, estaba desorientado porque había cambiado el asfalto por las dunas, encontrándose inmerso en situaciones extrañas que no lograba entender.

Se acercó a la ventana que daba al lago —cientos de kilómetros de agua, con Canadá al otro lado—. Tenía un tono entre plateado y turquesa, aunque a veces se veía azul intenso. ¡A Rosemary le hubiese encantado la vista! Intentaba imaginar cómo se sentiría ella cuando escuchó un agudo silbido procedente de la copa de los abetos más altos. No corría brisa alguna... sólo se oía aquel sonido estridente. Los siameses, a pesar de estar satisfechos tras su festín, se mostraban inquietos. *Yum Yum*

lanzaba maullidos agudos sin razón aparente y *Koko* se frotaba contra las patas de las mesas y las sillas.

En unos minutos, el lago cambió a un gris plateado con olas de espuma blanca. A continuación, como surgido de la nada, empezó a soplar un fuerte viento. Las olas alcanzaron dimensiones sorprendentes, rompiendo con fuerza contra la orilla. Los abetos fueron los últimos en bambolearse, pero hacía rato que los abedules y los arces se doblaban como la hierba en un prado. La lluvia golpeó las ventanas con fuerza. El vendaval aullaba, el oleaje espumoso ocultaba la orilla, las ramas de los árboles se partían y salían despedidas.

Por primera vez desde su llegada, Qwilleran se sintió verdaderamente cómodo. Se relajó. No podía soportar tanta paz y tranquilidad; estaba acostumbrado al ruido y el desorden. Aquella noche, por fin podría dormir.

Deseó escribir a Rosemary. Colocó una hoja en

la máquina de escribir, pero no tardó en romperla. Sería mejor que escribiese con la pluma de oro que ella le había regalado por su cumpleaños.

Revolvió en la maraña de su mesa de trabajo y encontró lápices amarillos, gruesos lápices negros del *Fluxion*, rotuladores baratos y una vieja pluma roja que había pertenecido a su madre. La brillante pluma de oro de Rosemary había desaparecido.

## 4

Qwilleran durmió profundamente, acunado por el traqueteo de las puertas. Se despertó poco después del alba al oír el principio del doble concierto de Brahms. La cinta seguía en la platina y *Koko* estaba sentado a su lado, contemplándolo todo con aire satisfecho. Había apoyado una pata en la tecla de encendido.

La tormenta había pasado, pero las ramas de los árboles seguían goteando sobre el techo. El viento había cesado y el lago estaba liso como una lámina de plata. En el ambiente se percibía un intenso olor a humedad.

Antes de levantarse de la cama, Qwilleran pensó en la pluma y el reloj que le habían robado. ¿Debía contárselo a la tía Fanny? ¿Acaso sería mejor interrogar a Tom? No era más que un forastero. Así pues, se dijo que lo mejor era optar por una actitud

diplomática, manejar la cuestión con discreción y tacto.

*Koko* fue el primero que oyó la camioneta. Irguió las orejas y su cuerpo se puso rígido. Luego Qwilleran escuchó el ruido del motor subiendo la cuesta que llevaba a la cabaña. Se puso algo encima rápidamente, mientras *Koko* se dirigía hacia la puerta y pedía que le dejase salir al porche, el lugar ideal para recibir las visitas. El bigote de Qwilleran se estremeció y supo que sería una camioneta azul. No se equivocó. Un hombrecillo bajó y sacó una pala de la parte trasera.

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí? —preguntó Qwilleran. Reconoció al enterrador que había visto en el aparcamiento de la taberna Naufragio.

—Tengo que cavar —contestó el viejo Sam, que se dirigía hacia la tumba que había junto a la cabaña.

—¿Para qué? —dijo Qwilleran, dando un portazo y corriendo tras él.

—El gran George va a venir pronto.

—¿Quién le ha pedido que viniera?

—El gran George. —El viejo Sam había empezado a cavar con furia—. La arena pesa mucho después de una tormenta.

—¿Qué...? ¡Espere! No puede cavar en esta propiedad sin una autorización.

—Pídasela al gran George, es el jefe.

Sam quitaba arena del agujero, que adquiría una forma cada vez más rectangular. Al poco rato, la pala chocó contra una losa.

—¡Aquí está! —Segundos más tarde, el viejo Sam salió del agujero. En aquel momento llegó un camión mugriento que se detuvo en el claro del bosque que utilizaban como aparcamiento.

Qwilleran se dirigió hacia allí e increpó al conductor:

—¿Es usted el gran George?

—No, soy Dave —contestó el hombre, que estaba desenrollando una manguera—. El gran George es el camión. La dama que vive en Pickax... me llamó ayer por la noche. Dijo que viniera a primera hora. ¿Está preparado?

—¿Que si estoy qué...?

—Cuando nos llama, acudimos de inmediato. No se puede tomar a la ligera a esa mujer. Supongo que tendría que haber bombeado esto el verano pasado.

—¿Bombear el qué?

—La fosa séptica. Esta mañana hemos tenido que sacar al viejo Sam de la cama y prepararlo todo. Él cava y nosotros bombeamos. No había sitio para un pozo negro aquí. Demasiado bosque... ¿Es usted nuevo en la zona? Bueno, Sam vendrá a tapar el agujero después. Si no lo cubre del todo, la próxima vez será más fácil de limpiar, si le parece bien,

claro. De lo contrario, puede dejarlo a la altura que usted prefiera.

El viejo Sam se había marchado. En su lugar, llegó una furgoneta negra conducida por un hombre que vestía una camiseta roja, blanca y azul y llevaba un sombrero de seda.

Qwilleran se lo quedó mirando fijamente y preguntó:

—¿Y usted quién es?

—El pequeño Henry. ¿Tiene algún problema? La dama de Pickax temía que se hubiese incendiado la cabaña. Es una chica dura, no acepta excusas. —Se quitó el sombrero y lo miró por unos segundos—. Éste es mi logotipo. ¿Ha visto mis anuncios en el *Picayune*?

—¿Qué anuncia?

—Soy el único especialista en chimeneas del condado de Moose. Conviene hacer una revisión

anual. ¿No está sonando su teléfono?

Qwilleran volvió corriendo a la cabaña. El teléfono, que estaba en la barra que separaba la cocina del comedor, había dejado de sonar. *Koko* había descolgado el auricular y estaba olisqueando el micrófono.

Qwilleran cogió el teléfono.

—¿Diga? ¿Diga...? ¡Sal de aquí! ¿Diga...?  
—*Koko* luchaba por recuperar el aparato—. ¡Baja, maldita sea! ¿Diga?

—¿Va todo bien, querido? —preguntó una voz profunda tras unos segundos de duda—. ¿No se ha estropeado nada con la tormenta? No te preocupes, Tom limpiará el terreno. Concéntrate en tu máquina de escribir. Tienes que acabar ese maravilloso libro. Sé que será un éxito. ¿Has visto al gran George y al pequeño Henry...? No quisiera que los desagües ni la chimenea se atascan mientras estás ahí trabajando. Les dije que si no se presentaban de

inmediato lograría que les quitaran sus licencias. Con esa gente hay que ser firme, de lo contrario, se van a pescar y no te hacen el menor caso. ¿Comes bastante? Por cierto, he comprado más de esos divinos pastelillos de canela para que los guardes en el congelador. Tom me llevará esta mañana y comeremos juntos en el porche. Yo traeré la comida. Vuelve a tu trabajo, querido.

Qwilleran se volvió hacia *Koko*:

—*Madame* la presidenta va a venir. Procura portarte como lo haría un gato normal. No contestes al teléfono. No pongas música y... mantente alejado del microondas.

Cuando el gran George y el pequeño Henry acabaron su trabajo, Qwilleran se puso la gorra naranja y fue a Mooseville para mandar la carta que había escrito a Rosemary y comprar comida. Su lista de compras era consecuente con sus habilidades culinarias: café soluble, sopa de sobre y guisos

congelados. También compró unas botellas de licor por si tenía invitados.

En la sección de sopas de sobre del supermercado se encontró con un joven barbudo. Llevaba una gorra amarilla con el logotipo de un enchufe. Se miraron mutuamente.

—¡Hola, señor Qwilleran!

—Llámame Qwill. ¿No eres Roger, el de la oficina de turismo? Roger, George, Sam, Henry, Tom, Dave... He conocido a tantas personas que no me han dicho su apellido...

—Mi apellido es algo complicado: MacGillivray.

—¡Vaya! ¡Mi madre era una Mackintosh!

—¿En serio? ¡Somos del mismo clan!

—Tus antepasados lucharon como leones en favor del príncipe Carlos.

—¡Exacto! En la batalla de Culloden, en 1746.

—¡El dieciséis de abril!

Sin darse cuenta habían ido subiendo el tono de voz, para perplejidad del resto de clientes. Los dos hombres se estrecharon las manos efusivamente.

—Espero que eso que compras sea escocés — dijo Roger.

—¿Por qué no cenamos juntos un día de éstos? —sugirió Qwilleran—. Pero que no sea en el COMID.

—¿Qué te parece esta noche? Mi mujer ha ido a la ciudad.

—¿Te apetece el comedor del hotel? Sin sombrero...

Qwilleran volvió a la cabaña para ducharse, afeitarse y prepararse para la visita de la tía Fanny y el maravilloso Tom: jardinero, chófer, acompañante, chico de los recados y, quizá, ladrón. Poco antes del

mediodía, apareció una limusina negra por la carretera hasta llegar al claro situado frente a la cabaña.

El conductor iba vestido con un mono de trabajo y llevaba una gorra azul.

Salió y rodeó el vehículo para abrir la portezuela a su pasajera.

Primero asomaron unos mocasines indios con abalorios, seguidos de una falda de ante con flecos y una cazadora de piel con más flecos y abalorios. Por último, apareció la cara empolvada de tía Fanny, con un lazo indio rojo en el cabello. Qwilleran se dijo que tenía buenas piernas para ser una octogenaria a punto de cumplir los noventa.

—¡Francesca! ¡Qué alegría volver a verte! — exclamó—. Estás muy... *sexy*.

—Dios te bendiga, querido —dijo con su increíble voz de barítono—. La gente suele llamar a

las viejecitas como yo dinámicas o alegres. Pienso pegar un tiro al próximo que me diga algo así. — Rebuscó en su bolso de ante con flecos, sacó una pequeña pistola con la culata de oro y apuntó al azar.

—¡Cuidado! —exclamó Qwilleran.

—¡Dios mío! La tormenta ha provocado muchos destrozos. Ese pino se ha quedado prácticamente sin ramas. Tendremos que arrancarlo... Tom, ven a conocer al famoso señor Qwilleran.

Obediente, el hombre «multiusos» dio unos pasos al frente y se sacó la gorra azul con el logotipo de un fertilizante. Era difícil imaginar cuál sería su edad. ¿Rondaría los treinta o quizá los cuarenta? Su rostro recién afeitado y sus ojos azules le conferían un aire muy sereno.

—Éste es Tom —anunció la tía Fanny—. Tom, puedes estrechar la mano al señor Qwilleran, es un miembro de la familia.

Qwilleran estrechó una mano fuerte, pero poco acostumbrada a los protocolos sociales.

—¿Qué tal, Tom? He oído hablar muy bien de ti. —Con el reloj y la pluma en mente, escrutó los ojos de aquel hombre, pero no vio más que un aire de inocencia tal que lo dejó sin argumentos—. Hiciste un buen trabajo el otro día, con la puerta del porche. ¿Cómo pudiste hacerlo en tan poco tiempo? ¿Tenías algún ayudante?

—No —repuso Tom tranquilamente—. Me gusta trabajar solo. Me gusta trabajar sin descanso. —Hablabá con un tono suave y musical.

La tía Fanny deslizó algo en su mano.

—Ve a Mooseville, Tom, y compra una empanada enorme para ti y una cerveza. Vuelve dentro de dos horas. Antes de marcharte, trae la comida que hay en el coche.

—¿Tienes hora, Tom? —preguntó Qwilleran—.

He perdido mi reloj.

El chófer miró al cielo buscando el sol, que estaba oculto entre los árboles.

—Son casi las doce —contestó tranquilamente.

Se alejó con la limusina y la tía Fanny empezó a hablar.

—He traído bocadillos de lechuga con huevo, un termo con café y una crema deliciosa. Nos sentaremos en el porche para disfrutar de la vista del lago. Hace un tiempo ideal. ¿Dónde están esos inteligentísimos gatos de los que tanto he oído hablar? ¿Dónde escribes? Querido, te aseguro que tu talento me tiene impresionada.

Como periodista, Qwilleran tenía experiencia entrevistando a personas difíciles, pero ante tía Fanny sólo podía rendirse. Hablaba sin parar sobre los naufragios en el lago, los osos del bosque, los peces que aparecían muertos en la orilla, los

gusanos que anidaban en los troncos de los árboles... Ignoraba las preguntas o las evitaba sutilmente. «*Madame* la presidenta» dirigía la conversación.

Desesperado, Qwilleran acabó por gritar:

—¡Tía Fanny!

Ella se interrumpió y Qwilleran aprovechó para preguntar:

—¿Qué sabes de Tom? ¿De dónde lo has sacado...? ¿Cuánto hace que trabaja para ti? ¿Es de confianza? Bueno, puede entrar en la cabaña cuando yo me encuentre fuera, creo que es natural que me informe sobre él.

—Mi querido Qwilleran, se nota que eres de ciudad. En el campo las cosas son distintas. Nos fiamos los unos de los otros. Los vecinos entran en casa sin llamar. Si no estás y quieren pedirte un huevo, lo toman sin reparos. Es una forma de vivir

más afectuosa. No te preocupes por Tom. Es un joven muy honesto. Hace todo lo que le pido y nada más.

Sonó una campanilla desde el porche.

—Es Tom —dijo la anciana—. Llega justo a tiempo. ¿No te parece una joya? Ve a hablar un poco con él mientras me empolvo la nariz. Me lo he pasado muy bien contigo, querido.

Qwilleran salió de la cabaña.

—Hola, Tom. Llegas puntual, aunque no uses reloj.

—No lo necesito —comentó con el rostro resplandeciente de orgullo. Volvió a tocar la campanilla—. Es hermosa... La estuve puliendo ayer. Me gusta limpiar las cosas. Siempre tengo el coche y la camioneta perfectamente limpios.

Qwilleran estaba fascinado por el tono melodioso de su voz.

—Vi la camioneta en Pickax. Es azul, ¿verdad?

—Sí. Me gusta el color azul. Es como el cielo y el lago. Muy hermoso. Ésta es una buena cabaña. Vendré a limpiarla, si no le importa.

—Eres muy amable, Tom, pero prefiero que no vengas salvo que yo te avise. Intento escribir un libro y no me concentro cuando hay gente alrededor.

—Me encantaría ser capaz de escribir. Sí, me gustaría escribir un libro. Sería una bonita experiencia.

—Todos tenemos talento para algo —apuntó Qwilleran—. Tú tienes gran habilidad para reparar cosas. Deberías sentirte orgulloso de ello.

El rostro de Tom se iluminó de repente.

—Es cierto, puedo arreglar lo que sea.

Tía Fanny salió a su encuentro, se despidieron y la limusina emprendió el camino de vuelta.

Los siameses, que no se habían dejado ver en todo el rato, aparecieron como por obra de magia.

—No habéis sido muy sociables que digamos — protestó Qwilleran—. ¿Qué os ha parecido la tía Fanny?

*Koko* maulló, desperezándose.

Qwilleran recordó que había ofrecido una bebida a tía Fanny como aperitivo: un *whisky* solo o con agua, un *gin-tónico*, un jerez... Los había declinado todos.

Le quedaban cuatro horas antes de cenar con Roger, y no le apetecía empezar la primera página del primer capítulo del libro que se suponía estaba escribiendo. Pensó en observar los osos en el vertedero de la ciudad, en visitar los jardines florales de la prisión o en estudiar la historia de los naufragios en el museo local, aunque lo que más le atraía era el cementerio abandonado, quizá porque Roger le había aconsejado que no fuese.

En el folleto de la cámara de comercio aparecían las direcciones y el lugar exacto: «Salida este hacia Pickax, girar hacia el sur al cabo de unos tres kilómetros; buscar la entrada del cementerio, un camino de tierra que no está indicado más que por una puerta de piedra».

La carretera pasaba junto al edificio de la prisión. Dejó atrás la granja de pavos, aunque redujo la velocidad para contemplar el mar de plumas doradas brillando bajo el sol. Una camioneta salió de un camino vecinal y avanzó hacia él. Por supuesto, se trataba de uno de los modelos azules tan corrientes en la ciudad. Al pasar junto a él, saludó con la mano al conductor, pero éste le ignoró. Al llegar a la puerta de piedra, comprendió que la camioneta venía del cementerio.

El camino de entrada se encontraba en un estado lamentable después de la tormenta. El trayecto transcurría entre curvas atravesando un bosque con algún que otro claro. Algunos desperdicios

indicaban que alguien había estado de *picnic* y bebiendo cerveza. De vez en cuando, el camino se bifurcaba al llegar a un prado.

Qwilleran se detuvo donde acababan las marcas de neumáticos y empezó a investigar. Las fosas estaban cubiertas de matorrales y tuvo que arrancarlos para poder leer las inscripciones de las losas pequeñas: «1877-1879», «1841-1862», «1856-1859». Había muchos niños y mujeres jóvenes enterrados allí. Los mausoleos de las familias llevaban apellidos como Schmidt, Campbell, Trevelyan o Watson.

Decidió seguir un camino de hierba pisoteada que había entre las tumbas de los Campbell y descubrió que alguien había estado cavando recientemente. Los matorrales cubrían un montón de tierra que apenas ocultaba la cubierta de plástico de un contenedor de basura. Éste estaba hundido en el suelo. Qwilleran levantó la tapa con cuidado. Estaba vacío.

Lo dejó todo como estaba y volvió a casa, preguntándose quién enterraría un contenedor de basura en un cementerio... y por qué. No obstante, el ligero temblor de su labio superior le indicaba que en aquel asunto había algo extraño.

Antes de ir a Mooseville, preparó una cena a base de atún a los gatos.

—*Koko*, no te estás ganando el sustento — comentó—. Están ocurriendo cosas extrañas y no me facilitas ni una sola pista.

*Koko* cerró sus ojos azules lánguidamente. Tal vez sus días de detective habían pasado, quizá se había convertido en un simple consumidor de comida cara.

De pronto, *Koko* irguió las orejas y salió a toda prisa hacia la ventana. El ruido lejano de un motor se escuchó cada vez más fuerte, parecía que se acercase un tanque ruso. Se trataba de una camioneta

roja, seguida de un tractor amarillo con una especie de pala muy sofisticada.

Al llegar, el conductor bajó del artefacto y dijo a Qwilleran:

—Hay un pino que está a punto de caer sobre la casa, ¿verdad? Hemos recibido una llamada de emergencia desde Pickax. Algo referente a unos cables de alta tensión. Nos han pedido que arranquemos el árbol y lo cortemos para leña.

Colocó la pala en posición, las piezas chirriaron, tres hombres con gorra dieron instrucciones a gritos, *Yum Yum* se escondió debajo del sofá y Qwilleran se marchó a Mooseville media hora antes de lo previsto, para escapar de aquel jaleo.

El hotel Northen Lights era una reliquia que data de 1860, momento en que el pueblo era un puerto importante en el comercio de madera y minerales. Era la clase de edificio que tendría que haber ardido

un siglo atrás, pero que se había conservado milagrosamente. Carecía de estilo: era una especie de caja de zapatos con ventanas, al que habían añadido un porche en la parte trasera, frente al muelle. Qwilleran se sentó en una de las sillas rústicas y se dedicó a su pasatiempo favorito: escuchar conversaciones ajenas.

Cerca de él, sonaban dos voces que estaban en profundo desacuerdo. No podía verlos, pero imaginaba que el hombre debía de ser gordo, con mofletes colorados, y la mujer escuálida y algo dura de oído.

—No me gusta este pueblo —objetó el hombre con voz entrecortada—. No se puede hacer nada. Podríamos estar en casa, sentados en el patio. Hubiese resultado más barato.

La mujer tenía una voz aguda y estridente pero hablaba con indiferencia.

—Dijiste que querías pescar. No sé por qué.

Nunca te ha gustado.

—Tu hermano ha estado pavoneándose de lo bien que se pesca aquí durante... seis años. Quería enseñarle que no es el único capaz de pescar una trucha.

—¿Por qué no alquilas un barco, tal como sugirió aquel hombre, y dejas de quejarte?

—Ya te he dicho que es demasiado caro. ¿Has visto lo que piden por medio día? Podría comprar un crucero por el Caribe por el mismo precio.

Qwilleran se había informado de los precios y también los había encontrado desorbitados.

—Volvamos a casa —insistía la mujer—. No tiene sentido quedarnos aquí sin hacer nada.

—¿Después de haber hecho todo este camino? ¿Tienes idea de lo que hemos gastado en gasolina... para llegar hasta aquí?

Roger apareció en ese instante, con una gorra de

béisbol negra.

—Veo que has venido vestido para la ocasión —comentó Qwilleran—. No mencionaste que era una cita formal.

—Las colecciono —explicó Roger—. Por ahora tengo diecisiete. Oye, si tienes enemigos, quítate esa gorra naranja que llevas, eres un blanco perfecto.

Dejaron sus gorras con otras muchas en uno de los colgadores del comedor y escogieron una mesa situada bajo un cuadro en que se veía un barco de tres mástiles hundirse en un mar embravecido.

—Bueno, ha hecho un día estupendo —comentó Qwilleran, dispuesto a cumplir con el protocolo habitual de la ciudad—. Sol, una brisa agradable, la temperatura ideal...

—Sí, pero la niebla empieza a ponerse. Mañana no serás capaz de ver la punta de tu nariz. Eso no es bueno para el negocio de los barcos.

—Si me permites el comentario, Roger, las pinturas de esta sala tampoco son buenas para el negocio de los barcos. Todas describen tragedias ocurridas en el mar. La verdad es que empiezo a estar asustado. Además, los barcos piden demasiado dinero para sus excursiones... es decir, demasiado para alguien como yo, que no tiene mucho interés en pescar.

—Deberías probarlo, al menos una vez — insistió Roger—. Salir a pescar en barco es mucho más divertido que sentarse en una barca con una caña y un anzuelo.

Qwilleran echó un vistazo al menú.

—Si el lago está lleno de peces, ¿por qué no hay ninguna especialidad local en el menú?

—Aquí la pesca es un deporte. Las industrias pesqueras se encuentran un poco más abajo, pescan toneladas y las envían a otros lugares.

«Sí, a Nueva Escocia, Massachusetts y Washington», se dijo Qwilleran.

Roger pidió un *bourbon* con agua; Qwilleran su zumo de tomate habitual. En la mesa de al lado se sentó una pareja estrambótica. Qwilleran observó con cierta satisfacción que el hombre era un obeso mofletudo y la mujer llevaba aparato para la sordera.

—¿No bebes nada más? —inquirió Roger—. Creía que los periodistas bebían mucho. Estudié periodismo antes de decidirme por la historia... Por cierto, me has tenido contando camionetas azules y creo que tienes razón. Mi mujer siempre dice que la gente que vive en los climas nortños es más fría, como el color azul... ¿Vives solo?

—No del todo. Bueno, he adoptado una pareja de gatos siameses de carácter despótico. Uno de ellos se quedó huérfano a raíz de un asesinato. A la hembra la abandonaron cuando era pequeña. Son un

encanto, y el macho es mucho más inteligente que yo.

—Yo tengo un perro de caza, un spaniel —dijo Roger—. Sharon tiene un scottie... ¿Has estado casado, Qwill?

—Una vez. No fue un éxito abrumador.

—¿Qué pasó?

—Se volvió histérica y yo intenté ahogar mis penas en alcohol. Haces muchas preguntas, Roger. Deberías haber seguido con lo del periodismo.

Qwilleran había dedicado toda su carrera a hacer preguntas y ahora le encantaba que lo interrogaran.

—¿Has pensado en volver a casarte?

El periodista esbozó una sonrisa y respondió:

—Hace tres meses hubiese contestado que no, pero ahora no estoy tan seguro. —Mientras hablaba, se frotaba la palma de las manos, empezaban a

picarle. El camarero del club de prensa decía que acabaría por tener urticaria de beber tanto zumo de tomate; tal vez Bruno estuviese en lo cierto.

El tipo rollizo de la otra mesa parecía estar escuchando, de modo que Qwilleran bajó la voz.

—La policía organizó un control de carreteras el lunes por la noche. ¿Qué ocurría? Los periódicos y la radio no han mencionado nada.

Roger se encogió de hombros.

—Verás, los controles de carretera son una actividad social aquí, como las comidas informales. Creo que, de vez en cuando, la policía se aburre.

—¿Insinúas que no hay suficientes crímenes en el condado como para mantener ocupada a la policía?

—Desde luego, no como en la ciudad. Los guardas forestales sorprenden a algún cazador furtivo y los sábados por la noche pueden animarse

demasiado en la taberna Naufragio, pero la policía se dedica a asistir a accidentados la mayor parte del tiempo... Ya sabes, algunos conductores van demasiado deprisa y atropellan un alce, o los jóvenes llevan unas cervezas de más y se incrustan contra un árbol. También hay algunas misiones de rescate en el lago; el equipo del *sheriff* tiene dos lanchas y un helicóptero a su disposición.

—¿No hay problemas de drogas?

—Quizá los turistas fumen algún que otro cigarro extraño, pero... no hay problemas. Lo que más me preocupa es el saqueo de barcos hundidos. El lago empieza a estar lleno. Algunas embarcaciones se hundieron hace siglos y su carga ha salido a subasta pública. Los saqueadores cuentan con equipos de buceo muy sofisticados, cables de seguridad, sondas... Hay material valioso en el fondo del lago y están rescatándolo para provecho de unos pocos.

—Pero ¿eso no es ilegal?

—Aún no. Si protegiesen legalmente los restos hundidos, podríamos convertirlos en un buen atractivo turístico. Despertaría el interés de historiadores marinos, arqueólogos y buceadores aficionados.

—¿Por qué no se ha hecho?

—¡Por culpa del dinero! Se necesitarían millones para organizar un enclave arqueológico. Además, tendríamos que buscar la protección de las autoridades.

—No es fácil conseguirlo. Se necesitarían más lanchas de vigilancia, helicópteros y más personal.

—¡Exacto! Al final del proceso, no quedaría ningún barco hundido que proteger.

Habían pedido una segunda ronda de bebidas, pero Qwilleran no se terminó su zumo de tomate. Como le picaban las manos, las puso bajo la mesa para seguir rascándose.

Roger susurró:

—¿Ves a esos tipos que están sentados junto a la puerta? Son buceadores, probablemente saqueadores.

—¿Cómo lo sabes?

—Todo el mundo lo sabe.

La comida no era excepcional, pero la charla resultó francamente agradable. En los postres, Qwilleran preguntó:

—¿Crees que puede haber una mofeta en la oficina de correos? Ayer estuve allí y apestaba de tal manera que tuve que salir corriendo.

—Quizá coincidiste con un trabajador de una granja de cerdos que iba a buscar sus cartas —apuntó Roger—. Si vienen con su ropa de faena, todo el pueblo huye de ellos. Te sorprendería comprobar cómo van a la escuela algunos de sus hijos. Todos no son iguales, por supuesto. Uno de

mis compañeros de caza cría cerdos y nadie lo diría.

—Otro misterio: un halcón atravesó la puerta del porche y dejó un agujero enorme. No entiendo qué pudo atraerlo.

—Bueno, seguramente intentaba cazar un conejo o una ardilla y se estrelló.

—¿Tú crees?

—¡Estoy seguro! Una vez vi a un halcón que había atrapado un gato. Yo estaba cazando y escuché unos lamentos que venían del cielo. Miré y allí estaba el pobre animal.

Qwilleran pensó en *Yum Yum* y se sintió incómodo. Hubo un momento de silencio, luego prosiguió:

—Hace un par de noches escuché unos pasos en el techo de la cabaña.

—Un mapache... —aclaró Roger—. Un mapache en el techo de una cabaña como la tuya

suenan como un luchador de sumo japonés dando golpes. ¡Lo sé por experiencia! Mis suegros tienen un chalet en esa zona y ya se han acostumbrado a encontrar mapaches en la chimenea.

—¿Tus suegros suelen dar... fiestas? Oí una risa histérica la otra noche.

—Sin duda se trataba de un pájaro típico de la región. Suena como si estuviese loco.

La niebla iba espesando y casi no se veía nada a través de la ventana. Qwilleran pensó que debería volver a la cabaña.

—Espero que mi mujer no pretenda volver a casa conduciendo esta noche —murmuró Roger—. Ha ido a comprar a la ciudad. Tiene una tienda de objetos de regalo en el centro comercial. ¿Qué te parece esta billetera? La vende en su tienda. —Pagó la mitad de la cuenta con el dinero que extrajo de una billetera grande, que parecía de oro.

Qwilleran condujo a diez kilómetros por hora con la niebla pegada al parabrisas. El camino privado que llevaba hasta la cabaña resultó aún más peligroso, con troncos que aparecían donde se suponía que no debían estar. Al aparcar, le pareció ver dos figuras humanas alejarse de la cabaña en dirección a la orilla del lago.

—¡Hola! ¡Hola, estoy aquí! —exclamó, pero nadie contestó.

Entró y lo primero que hizo fue buscar a los siameses. *Koko* estaba encaramado en la cabeza del alce y *Yum Yum* asomó tímidamente de debajo del sofá. No parecía que hubiesen tocado nada, pero en el aire se percibía un intenso olor a tabaco de pipa. Vio una marca en la pared de su habitación, cerca de donde comían los gatos, y uno de sus calcetines marrones estaba tirado en el suelo. Todo lo demás estaba en orden.

Luego encontró una nota en la cocina, escrita en

uno de sus folios: «Bienvenido a las dunas. Soy la suegra de Roger. Le dejo un paquete en la nevera. Pensé que le apetecería un poco de pavo guisado. Venga a visitarnos».

Eso era todo. No figuraba ningún nombre. Qwilleran miró en la nevera y encontró una gran cantidad de pechuga de pavo y de una carne más oscura. Se dispuso a cortar un poco para los siameses, pero *Yum Yum* se adelantó y empezó a maullar, mientras *Koko* iba y venía, entonando un aria de maullidos combinados con sonidos guturales.

Qwilleran observó cómo comían, pero su mente estaba en otra parte. Roger le había caído bien: menos de treinta años, pelo negro como el carbón... estaba en un buen momento de la vida. Pero el joven intentaba resultar demasiado convincente al hablar de los halcones, los pájaros, los mapaches, las camionetas azules y los controles de policía. ¿Cuántas de sus respuestas pretendían salvaguardar el turismo de la zona? Si el folleto oficial invitaba a

visitar el cementerio, ¿por qué él lo desaconsejaba? ¿Estaría al corriente del contenedor de basura enterrado en el suelo? Y si los crímenes eran tan escasos en el condado de Mooseville, ¿por qué tía Fanny llevaba una pistola?

# 5

*Yum Yum* despertó a Qwilleran. Se sentó en su pecho, mirándolo fijamente con sus ojos azules, intentando transmitir un mensaje subliminal: «desayuno». En lugar de la vista del lago, desde la ventana sólo se distinguía una espesa cortina blanca. La niebla cubría la orilla como una manta tupida. No se oía nada, ni siquiera una ligera brisa.

Qwilleran intentó encender la chimenea para combatir la humedad. Recurrió a los periódicos del miércoles y a unas cerillas que cogió del hotel, pero fue inútil. Lo que más le preocupaba era el estado de sus manos y sus muñecas. El escozor era cada vez más intenso y empezaban a salirle ampollas. Además, sentía que le picaba todo el cuerpo.

Se vistió sin afeitarse, dio de comer a los gatos sin prestar demasiada atención y salió, sin su gorra nueva, a conducir el coche lo mejor que pudo en

medio de la niebla.

En la calle principal había una farmacia y Qwilleran optó por mostrar las ampollas al farmacéutico.

—¿Tiene algo para curar esto?

—¡Cielos! —exclamó el farmacéutico—. Uno de los peores casos de hiedra venenosa que haya visto. Sería mejor que le pincharan.

—¿Hay algún médico en el pueblo?

—Hay una clínica de urgencias en el centro comercial Cannery. ¿Lo conoce? Está a kilómetro y medio de aquí. Se trata de una vieja fábrica de conservas renovada. Con esta niebla no podrá verlo, pero podrá olerlo.

Casi no circulaban coches por la calle mayor. Qwilleran buscó la línea de la calzada controlando las indicaciones kilométricas, hasta que llegó al centro comercial. Aparcó el coche entre dos líneas

amarillas y siguió el olor hasta dar con unas puertas de cristal, que se abrían sobre una especie de paseo con arcos.

Como era de esperar, la clínica desprendía un olor aséptico, y hubiera estado desierta de no ser por una joven sentada tras una mesa de despacho.

—¿Hay algún médico? —preguntó Qwilleran.

—Yo soy el médico —contestó, mirando las manos del periodista—. ¿Dónde ha conseguido un ejemplo tan espectacular de envenenamiento por hiedra?

—Supongo que en el viejo cementerio.

—¿De veras? ¿No le parece que es un poco mayorcito para esa clase de cosas? —Le lanzó una mirada reprobatoria.

Se sentía demasiado mal para interesarse por memeces.

—Estaba mirando tumbas antiguas.

—Una historia muy creíble. Pase a la sala de tortura y le daré un pinchazo. —Asimismo, le dio una pomada y varios consejos—: No toque el agua caliente, evite las duchas tibias y... deje de frecuentar cementerios viejos.

Al salir de la clínica, Qwilleran se sentía malhumorado. Se dijo que la doctora podría haber sido menos irónica y más comprensiva. Sin embargo, cuando logró atravesar la niebla y llegar de nuevo al pueblo, la medicación ya había hecho efecto y se sintió aliviado. Lo invadió una euforia tal, que llegó a pensar que la doctora tenía los ojos verdes más hermosos del mundo y las pestañas más largas y seductoras.

Se detuvo en el hotel para tomar un café y unos huevos. En una de las mesas había cuatro hombres lamentándose del mal tiempo.

—Los barcos no pueden salir con esta niebla. Será mejor que pidamos una botella de vino y

juguemos a las cartas.

En otra mesa oyó una voz familiar que decía:

—No nos iremos hasta que hayamos pescado.

Una voz aguda y estridente repuso:

—¿Por qué eres tan tozudo? Ni siquiera te gusta pescar.

—Eso no tiene nada que ver, ya te lo he explicado. Vamos en un barco grande y podemos pescar muchas truchas.

—Dijiste que era demasiado caro.

—Los precios en el puerto son un atraco, pero he encontrado un barco... que nos llevará por quince dólares.

El carácter ahorrador de Qwilleran le hizo pensar que no podía dejar escapar aquella oportunidad. El efecto de la medicación y el ambiente ajeno le hicieron perder la vergüenza.

Cuando la pareja salió del comedor, se levantó y fue tras ellos.

—Disculpe, señor, ¿ha dicho algo acerca de un barco de pesca barato?

—¡Sí! Quince dólares por seis horas. Si lo repartimos entre tres, son cinco dólares por persona. No está mal. El barco es de dos chicos. ¿Le interesa?

—¿Se puede pescar con este tiempo?

—Los chicos aseguran que no tiene importancia. Por cierto —añadió con voz asmática—, me apellido Whatley, de Cleveland, vendo productos informáticos. —A continuación, presentó a su arisca mujer y se ofreció a conducir, puesto que conocía el camino hacia el muelle—. El barco está amarrado en las afueras del pueblo. Por eso... es más barato. Hay que mirar en varios sitios para conseguir una buena oferta.

El trayecto hacia el muelle volvió a ser un lento peregrinaje entre nubes. Las luces del COMID brillaban tenuemente, atravesando el espeso manto blanco. Más allá se intuía el cartel del centro comercial Cannery, aunque el edificio no se distinguía. Luego durante varios kilómetros no se veía nada. Whatley conducía muy concentrado. No intercambiaron palabra alguna. Qwilleran miraba fijamente la carretera, por si veía un par de faros o las luces de posición de un camión.

—¿Cómo sabrá que hemos llegado? —preguntó.

—No tiene pérdida. Cuando veamos un barco medio hundido, hemos de girar.

El barco pareció surgir entre la niebla y Whatley tomó un camino pantanoso, que bordeaba un canal lleno de ruinas de barcos.

—Siento haber venido. —Era la primera frase que la señora Whatley pronunciaba en presencia de Qwilleran.

El camino moría en un pequeño muelle desvencijado que daba al lago. Los tres aprendices de marinero avanzaron a tientas por las planchas de madera medio podrida. El agua lamía los postes y se adivinaba el casco de un barco junto al muelle.

Qwilleran había visto la pulcra flota pesquera que amarraba en el puerto municipal. Los barcos tenían nombres como *Lady Aurora*, *Reina del Lago* o *Princesa del norte*, e iban equipados con radio, sonar, sonda y piloto automático. No esperaba algo como el *Minnie K*. Se trataba de una cáscara de nuez destartalada, con restos de pintura desconchada. El casco y los pasamanos estaban llenos de excrementos de gaviotas y restos de peces muertos. Los miembros de la tripulación tenían tan mal aspecto como la embarcación. Qwilleran se dijo que el mayor de los muchachos no tendría más de diecisiete años y el otro aún menos. Ninguno parecía lo bastante experto como para inspirar confianza.

No se presentaron ni saludaron a los recién

llegados. Se limitaron a mirar con suspicacia a su clientela, cogieron el dinero y se dirigieron al barco, intercambiando monosílabos carentes de sentido.

Qwilleran preguntó al mayor cuán lejos pensaban llevarlos y recibió una especie de gruñido por respuesta.

La señora Whatley objetó:

—Esto es horroroso. No me extraña que los llamen barcos apestosos.

—¿Qué esperabas por cinco dólares? —replicó su marido—. ¿Un buque insignia?

Los pasajeros encontraron unas sillas de lona rotas en que sentarse y el *Minnie K* empezó a moverse lentamente, casi sin dejar estela. El señor Whatley echó una cabezadita y su mujer leyó un libro de bolsillo. El barco se deslizó entre la niebla durante una hora, sin novedad. El olor a pescado se mezclaba con los gases del motor. Al cabo de un

rato, los dos jóvenes redujeron aún más la velocidad y prepararon los aparejos de pesca: cañas con carretes enormes, sedales de cobre y señuelos de acero.

—¿Qué tengo que hacer con esto? —inquirió Qwilleran—. ¿Dónde está el cebo?

—Con el señuelo es más que suficiente —explicó Whatley—. Lance el sedal por encima de la barandilla y mueva la caña arriba y abajo.

—¿Y qué más?

—Cuando pique uno, se dará cuenta. Recoja el sedal.

El *Minnie K* se movía discretamente por las aguas tranquilas del lago. De vez en cuando, el motor se detenía por falta de uso. Durante casi una hora Qwilleran movió la caña en una especie de trance, producido por las vibraciones del motor y el sentimiento de aislamiento que lo invadía. Los

pescadores parecían estar en otro mundo, rodeados por una espesa niebla que no dejaba ver nada. No hacía viento y el agua estaba tan quieta que ni siquiera se oía el chapoteo del casco. Lo único que rompía el silencio era el ronroneo del motor y el ulular de una sirena antiniebla que se oía a lo lejos.

Whatley había lanzado la caña varias veces, había dado unos sorbos de un termo y se había quedado dormido en la destartalada silla de lona. Su mujer no levantó la vista del libro en ningún momento.

Qwilleran se preguntaba qué demonios hacía allí. El motor se detuvo tras una especie de pequeño estornudo. Ambos muchachos intercambiaron unos monosílabos y bajaron a echar un vistazo. Se produjo un silencio absoluto y el barco se quedó totalmente inmóvil. Al poco rato, Qwilleran oyó voces que provenían del lago, pero estaban demasiado lejos para resultar comprensibles. Apoyó la caña contra el pasamanos y escuchó atentamente.

Las voces se oían cada vez más cerca. Se trataba de una discusión airada. De pronto alguien gritó enojado. A continuación, se oyó un chasquido, como si se hubiese partido una madera... y luego un golpe seco. Segundos más tarde, algo cayó al agua y provocó un pequeño oleaje.

Finalmente todo quedó en calma. La niebla se espesó aún más y el agua adquirió un aspecto lechoso.

Los dos tripulantes seguían ocupados con el motor. Whatley y su mujer dormían. Qwilleran retomó la caña y empezó a moverla de forma exagerada, describiendo grandes arcos. Había perdido la noción del tiempo, no llevaba reloj por culpa del escozor que sentía en las muñecas.

Pasaron unos treinta minutos o quizá una hora, hasta que Qwilleran sintió que algo tiraba de la caña, haciendo vibrar sus brazos. Gritó.

Whatley despertó de inmediato y exclamó:

—¡Recoge, recoge la caña!

En ese momento Qwilleran se estremeció y comprendió el encanto de la pesca en alta mar.

—¡Pesa como una ballena!

—¡No tan rápido! ¡Mantén el equilibrio! ¡No pares! —Whatley se estaba quedando sin aliento, igual que Qwilleran. Sus manos temblaban. El sedal no parecía tener fin.

Todos lo miraban. El muchacho más joven estaba apoyado en el pasamanos.

—¡El arpón! —exclamó.

Su compañero le tendió un garfio con un mango de hierro muy largo.

—¡Debe de pesar por lo menos veinticinco kilos! —dijo Qwilleran, que trataba de rebobinar el resto del sedal. De pronto vio surgir el monstruo de las aguas.

—¡Lo tengo! ¡Lo tengo!

En aquel instante perdió el control del sedal.

—¡Cógelo con el arpón! —gritó Whatley, pero el sedal se desenrollaba a toda velocidad. Uno de los jóvenes se acercó, sacó una navaja del bolsillo y cortó el sedal.

—No merece la pena —repuso—. No merece la pena.

—¿Qué quiere decir con eso? —inquirió Whatley—. Ese pez pesaba veinticinco kilos.

—No merecía la pena —repitió el pescador y se metió en la cabina de mando. El otro joven bajó a la bodega y el motor arrancó.

—¡Menudo timo! —se lamentó Whatley.

Su mujer levantó la vista del libro y lanzó un pequeño quejido.

—No sé qué pensaréis vosotros —dijo

Qwilleran—, pero por mí, ya podemos volver a casa.

El barco aumentó de velocidad y se alejó de la zona, en dirección a tierra. Durante el trayecto de regreso, Qwilleran se dejó caer en la silla de lona y se quedó absorto en sus pensamientos. Whatley dio otro trago y se durmió.

Aunque era la primera vez que iba a pescar, a Qwilleran le pareció que aquello era muy extraño. Su presa no luchaba como hacían los peces; al salir a la superficie, no daba coletazos y, en realidad no parecía un pez.

Al volver a Mooseville, fue directamente a la oficina de turismo. No se sentía demasiado sociable, pero sabía que tenía que empezar hablando del tiempo.

—Estabas en lo cierto con lo de la niebla, Roger. ¿Cuánto crees que puede durar?

—Supongo que se habrá levantado mañana a mediodía.

—¿Ha vuelto tu esposa?

—Llegó a la una y media de la madrugada. Tardó dos horas en recorrer los últimos quince kilómetros. ¿Qué haces aquí con esta niebla, Qwill?

—He ido a pescar.

—¿Qué? ¡Estás delirando! Los barcos no han zarpado hoy.

—El *Minnie K*, sí. Estuvimos fuera cuatro horas y, para mi gusto, sobraron tres.

Roger buscó en sus archivos.

—Nunca he oído hablar del *Minnie K*. No figura en la lista de barcos legales. ¿Dónde lo encontraste?

—Un cliente del hotel organizó la expedición. Se llama Whatley.

—Sí, le conozco. Un tipo gordo y con problemas

de respiración. Ha venido tres veces para quejarse. ¿Cuánto pagasteis? Supongo que no pescaste ningún pez.

—No, pero pesqué algo —respondió Qwilleran—. Bueno, parecía un pez y cuando empezaba a sacarlo del agua, uno de los tripulantes cortó el sedal y puso rumbo hacia la orilla. Creo que no le gustó lo que vio, de hecho, a mí tampoco. Parecía el cuerpo de un hombre...

Roger tragó saliva y se mesó su oscura barba.

—Seguramente sería un neumático viejo o algo parecido. Es difícil distinguir las cosas cuando hay niebla. Los marineros colocan neumáticos cerca del muelle para evitar golpes fuertes. A veces, se sueltan durante las tormentas. El martes hubo una muy fuerte, si lo recuerdas...

—Olvídalo, Roger, ya sé que la cámara de comercio te escribe los guiones. Me gustaría comunicar a la policía la existencia de ese

«neumático». ¿Dónde puedo encontrar al *sheriff*?

Roger se sonrojó y pareció sentirse culpable, pero no apenado.

—Detrás de la iglesia de troncos. Es el edificio en que ondea una bandera.

—Por cierto, recibí una visita sorpresa la otra noche —prosiguió Qwilleran con tono más cordial—. Tu suegra dejó algo de pavo en la nevera y una nota, pero no escribió su nombre. No sé a quién tengo que dar las gracias.

—¡Oh! Ella es así... Te aseguro que es una mujer encantadora. Se llama Mildred Hanstable y vive en Top o' the Dunes, al este de tu cabaña. Sin embargo, debo advertirte que, en cuanto te vea, insistirá en echarte la buena fortuna y querrá que le pagues por ello.

—Creía que eso era ilegal.

—Es para obras de caridad. Está recaudando

fondos para comprar una máquina para los enfermos de corazón del hospital de Pickax.

—Cuenta conmigo —dijo Qwilleran—. Pronto necesitaré esa máquina si estas vacaciones siguen resultando tan... relajantes.

Cuando volvió a la cabaña, todavía había luz, aunque filtrada por la espesa niebla. Al entrar, olió a vinagre y pensó en el mejunje casero que preparaban los anticuarios para limpiar el latón. Estaba seguro de que habían venido a pulir la lámpara de latón que colgaba sobre la barra de la cocina. Sin duda Tom había ido a la cabaña, a pesar de haberle pedido que no lo hiciera. Qwilleran recordó que había dejado su viejo reloj y algo de dinero en una de las mesitas de noche de la habitación. Seguían allí. Se encogió de hombros.

Llamó a sus amigos y *Yum Yum* llegó corriendo desde una de las habitaciones, pero *Koko* estaba demasiado ocupado para acudir. Se había

encaramado a la cabeza de alce y hablaba consigo mismo, lanzando gruñidos procedentes de lo más hondo de su blanco pecho.

—¿Qué haces ahí arriba? —preguntó Qwilleran.

*Koko* se movía entre los cuernos, haciendo equilibrios con sus patas delanteras, buscando un lugar seguro donde apoyarse. El alce estaba sujeto a la pared por medio de una tabla de madera barnizada. *Koko* intentaba meter una de sus patas entre la pared de troncos y la madera. Tras una habilidosa maniobra, logró su objetivo. Introdujo la pata en el hueco de la pared y sonó como si hubiese algo dentro. *Koko* insistió, se estiró aún más, sin dejar de murmurar entre dientes.

Qwilleran se acercó y recogió el objeto que cayó de la pared.

—¿Qué es esto? ¿Una casete?

Era una cinta que al parecer contenía una

grabación casera. En la cara A había escrito «1930. Selección de canciones»; en la cara B «1930 más canciones». La cinta no tenía polvo.

De inmediato, sacó la cinta del concierto de Brahms del equipo de música.

—Un momento... —dijo en voz alta—. Yo no lo dejé así.

Alguien había dado la vuelta a la cinta, quizá para escuchar la otra cara, en la que había una grabación de Beethoven.

El trofeo de *Koko* contenía canciones mal grabadas: versiones de *May blue Heaven*, *Exactly like you* y otras baladas de la época, cantadas con el dudoso gusto de finales de la década de los setenta. Era una extraña selección musical para estar oculta tras la cabeza disecada de un alce.

Qwilleran acabó de escuchar la cara A y le dio la vuelta. Todo seguía igual... Pero de repente, en

plena *Little white lies*, se produjo un corte brusco y se escuchó la voz de un hombre. Sin duda no se trataba de un locutor. Tras un breve y sorprendente mensaje, volvía la canción. Qwilleran rebobinó la cinta.

La voz reclamaba con tono amenazador: «Bien, presta atención, amigo. ¡Pon manos a la obra o lo sentirás! ¡Ya sabes qué haré...! Tienes que conseguir más mercancía. No puedo acabar con esto si no lo traes todo. Y tenemos que introducir ciertos cambios. Las cosas empiezan a ponerse interesantes. Ven a verme el sábado, ¿entendido? Estaré en el muelle, después de cenar».

Alguien había usado el magnetófono recientemente. *Koko* le había despertado el día anterior con la música de Brahms. Desde entonces, alguien había ido a la cabaña y había grabado o escuchado la cinta. Al colocar de nuevo a Brahms, se había equivocado de lado. Quizá era el mismo tipo que le había robado el reloj y la pluma de oro,

aunque eso había ocurrido antes. Al parecer, una congregación de visitantes no identificados tenían la costumbre de entrar y salir de la cabaña de esa forma que la tía Fanny definía como «hospitalaria».

Quienquiera que fuera había tenido que subir a la barra de la cocina para llegar hasta el alce. Qwilleran trató de encontrar huellas, pero la superficie barnizada de la mesa estaba totalmente limpia.

*Koko* miraba fijamente a Qwilleran, mientras éste guardaba la cinta en uno de los cajones de la mesilla de noche.

—*Koko* —dijo—. No me gusta esta política de puertas abiertas. La gente usa la cabaña como si fuera una parada de autobuses. Voy a buscar un cerrajero... Y si alguna vez tú o *Yum Yum* estáis en peligro, ya sabes qué tienes que hacer...

*Koko* cerró lentamente los ojos en señal de aprobación.



# 6

*Mooseville, viernes*

Querido Arch:

Soy demasiado serio para comprar una tarjeta de felicitación por tu aniversario de boda, pero no quería dejar de desearte a ti y a tu preciosa mujer un fantástico aniversario, esperando que vengan muchos más. Han pasado veinticuatro años y parece que fue ayer que dejaste caer la alianza y yo perdí los billetes de vuestra luna de miel.

Bueno, desde mi llegada a Mooseville he descubierto que el mundo se divide en dos partes: arriba y abajo. Aquí arriba hay gente agradable que lee el *Fluxion*... aunque se producen curiosos incidentes que todos tratan de ocultar. Ayer fui a pescar y enganché algo que parecía un cadáver. Informé al *sheriff*, pero no pareció especialmente

impresionado. Sospecho que no se trataba de un accidente. Tengo razones para creer que fue asesinado. No dejo de pensar en el tipo del lago. ¿Quién lo empujó?

He tenido una especie de urticaria por culpa de una hiedra venenosa, pero ya estoy curado. Esta mañana, pensé que alguien pretendía robarme los neumáticos, pero resultó ser una gaviota escandalosa. La comida por aquí no es gran cosa. Para un crítico gastronómico, vivir aquí es como que te deporten a Siberia.

QWILL.

PD: *Koko* está adquiriendo nuevas habilidades: contesta al teléfono y pone en marcha el equipo de música. Dentro de unos años, estará trabajando para la NASA.

La niebla empezaba a remitir. Desde las ventanas, ya se distinguían los árboles y el lugar donde estaba la fosa séptica. Aunque el viejo Sam

había cubierto la pendiente, los gatos seguían obsesionados y no dejaban de observarla desde la ventana.

El viernes por la mañana sonó el teléfono y *Koko* dejó su puesto de vigilancia para ir corriendo a la barra de la cocina. *Qwilleran* estaba bastante cerca, pero no lo suficiente para evitar que descolgara. El auricular cayó sobre la barra.

*Qwilleran* lo cogió.

—¿Diga...? ¿Quién es?

—¡Oh, estás ahí! —dijo la voz grave desde *Pickax*—. Estaba preocupada por ti, querido. Ayer llamé y el teléfono hizo unos ruidos muy extraños. Intenté telefonar de nuevo, pero comunicaba. Al final, le dije a la operadora que llamara ella y me dijo que el teléfono debía de estar descolgado. Así pues, envié a Tom para que averiguara qué pasaba. Dijo que el auricular estaba sobre la barra de la cocina, pero que no había nadie en casa. Ten más

cuidado, querido. Supongo que estás demasiado absorto con tu libro. ¿Cómo va? ¿Has avanzado mucho...?

—¡Tía Fanny!

—¿Sí, querido?

—Pasé el día en el pueblo y mi gato descolgó el auricular. Ha cogido esa mala costumbre. Lo siento. Meteré el teléfono en uno de los armarios de la cocina, si el cable da para ello.

—Cierra bien las ventanas cuando salgas, querido. De lo contrario, una ráfaga de viento podría abrirlas y dejar la cabaña en un estado lamentable. ¿Cuántos capítulos del libro has escrito? ¿Tienes idea de cuándo lo publicarán? Tom me ha dicho que ya han cortado aquel pino tan molesto. ¿Has visto la canoa que hay en el porche...? Los remos están en el cobertizo. No la utilices si hace mal tiempo y no te alejes de la orilla por nada del mundo. Bueno, ya no te entretengo más, sé que tienes que volver a tu libro.

Algún día deberías escribir mis memorias, nos haríamos ricos los dos.

Qwilleran se puso la gorra naranja, a la que inexplicablemente le estaba tomando cariño, y se dirigió a Mooseville para enviar la carta a Arch. Al llegar a la oficina de correos, olfateó el ambiente, pero lo único que percibió fue el aroma del suelo recién encerado.

A continuación, se dirigió al centro comercial Cannery y se dijo que, al fin y al cabo, el olor a pescado ahumado no era tan terrible. En la clínica se encontró con la doctora sentada en recepción, leyendo una revista gastronómica. Estaba en lo cierto con respecto a sus ojos verdes; estaban llenos de vida, salud y buen humor.

—¿Me recuerda? —preguntó, quitándose la gorra—. Soy el paciente que sufría el «síndrome del cementerio».

—Me alegro de que su humor haya mejorado.

—La medicación hizo efecto enseguida. ¿Ha visto más casos como el mío?

—¡Oh, sí! —contestó—. Hiedras venenosas, quemaduras solares de segundo grado, ampollas infectadas en los talones, mordeduras de ardilla... Ya sabe, delicias habituales de las vacaciones.

—¿Ha aparecido algún ahogado?

—De esa clase de delicias se ocupa la brigada de emergencias de la policía. Espero que no tenga previsto caerse en el lago. El agua está tan fría que el que cae no vuelve a subir. Por lo menos, eso se dice. —Cerró la revista—. ¿No va a sentarse?

Qwilleran se sentó en una de las sillas y alisó su bigote con cierto nerviosismo.

—Tengo algo que preguntarle sobre la medicación que me recetó ayer. Bueno... ¿podría tener efectos alucinógenos?

—Es bastante improbable. ¿Tiene tendencia a

alucinar?

—No, pero presencié ciertos fenómenos después de la inyección y nadie cree que pudiera ver lo que yo creo que vi. Empiezo a albergar dudas sobre mi cordura.

—Puede que, entre un millón de personas, usted sea el único al que el producto provoque reacciones anormales —bromeó la doctora—. ¡Le felicito!

Molesto, Qwilleran la miró y ella le devolvió la mirada con una sonrisa y un coqueto pestañeo.

—¿Prefiere que la denuncie por negligencia o que salgamos a cenar?

—Si se conforma con una comida rápida, puede ser ahora mismo —propuso mirando su reloj—. Nunca rechazo una invitación para comer con un hombre mayor. ¿Le gustan las empanadas de la zona?

—No estarían mal si fuesen de hojaldre, llevarsen algo de salsa y mucho menos nabo.

—En ese caso, le encantará el Nasty Pasty. Vamos. —Se quitó la bata blanca que cubría su camiseta de Mooseville.

El Nasty Pasty era un pequeño restaurante muy íntimo, decorado con redes de pescar, cuerdas gastadas y gaviotas disecadas.

Qwilleran dijo:

—Nunca pensé que tendría por médico a una hermosa mujer a la que doblo la edad.

—Será mejor que se acostumbre a la idea —advirtió—. Cada vez somos más... Está en plena forma para su edad. ¿Hace mucho ejercicio?

—No, no demasiado —repuso y pensó que «nada en absoluto» hubiese sido una respuesta más exacta—. Lo siento, doctora, pero no sé cómo se llama.

—Melinda Goodwinter.

—¿Tiene algo que ver con el abogado?

—Somos primos. Pickax está lleno de Goodwinters. Mi padre tiene una consulta allí y yo iré a trabajar con él a partir del próximo otoño.

—Supongo que conocerá a Fanny Klingenschoen. Me ha prestado su cabaña para pasar el verano.

—Todo el mundo conoce a Fanny... para bien o para mal. Tal vez no debería decir eso; es una anciana increíble. Dice que, cuando empiece a ejercer, quiere ser mi primer paciente.

—¿Por qué le parece increíble?

—Verá, Fanny tiene una forma muy especial de lograr lo que se propone. ¿Conoce el viejo ayuntamiento? Pues bien, a pesar de ser una joya arquitectónica estaban dispuestos a demolerlo, hasta que Fanny intervino y lo salvó... ella solita.

Qwilleran se mesó el bigote.

—Permita que le pregunte algo, Melinda. Éste es

un lugar precioso y la gente es muy amable, pero tengo la sensación de que está ocurriendo algo y no sé qué es. ¿Quiere hacerme creer que el condado de Moose es un lugar idílico?

—Tenemos problemas —admitió—, pero no nos gusta hablar de ellos con los extranjeros. No quisiera que lo publicase, pero en el pueblo no nos cae bien la gente de ciudad.

—Aunque odian a los turistas, les encantan sus dólares, ¿me equivoco?

Melinda hizo un gesto de asentimiento.

—Los visitantes suelen ser demasiado condescendientes, demasiado prepotentes o agresivos; en fin, demasiado diferentes a nosotros. Usted no, claro.

—En mi opinión, son ustedes los que no se parecen en nada a nadie —objetó Qwilleran—. La vida en las ciudades es totalmente predecible. Salgo

a hacer un reportaje, como en el club de prensa, me apresuro por llegar a la oficina y escribir el artículo, como en un buen restaurante, me atracan al volver a casa... ¡No hay sorpresas!

—¿Bromea? Conozco la ciudad, y le aseguro que en el campo se vive mejor.

Las empanadas estaban deliciosas: jugosas, sin nabo y de un tamaño adecuado. Qwilleran se sentía muy a gusto en compañía de Melinda y, en un momento dado, se alisó el bigote y dijo con tono confidencial:

—Si no le importa, quisiera comentarle algo personal.

—Me siento halagada.

—No lo comentaría con cualquiera, pero siendo usted médico...

—Entiendo.

—Bueno, ¿por dónde puedo empezar...? ¿Sabe

algo de... gatos? Tienen un sexto sentido, y ciertas personas creen que sus bigotes son una especie de antena extrasensorial.

—Interesante teoría.

—Tengo un siamés y le juro que posee una inteligencia fuera de lo común.

La joven hizo un gesto afirmativo con la cabeza para animarle a que siguiera.

Qwilleran bajó la voz y agregó:

—A veces siento extrañas vibraciones en mi bigote e intuyo cosas que los demás no pueden entender... Eso no es todo. Desde hace un año, dos a lo sumo, mi olfato se ha ido volviendo más y más fino... demasiado, incluso. Y mi oído se ha agudizado. Verá, hace unas noches, alguien caminaba por la orilla del lago a unos metros de mi cabaña y yo podía oír los pasos a través de mi almohada. ¿Qué le parece?

—Increíble —dijo ella.

—¿Cree que se trata de algo anormal? ¿Debería preocuparme por ello?

—Dicen que los elefantes son capaces de oír los pasos de un ratón.

—Espero que no lo diga por el tamaño de mis orejas.

—Sus orejas están muy proporcionadas —aclaró Melinda—. De hecho, me parece un hombre muy atractivo... para su edad.

Melinda Goodwinter era una compañía muy agradable, pero a Qwilleran le parecía que hacía demasiadas referencias a su edad —incluso le preguntó si tenía nietos—. Sin embargo, conduciendo de camino a la cabaña, se sentía feliz le apetecía concentrarse en su libro o hacer ejercicio.

La niebla había desaparecido por completo. Soplaban un ligero viento, pero el lago seguía plano

como un espejo. Qwilleran decidió que era un momento excelente para salir con la canoa.

No había remado desde que estuvo en un campamento de verano cuando tenía doce años, pero pensó que no tendría dificultades. Encontró varios remos en el cobertizo y escogió el más largo. Bajar la embarcación de aluminio hasta la orilla resultó sencillo, pero botarla era más complicado: tras varias arremetidas infructuosas en un elemento hostil, acabó con los pies encharcados. Cuando por fin consiguió sentarse y empezó a deslizarse por las tranquilas aguas, experimentó una mezcla de paz y euforia que le hicieron sentirse como nunca.

Recordó el consejo de la tía Fanny, y giró la proa para no alejarse de la orilla. Al cabo de un rato, una ráfaga de viento desvió la embarcación, que volvió a avanzar hacia el centro del lago, sin embargo, pudo corregir el rumbo en cuanto el viento cesó. Pasó junto a zonas desiertas, dunas solitarias coronadas por abetos de gran altura. Unos metros

más adelante, se encontró con el club de Top o' the Dunes, una serie de residencias de verano. Vio a los ocupantes mirándolo con envidia. Un par de ellos le saludaron desde sus porches.

Sopló otra ráfaga de viento y la superficie del agua se erizó. La proa giró de pronto como una veleta y la canoa apuntó hacia Canadá, que quedaba a muchos kilómetros. Qwilleran intentó dominar la embarcación, pero no podía hacer nada mientras el viento no cesase.

Pensó que se encontraba demasiado lejos de la orilla e intentó rectificar el rumbo, pero ya estaba fuera de la protección de los árboles y las ráfagas de viento eran todavía más fuertes. No podía dominar la embarcación. Remó con todas sus fuerzas, intentando desesperadamente girar la canoa. Todos sus esfuerzos no hicieron más que llevarle hacia aguas cada vez más agitadas.

Había perdido el control por completo. Pensó en

saltar y nadar hacia la orilla y dejar que la canoa se perdiese en el lago, pero no era un buen nadador y recordó lo gélidas que debían de estar aquellas aguas. No podía perder tiempo. Cada segundo le alejaba más y más de la orilla. Sintió que le invadía el pánico.

—¡Rema hacia atrás! —exclamó una voz que traía el viento—. ¡Rema hacia atrás... hacia atrás!

¡Por supuesto! Ése era el truco. Empezó a remar en sentido contrario y, aunque la proa siguió apuntando hacia el norte, la canoa se fue aproximando a la orilla. Una vez en la zona protegida por los árboles, pudo dar la vuelta y llegar a tierra.

En la arena había una pareja observándole. El hombre llevaba un megáfono en la mano. Lo recibieron con vítores cuando logró dejar la canoa a sus pies.

—Estábamos muy preocupados por usted —

explicó la mujer—. Íbamos a llamar un helicóptero.  
—Rió con nerviosismo.

El hombre añadió:

—Necesitará un poco más de práctica si pretende participar en los juegos olímpicos.

Qwilleran respiraba hondo, totalmente agotado, pero aún así logró darles las gracias.

—Usted debe de ser Qwilleran —comentó la mujer, que era de mediana edad, rolliza y vestía ropa de deporte cara—. Soy Mildred Hanstable, la suegra de Roger, y éste es nuestro vecino, Buford Dunfield.

—Llámeme Buck —sugirió el vecino.

—Llámeme Qwill.

Se dieron la mano.

—Necesita una copa —dijo Buck—. Venga a casa. Mildred, ¿te apuntas?

—Gracias, Buck, tengo carne en el horno.

Stanley viene a cenar esta noche.

—Quisiera darle las gracias por el pavo — comentó Qwilleran—. Me preparé unos *sandwiches* excelentes con él. Un sándwich es una de las cosas más sofisticadas que mis dotes culinarias me permiten realizar.

Mildred rió sinceramente y añadió:

—Supongo que no encontraría una pulsera en su cabaña... una pulsera de oro.

—No, pero lo revisaré todo, por si acaso.

—Pude haberla perdido por la playa, de regreso a casa.

—En ese caso, despídete de ella —intervino Buck.

Mildred lanzó una sonora carcajada.

—Si las olas no se la llevan, las chicas lo harán.

Los dos hombres subieron la cuesta hasta la

casa. Buck era un hombre robusto, de cabello gris y aspecto autoritario. Hablaba con una voz potente, acorde con el megáfono.

—Me alegro de que la niebla se haya levantado —declaró—. ¿Cuánto tiempo va a quedarse por aquí?

—Todo el verano. ¿Suele haber niebla?

—¿Una tan mala como ésta? Tres o cuatro veces en toda la temporada. En invierno vamos a Texas.

La casa era un moderno chalet de color rojizo, con un porche de madera con vistas al lago y una cristalera frente al comedor.

—Disculpe el desorden —se excusó el anfitrión—. Mi mujer se ha ido a Canadá con mi hermana para ver no sé qué obra sobre un rey muerto. A las mujeres les gustan esas cosas... ¿Qué desea tomar? Yo beberé *whisky* de centeno, pero puedo ofrecerle un escocés, un *bourbon*... o tal vez prefiera un *gin-*

tónico...

—Me conformo con una tónica o una cerveza — contestó Qwilleran—. Ya no bebo cosas tan fuertes.

—No es mala idea. Yo debería empezar a planteármelo. ¿Va a ir a pescar?

—Mis dotes de pescador no son mejores que mi pericia remando. Lo cierto es que estoy aquí porque intento escribir un libro.

—Si supiera escribir, escribiría un *bestseller* — explicó Buck—. ¡La de cosas que he visto...! He pasado veinticinco años trabajando de abogado en la ciudad. Me jubilé anticipadamente, con unas buenas condiciones económicas, pero me cansé de no hacer nada, ya sabe cómo son esas cosas... y encontré un trabajo en Pickax. ¡Jefe de policía de una pequeña población! ¡Toda una experiencia! —Meneó la cabeza—. Los ciudadanos respetables causaban más problemas que los rateros, de modo que opté por retirarme. Ahora me tomo la vida con calma. Me he

aficionado a la carpintería. ¿Ve esos candelabros? Los fabrico con mi torno y Mildred los vende para sacar dinero para el hospital.

—Me gustan los grandes —indicó Qwilleran—. Parecen extraídos de una catedral.

Estaban sentados en el bar. Buck llenaba una y otra vez los vasos y encendía su pipa, siguiendo el ritual que Qwilleran conocía tan bien.

—He hecho candelabros aún mayores —dijo entre calada y calada—. Acompañeme al sótano, le enseñaré mi taller. —Lo condujo hasta una sala llena de máquinas y serrín—. Empecé con un instrumental sencillo, pero acabé con este torno. No es difícil, pero a los turistas les encanta y, además, es por una buena causa. Mildred ha pintado de dorado un par de candelabros y los ha envejecido. Es una mujer muy lista...

—He oído que hace mucho por el hospital.

—Sí, emplea tácticas muy originales para conseguir fondos. Está bien. De ese modo, evita tener que pensar en sus problemas.

Qwilleran olió el humo de la pipa de Buck y comentó:

—Es tabaco escocés, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe? Lo compro en la ciudad.

—Solía fumar esa mezcla, Groat y Boddle número cinco.

—¡Exacto! Antes usaba Auld Clotie número tres, pero cambié hace un año.

—Yo combinaba el Groat y Boddle con el Auld Barleyfumble.

Buck limpió el serrín que cubría una de las sillas y la ofreció a su invitado:

—Siéntese, amigo.

Qwilleran se sentó y se dedicó a disfrutar del

olor a serrín mezclado con el de su tabaco favorito.

—Dígame, Buck, ¿cuánto tiempo le costó adaptarse a la vida de aquí?

—No lo sé... unos cuatro o cinco años.

—¿Cierra la puerta con llave?

—Al principio lo hacíamos, pero al poco tiempo dejamos de preocuparnos por eso.

—Es distinto a la ciudad. El entorno, las actividades, el clima, las costumbres, el ritmo, la actitud ante las cosas. Nunca creí que supondría un cambio tan drástico. Sólo pretendía alejarme de la contaminación, los atascos y los crímenes por un tiempo.

—Con respecto a esto último, no esté tan seguro —matizó Buck con tono confidencial.

—¿Por qué lo dice?

—He observado ciertas cosas... —El antiguo

policía lanzó una mirada muy significativa a su invitado.

Qwilleran se alisó el bigote.

—¿Por qué no pasa por casa este fin de semana? Tomaremos una copa. Estoy en la cabaña Klingenschoen. ¿Ha estado allí alguna vez?

Buck dio una calada, negó con la cabeza y dio otra calada.

—Está en una de las dunas, hacia el este, aproximadamente a un kilómetro de aquí. Tengo una botella de *whisky* de centeno que lleva su nombre.

Qwilleran subió a la canoa y remó en las oscuras aguas, de vuelta a casa. Pensaba en el hombre que le había salvado la vida con un megáfono. Buck negaba haber estado en la cabaña, y sin embargo... la noche en que Mildred dejó el pavo en su nevera, vio desaparecer dos sombras en la niebla, en dirección a la orilla del lago y... alguien iba fumando Groat y

Boddle número cinco.

El apagado timbre del teléfono sonó varias veces antes de que Qwilleran se levantara y se dispusiera a contestar. Había escondido el aparato en uno de los armarios de la cocina y *Koko* todavía no había encontrado la manera de acceder a él.

Qwilleran no había tomado café y no estaba preparado para recibir su ración diaria de órdenes de *madame* la presidenta, por lo que contestó al teléfono con cierta reticencia.

Escuchó una voz agradable:

—Qwill, querido. ¿Te he despertado? ¡Si lo deseas, todavía puedo ir!

—¿Desearlo? Por supuesto Rosemary. ¿Cuándo piensas venir? ¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Supongo que podré dejar el almacén hoy,

después de comer. Llegaré mañana. Tengo una semana, salvo que alguien pretenda comprar Helthy-Whelthy. Me he portado bien con Max Sorrel con la esperanza de que me haga una oferta en metálico.

Qwilleran contestó con un gruñido de desaprobación.

Por unos segundos guardaron silencio.

—¿Estás ahí, querido? ¿Me oyes?

—Estoy tan contento que no puedo ni hablar, Rosemary. Te envié la dirección de la cabaña, ¿verdad?

—Sí, la tengo.

—Conduce con cuidado.

—Estoy impaciente.

—Te necesito.

Echaba de menos a Rosemary en más de un sentido. Necesitaba un amigo con quien compartir

sus alegrías y problemas. Estaba rodeado de gente amable, pero se sentía solo.

No dejaba de repetir a los gatos:

—¡Esperad a que vea la cabaña y el lago!  
¡Esperad a que conozca a la tía Fanny!

Lo único que sentía era no poder evitar el olor a pescado que llegaba desde la orilla. Durante la noche, las aguas depositaban cuerpecillos plateados, que apestaban cuando les daba el sol.

Fue a desayunar al pueblo. Por el camino, saludó alegre a los demás conductores. Luego, fortalecido por los crêpes de trigo de sarraceno, se dirigió a la tienda de velas del centro comercial Cannery. Percibió los treinta y siete aromas distintos antes de llegar al cartel que rezaba «Velas nocturnas».

—¿Es usted Sharon MacGillivray? —preguntó a la joven que estaba arreglando el escaparate—. Soy Jim Qwilleran.

—Encantada de conocerle. Soy Sharon Hanstable —se presentó—, pero estoy casada con Roger MacGillivray. He oído hablar mucho de usted.

—Me gusta el nombre de su tienda. —Se quedó pensando unos segundos y luego recitó—: «Las velas nocturnas arden hasta el final, mientras un nuevo día surge de puntillas sobre la montaña envuelta en niebla».

—¡Increíble! Nadie se había dado cuenta de que era parte de un verso.

—Quizá los pescadores no lean a Shakespeare. ¿Qué piensan de las velas perfumadas?

Sharon sonrió.

—Por fortuna, éste es un lugar turístico y vendo joyas y piezas de madera, además de las velas perfumadas.

Qwilleran echó un vistazo a la tienda. Su

sensible olfato pareció enloquecer con los treinta y siete aromas. Comentó:

—Roger lleva un billetero muy bonito. ¿Le quedan más como ése?

—Lo siento, pero los he vendido todos. La gente vino a comprarlos para el día del padre, pero he hecho un nuevo pedido.

—¿Cuánto cuestan los candelabros más altos?

—Veinte dólares. Los fabrica aquí mismo un policía retirado, y cada centavo de los veinte dólares va a parar a obras de caridad. Fue idea de mi madre.

—El otro día, encontré a su madre, junto al lago. Es una mujer muy agradable.

Sharon hizo un gesto de asentimiento.

—Todo el mundo quiere a mamá, incluso los alumnos. Es maestra en Pickax, ¿sabe? Todos somos profesores, salvo papá. Dirige la granja de pavos

que hay en la carretera de Pickax.

—La he visto. Es un lugar interesante.

—En realidad, no. —Sharon arrugó la nariz en señal de disgusto—. Huele mal y es un caos. Cuando estaba en el instituto, solía cuidar de los polluelos y... ¡son tan tontos! A los pavos que han nacido en cautividad hay que enseñarles a comer y beber. De vez en cuando, enloquecen y se matan mutuamente. También hace falta estar un poco loco para criarlos. Mi madre no los soporta. ¿Le ha propuesto echarle las cartas?

—Aún no —repuso Qwilleran—, pero tengo algunas preguntas que me gustaría que contestara. Por cierto, también tengo una para usted: ¿Dónde puedo encontrar a un cerrajero?

—Que yo sepa, no hay cerrajeros en Mooseville, pero quizá el mecánico del pueblo pueda ayudarle.

Salió de la tienda con un candelabro de dos

brazos y unas velas verdes. Volvió a casa oliendo a pino. Colocó el candelabro sobre una de las mesas del porche y *Koko* se acercó a olerlo. *Yum Yum* parecía más interesada en cazar arañas, pero la nariz de *Koko* estaba prácticamente pegada a la madera mientras olisqueaba todo el contorno. Tenía las orejas hacia atrás y, de vez en cuando, lanzaba un bufido.

A media mañana, la camioneta azul apareció en el horizonte. Tom venía solo.

—¿Dónde está la sierra eléctrica? —preguntó Qwilleran amablemente.

—En la camioneta —respondió Tom con cara de alegría—. Me gusta cortar los troncos estropeados, pero esta vez se trata de un árbol muy grande... —Miró hacia el lago—. Hace un día precioso. Ya no hay niebla. No me gusta la niebla.

La sierra funcionaba con gasolina y cortaba los troncos con facilidad. Qwilleran se quedó mirando

un rato, pero el ruido le resultaba molesto y decidió entrar en la cabaña para peinar a los gatos. Hacía una semana que no se ocupaba de su aseo y belleza.

*Koko*, que estaba contemplando el paisaje, llegó corriendo desde el porche trasero al ver a *Qwilleran* con el cepillo en la mano. *Yum Yum* salió de debajo del sofá, donde se había escondido asustada por el ruido del exterior. A continuación, se produjo un orquestado *pas de deux*, mientras los dos gatos retozaban y se desperezaban, encantados al sentir el cepillo sobre su lomo.

Cuando Tom terminó de cortar la leña, *Qwilleran* salió y le ayudó a guardarla.

—De modo que no te gusta la niebla espesa —apuntó para iniciar la conversación.

—No, es difícil ver nada cuando hay niebla —explicó Tom—. Además, es muy peligroso conducir. Sí, muy peligroso... Procuro no hacerlo cuando hay niebla. No quisiera sufrir un accidente. En *Pickax*

murió un hombre que tuvo un accidente cuando conducía un día de mucha niebla.

Tom hablaba lentamente y su tono era agradable, casi musical y relajante. Su aspecto era distinto del habitual, llevaba bigote de tres días.

Qwilleran pensó que estaba empezando a dejarse bigote y sonrió. Intentó encontrar algo que decir y optó por elogiar la calidad de la arena que rodeaba la cabaña.

—Esta arena contiene oro —explicó Tom.

—Bueno, al menos, brilla como el oro, ¿verdad?

—Es oro auténtico —insistió Tom—. Alguien me dijo que debajo de esta cabaña había una mina. ¡Ojalá la cabaña fuese mía! Sacaría todo el oro.

Qwilleran intentó explicarle que podría tratarse de una metáfora, pero pensó que sería inútil. Luego comentó:

—He visto gente cavando con pico y pala en la

orilla del lago. Me pregunto qué están buscando.

—En la orilla no hay oro —sentenció Tom—, sólo ágatas. Las ágatas son hermosas. Yo he encontrado varias.

—¿Qué aspecto tienen?

—Parecen piedrecillas, pero son muy bonitas. Se las vendí a un hombre que tiene un restaurante. Me dio cinco dólares.

Siguieron trabajando en silencio durante un rato. El árbol había dado mucha leña y Qwilleran se estaba quedando sin aliento al guardarla. Tom trabajaba más rápido, con lo que lo dejaba en mal lugar.

Al cabo de unos minutos, Tom dijo:

—Me encantaría tener mucho dinero.

—¿Qué harías con él?

—Iría a Las Vegas. Es un lugar hermoso. No se

parece a esto.

—Es cierto —convino Qwilleran—. ¿Has estado allí alguna vez?

—No, pero lo he visto por televisión. Hay luces y música, y mucha gente. Me gustan los clubes nocturnos.

—¿Te gustaría trabajar en un club nocturno si estuvieses en Las Vegas?

—No —repuso Tom, pensativo—. Me gustaría comprar uno. Ser... el jefe.

Cuando Tom acabó de barrer los restos de serrín, Qwilleran le invitó a tomar una cerveza.

—¿Prefieres algo más fuerte? Tengo *whisky*.

—Me gusta la cerveza —aceptó Tom.

Se sentaron en el porche con las bebidas muy frías. *Koko* se había quedado prendado por la voz suave de aquel hombre. *Yum Yum*, contrariamente a

lo que solía hacer, les obsequió con su presencia.

—Me gustan los gatos —comentó Tom—. Son muy hermosos. —De pronto, pareció sentirse molesto.

—¿Qué ocurre, Tom?

—La señora me pidió que subiera a comprobar el teléfono. Pero usted me dijo que no viniera. No sabía qué hacer...

—Es normal —lo tranquilizó Qwilleran—. No te preocupes.

—Siempre hago lo que me manda.

—Eres un empleado leal, Tom, y un buen trabajador. Puedes sentirte orgulloso de tu labor.

—Subí para echar un vistazo al teléfono y el gato más grande se acercó a saludarme.

—Es *Koko*. Espero que fuese educado.

—Sí, se mostró muy educado —Tom se levantó y

miró al cielo—. Es hora de volver.

—Toma —dijo Qwilleran, ofreciéndole un billete doblado—. Cómprate algo para cenar de camino a casa.

—Tengo dinero para la cena. La señora me lo dio.

—No importa. Tómate una copa. Te gustan las empanadas, ¿verdad?

—Sí, me gustan. Me gustan mucho. Están muy buenas.

Qwilleran se sintió triste e incómodo después de estar con Tom. Se calentó un poco de *whisky* y lo bebió de un trago. No estaba de humor para empezar a escribir su novela, por lo que se sintió aliviado al comprobar que alguien se acercaba a visitarle desde la orilla del lago.

Buck Dunfield llevaba puesta una gorra de marinero y subía la cuesta que llevaba a la cabaña

con la dificultad que impone la arena.

—¡Prometió invitarme a una copa! —exclamó—. He venido ahora que todavía estoy solo. Mi mujer vuelve mañana. ¿Cómo va todo?

—Bien. Pase al porche.

—Le he traído algo que acabo de encontrar. — Le entregó una piedra—. Estaba en su parte de la orilla, por lo tanto le pertenece. ¡Es un ágata!

—Gracias, he oído hablar de ellas. ¿Tienen algún valor?

—Bueno, algunos la usan para confeccionar joyas. Aquí todo el mundo las recoge. Le he traído otra cosa. —Buck sacó un paquete que llevaba en el bolsillo de su chaqueta—. Carne cocida... de parte de Mildred. Su marido no se presentó ayer por la noche. —Bajó un poco la voz para añadir—: Que quede entre usted y yo, pero está mejor sin él que con él.

Se sentaron en las sillas de tela del porche y contemplaron la vista del lago, cuyas aguas seguían tranquilas.

Buck comentó:

—Permítame que le dé un consejo. Cuando esté en este porche, no olvide que las voces se oyen desde muy lejos si el lago está en calma. Es posible que vea una barca de pesca a lo lejos y, sin embargo, oiga que alguien pide otro cebo para el anzuelo como si estuviese hablando con esa persona por teléfono. Pero recuerde: los demás también pueden oírle a usted.

Había varias embarcaciones a la vista. Las aguas plateadas se fundían con el azul del cielo y parecía que las barcas flotaran en la nada.

—¿Va mucho a pescar, Buck?

—Un poco de pesca, un poco de golf... Por cierto, he visto que ha comprado uno de mis

candelabros.

—Estuve en la tienda de velas de Sharon esta mañana.

—Se lo diré a Mildred. Se llevará una alegría. Es una tienda pequeña pero agradable, ¿verdad? Roger es un buen muchacho. —Sacó su pipa e inició el ritual de encenderla. Apuntó con el mango hacia el lago y comentó—: Hay unos peces muertos ahí abajo.

—¡Es horrible! Cuando la brisa sopla hacia aquí, el olor es insoportable.

—Debería enterrarlos. Yo siempre lo hago. A mí no me preocupa que apesten, pero a mi mujer sí, de modo que entierro los peces. Además, ¡son un buen abono!

—Si no tiene un olfato sensible... ¿cómo puede disfrutar fumando en pipa? A mí lo que más me gustaba era el aroma.

—Es una costumbre. Fumo por nervios, ¿sabe?

—Buck miró a dos chicas que caminaban por la orilla estudiando la arena—. ¿Lo ve? Lo que yo le decía... Todo el mundo anda buscando ágatas. A mediados de verano, esta zona está más concurrida que el pueblo en día de fiesta. —Volvió a mirar a las chicas—. Son un poco delgadas para mi gusto. ¿Qué le parecen?

Qwilleran estaba pensativo y se dijo: «¡Espera a que conozcas a Rosemary!». Preguntó:

—¿Conoce a la dueña de esta cabaña?

Buck miró al cielo de forma expresiva:

—¡Ojalá no! Me odia. Logré que le retiraran su permiso de conducir después de que chocara contra la estación de policía de Pickax. No era capaz de distinguir la primera de la marcha atrás. Espero que no se trate de su abuela o algo así.

—No. En realidad, no somos familiares.

—El que tenga todo el dinero del mundo no le da derecho a hacer lo que le dé la gana, y ella no parece haberlo entendido. Una mujer de su edad no debería llevar armas de fuego. Está lo bastante loca para disparar al pleno del ayuntamiento. —Dio una calada ansiosa a la pipa—. Se llama Fanny, pero quiere que la llamen Francesca. Todos los que bautizan a sus hijas con ese nombre pasan a formar parte de su testamento. Hay más Francescas en Pickax que en Roma.

Qwilleran sirvió una ronda y Buck dijo con tono confidencial:

—Locos aparte, ¿qué le parece este sitio?

—¿A qué se refiere?

—A Mooseville. ¿Cree que todo es como parece?

Había un atisbo de conspiración en la voz de aquel hombre, que evidenciaba que no esperaba una

respuesta afirmativa.

—Bueno, tienen cierta tendencia... a ignorar ciertas situaciones peculiares y a explicarlas de forma un tanto simplista.

—¡Exacto! Es su forma de vida. El *Picayune* no escribió nada cuando los osos del vertedero atacaron a los turistas. Es cierto que los muy estúpidos saltaron la valla y molestaron a los animales. Después de aquello, se colocó una doble valla, pero nadie publicó nada al respecto.

—Me pregunto si este lugar es el paraíso sin crímenes que quieren vendernos.

—Veo que me entiende. —Buck echó un rápido vistazo alrededor—. Me temo que se producen ciertas «irregularidades» que deberían ser investigadas e incluso condenadas. Usted ha trabajado en el ámbito del crimen y sabe a qué me refiero. Tengo algunos amigos detectives en la ciudad y todos ellos hablan muy bien de usted.

—¿Conoce al lugarteniente Hames?

—Por supuesto —respondió Buck—. Él me habló de ese gato tan inteligente. ¡Es sorprendente! No creo ni una palabra de lo que me contó, pero aseguro que es cierto.

—*Koko* es más inteligente que yo y está sentado bajo su silla en estos momentos, de modo que tenga cuidado con lo que dice.

—No tengo nada en contra de los gatos —aclaró Buck—, pero prefiero los perros.

—Volviendo al tema en cuestión —dijo Qwilleran—, creo que las autoridades locales pretenden realizar las investigaciones a su manera y no admiten sugerencias ni que los extranjeros planteen preguntas embarazosas.

—Así es. Los habitantes del pueblo no quieren que ningún recién llegado de la ciudad se atreva a decirles qué está bien y qué está mal.

—¿Qué cree usted que está mal?

Buck bajó aún más la voz y miró dos veces por encima de su hombro.

—Sospecho que se han cometido ciertos crímenes que se intentan cubrir. Estoy investigando... por mi cuenta. El que ha sido policía, jamás deja de serlo. ¿Ha ido alguna vez al COMID? Tienen clientes de toda clase. La dueña lleva el robo en las venas, pero está enterada de todo lo que pasa en el país... Tenga cuidado. Yo no pienso jugarme el cuello. A mi edad, se valora cada uno de los días de vida que quedan. Tengo buena salud, una buena mujer y algo útil a qué dedicar mi tiempo. Quizá se pregunte qué quiero decir con todo esto. Verá, me gustaría que alguien pusiese al descubierto ciertas actividades criminales. No pretendo afirmar que la policía sea corrupta, pero están atados de pies y manos. Nadie quiere hablar del tema.

Qwilleran guardó silencio alisando su bigote, sin dejar de recordar el episodio vivido mientras pescaba en el *Minnie K*.

—El otro día me ocurrió algo extraño —empezó a explicar—. Puede que tenga algo que ver con lo que está comentando, a pesar de que no dispongo de pruebas. ¿Usted tiene alguna?

—Estoy a punto de obtener resultados. Quizá este asunto salte por los aires dentro de poco.

—Está bien. Le explicaré qué me ocurrió. ¿Ha oído hablar de un barco llamado *Minnie K*...?

El periodista contó a Buck el día de pesca en la niebla, sin obviar el más mínimo detalle. Buck escuchaba con tanta atención que olvidó encender de nuevo su pipa.

—Qué lástima que no sepamos el nombre del barco en que discutían los dos hombres.

—Supongo que debe de amarrar en la misma

zona que el *Minnie K*. Estaba bastante lejos de aquí. No he vuelto desde aquel día, por lo que desconozco si hay mucha actividad en las inmediaciones.

—Conozco el lugar. Allí se encuentran los rateros. Los habitantes de Mooseville quisieran que desapareciera, pero está fuera de los límites de la ciudad y la policía no puede intervenir. ¿Querrá acompañarme allí un día de éstos...?

—Encantado. Voy a recibir una visita de la ciudad. Se quedará una semana, pero puedo buscar la forma de hacerlo.

—Será mejor que me marche —comentó Buck—. Gracias por la copa. Tengo que lavar un montón de platos sucios incriminatorios antes de que vuelvan las chicas. Mi mujer y mi hermana controlan el menor de mis movimientos. No sabe la suerte que tiene de vivir solo. —Miró hacia el cielo—. Esta noche habrá tormenta.

Se marchó igual que había venido, resbalando

por la cuesta arenosa hacia la orilla del lago. Las muchachas volvían de dar su paseo y Buck las siguió de cerca, alzando el dedo pulgar en señal de aprobación para que Qwilleran lo viera desde el porche.

*Koko* seguía sentado bajo la silla, inmóvil hecho un ovillo. Las visitas lo habían fascinado. Qwilleran también se sentía satisfecho de contar con alguien que hablaba su mismo idioma y que sentía el impulso de investigar. Estaba seguro de que vivirían alguna aventura interesante juntos.

El día era singularmente tranquilo. Las voces procedentes de las barcas se oían desde el porche. El ambiente resultaba casi mágico. Las embarcaciones se alejaron hacia Mooseville. A lo lejos se oyó un trueno amenazador. *Koko* se apoyó contra las patas de la silla y *Yum Yum* empezó a maullar indignada. Al caer la noche, la tormenta se desató. La lluvia golpeaba el tejado y las ventanas, los truenos estremecieron la cabaña y los

relámpagos rasgaban la oscuridad e iluminaban el lago.

## 8

Cuando por la mañana Qwilleran estaba tomando el café, oyó ruido de sirenas en la carretera. Había metido uno de los pastelillos de canela de la tía Fanny en el microondas para calentarlo. Un bosque frondoso separaba la cabaña de la carretera principal, pero a pesar de todo logró distinguir el sonido de dos coches de policía y una ambulancia, que se dirigían a toda velocidad hacia el este. ¡Un nuevo accidente! El tráfico era cada vez más denso, puesto que se acercaban las vacaciones. Un sinfín de furgonetas y caravanas convertían la carretera comarcal en un punto negro.

Qwilleran volvió a intentarlo con la chimenea. Se preguntó por qué si un cigarrillo mal apagado podía incendiar un bosque, él no lograba encender un fuego con papel de periódico y once cerillas. Por fin, logró que ardiera la sección de deportes. El

intenso humo invadió la cabaña y las cenizas se esparcieron alrededor, cubriendo el sofá de lino, los suelos de madera encerada y las alfombras indias.

Desayunó y se puso a limpiar la casa. Empezó quitando el polvo a las estanterías, pero dos horas más tarde seguía en el mismo punto, pues había descubierto libros indios, tratados sobre los mapaches, sobre la historia de la minería y las malas hierbas. El apartado dedicado a la hiedra venenosa incluía una ilustración de la siniestra planta. Qwilleran tomó el libro y fue a inspeccionar los árboles que rodeaban la fosa séptica... la zona que monopolizaba la atención de los gatos.

La naturaleza aparecía con todo su esplendor tras la última tormenta. Todo era más limpio, más verde e intenso. Vio dos pequeños conejos comiendo piñas. Otras criaturas correteaban por el suelo cubierto de agujas de pino y hojas de castaño. No había hiedra venenosa por ningún lado. «Volvamos a la limpieza», se dijo finalmente.

En aquel momento, surgió otra excusa para postergar la vuelta al trabajo: sólo había estado en el cobertizo cuando buscaba el remo para la canoa. Se trataba de una pequeña estructura de cedro sin ventanas. Encontró los remos junto a la entrada, mezclados con las herramientas de jardinería y la escalera. El cobertizo estaba a oscuras, por lo que Qwilleran regresó a la cabaña para buscar una linterna. Como suponía, sus dos amigos vigilaban sus movimientos desde la ventana.

Iluminó el cobertizo y descubrió botes de pintura, fragmentos de cuerda, una manguera, hachas y, al fondo, una vieja cuna y una almohada. Una de las paredes estaba llena de recortes de revistas antiguas, que reflejaban el bullicio típico de Las Vegas. Los mosquitos devoraban el cuello y las orejas de Qwilleran, y su zumbido hacía presagiar algo peor. Sin pensarlo dos veces salió de allí.

Cuando acabó de limpiar la cabaña, *Koko* lanzó

un sonido gutural y corrió hacia la ventana para mirar el lago. Momentos después, apareció un caminante solitario ascendiendo por una duna. Mildred Hanstable llevaba la cabeza inclinada y se secaba los ojos con un pañuelo.

Qwilleran salió a su encuentro.

—¡Mildred! ¿Qué le pasa?

—¡Dios mío! —se lamentó—. Se trata de Buck Dunfield.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Está muerto!

—¡Mildred, no puedo creerlo! Ayer estuvo aquí y parecía más fuerte que un roble. —La mujer se dejó caer en sus brazos y Qwilleran la llevó adentro. Se sentó en el sofá—. ¿Quiere que le sirva algo? ¿Un té, una copa de *whisky*...?

Negó con la cabeza e intentó reponerse con gran esfuerzo. *Koko* la miraba con los ojos muy abiertos,

como si estuviese preocupado.

—Sarah y Betty volvieron a casa desde Canadá hace un rato y... lo encontraron en el sótano, en el taller. —Se tapó la cara con las manos—. Estaba cubierto de sangre. Lo habían golpeado con uno de sus... candelabros hasta... matarlo. Echó a llorar. Qwilleran le cogió la mano y esperó a que se desahogara, mientras intentaba asimilar su propia ira y dolor.

Cuando se calmó un poco, Mildred acertó a decir entre sollozos:

—Sarah se desmayó... y Betty llegó a mi casa gritando... Luego llamamos a la policía. Les dije que no había oído nada, ni siquiera las máquinas del taller. La tormenta fue muy intensa.

—¿Sabe si lo mataron para robarle?

—Betty dijo que no faltaba nada. Estoy destrozada. No sé qué estoy haciendo aquí. Será

mejor que vuelva a casa. Sharon y Roger vendrán en cuanto puedan.

—Deje que la acompañe.

—No, prefiero estar sola... Así me calmaré un poco. Gracias, de todos modos.

Qwilleran intentaba aclarar su mente. Para empezar, debía asimilar que también en Mooseville podía haber violencia de esa clase. Se preguntó si habría sido alguien de la ciudad, al fin y al cabo, la región estaba llena de extranjeros... Luego sintió mucha pena. Buck Dunfield le parecía un buen hombre y le hubiese encantado charlar con él todo el verano y compartir alguna aventura... Asimismo, le invadió un sentimiento de rabia ante una muerte tan absurda. Buck era una persona feliz, que disfrutaba estando vivo y sintiéndose útil... Por último, tuvo una sensación muy desagradable. No importaba cuál fuese la costumbre del lugar, instalaría cierres de seguridad en puertas y ventanas. Descolgó el

auricular y llamó a Pickax.

—¡Tía Fanny! Soy Jim, te llamo desde Mooseville. Quiero que me escuches con atención. Es importante. Tengo que encontrar un cerrajero inmediatamente. Necesito poner cerraduras en las puertas y las ventanas o encontrar las llaves de las ya existentes. Alguien ha entrado en una de las casas vecinas y ha matado al inquilino. Además, un desconocido ha estado utilizando esta cabaña para sus oscuros negocios. Sé que es domingo, pero quisiera contactar con el cerrajero mañana por la mañana, a primera hora. Esta idea de dejar las puertas abiertas cuando estamos rodeados de extraños no es segura. ¡Resulta absurda y medieval!

Hubo unos segundos de silencio antes de que sonara la potente voz de tía Fanny:

—¡Dios mío! Querido muchacho, no sabía que los periodistas os preocupaseis tanto. Siempre te muestras tan comedido... ¡No te preocupes! Cuelga

y yo me encargaré de todo. ¿Qué tiempo hace por ahí? Tuvisteis truenos y relámpagos ayer por la noche, ¿verdad?

Qwilleran colgó el auricular, indignado y pensó que Fanny ni siquiera había preguntado a quién habían asesinado. Luego le dijo a *Koko*:

—¿Qué te apuestas a que manda al genio de Tom? —Miró a *Yum Yum* que salía de debajo del sofá y se disculpó—: Lo siento, querida, no me di cuenta de que estaba gritando.

Diez minutos más tarde, oyó que un coche se acercaba por la sinuosa pista, entre árboles y dunas. *Koko* corrió hacia el porche. El visitante era un joven de pelo oscuro y rizado, vestido con lo que los de Mooseville consideraban ropa de domingo: una camisa con corbata, pantalones vaqueros y sin gorra.

Habló con cierta deferencia y con tono muy amable:

—Buenas tardes, señor Qwilleran. Me han dicho que tenía un problema.

—¿Es usted el cerrajero?

—No, señor. En Mooseville no hay cerrajero, pero entiendo algo del tema. Soy ingeniero. Mi mujer y yo estábamos comiendo en el hotel, como todos los domingos, y la señora Klingenschoen me pidió que le ayudara. Es una mujer muy persuasiva... Vine en cuanto acabé de comer. En el hotel sirven unas chuletas deliciosas, ¿las ha probado?

—Aún no —contestó Qwilleran, que intentaba disimular su impaciencia—. He llegado hace sólo unos días.

—Eso dijo mi mujer. Es la jefa de la oficina de correos de Mooseville.

—¿Lori? Es una mujer encantadora. —Qwilleran se relajó un poco—. ¿Cómo se llama usted?

—Dominic. Nick, para los amigos. ¿Cuál es su problema?

Qwilleran expuso la situación y el joven dijo:

—No se preocupe por nada. Volveré mañana con todo lo necesario y me ocuparé de sus cerraduras.

—Disculpe que le haya molestado un domingo, pero han asesinado a un vecino de Top o' the Dunes. Estoy muy afectado.

—Sí, es terrible. Todo el mundo se pregunta qué efecto tendrá esto en el pueblo.

—¿Quiere decir que ya lo sabe todo el mundo? Pero si sólo hace un par de horas que encontraron el cuerpo.

—Mi mujer oyó la noticia en misa —explicó Nick—. Canta en el coro de la iglesia y escuchó que uno de los policías lo contaba durante la comunión.

—Un asesinato es lo último que esperaba encontrar en Mooseville. ¿Quién ha podido hacer

algo así? ¿Algún extranjero de la ciudad que esté pasando unos días por aquí?

—Bueno... supongo que es posible.

El bigote de Qwilleran se estremeció e intuyó que se encontraba ante una buena fuente de información.

—¿Quiere tomar una copa, Nick?

—No, gracias. Volveré junto a mi esposa para tomar el postre. Nos encanta la tarta de manzana que sirven en el hotel.

Qwilleran le acompañó al coche.

—De modo que es usted ingeniero. ¿En qué trabaja?

—Soy empleado de prisiones —respondió Nick—. ¡Hasta mañana!

Qwilleran volvió a su labor de limpieza... con el mismo entusiasmo de antes. Estaba sacudiendo las

alfombras indias en el aparcamiento cuando notó que su corazón se aceleraba: se acercaba un coche que hacía mucho ruido. Rosemary nunca encontraba el momento adecuado para repararlo. Vio su pequeño vehículo entre los árboles y contuvo la respiración. ¡Venía acompañada! Si había traído con ella a Max Sorrel... el estúpido oportunista, la maldita víbora con su sonrisa falsa en los labios... El coche desapareció de su vista por unos instantes. Cuando volvió a verlo, Qwilleran comprendió que lo que había sentado junto a ella era la alfombra de oso polar que tenía en su apartamento de Maus Haus.

Rosemary bajó del coche, mofándose de la expresión de sorpresa de Qwilleran.

—¿Qué...? ¿Qué demonios...? ¿Cómo...?

—El antiguo inquilino me ofreció comprarla por cincuenta dólares y pensé que podrías permitirte ese gasto —explicó—. Me pareció divertido venir hasta aquí con el oso sentado a mi lado, pero los agentes

de tráfico me pararon y me dijeron que era un peligro público. Empujé la cabeza hacia abajo, pero siguió levantándose de vez en cuando... ¿Qué te pasa, querido? Pareces algo triste.

—Ha ocurrido algo terrible —comentó Qwilleran—, y si prefieres dar la vuelta y regresar a casa, lo comprenderé.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Se ha cometido un asesinato a un kilómetro de aquí, cerca de la orilla del lago.

—¿Lo conocías?

Hizo un gesto tristemente afirmativo con la cabeza.

Rosemary levantó la barbilla con la determinación que la caracterizaba.

—Para tu información, no pienso moverme de aquí. Me quedaré contigo y te cuidaré. Has estado demasiado solo estos días; seguro que apenas has

comido y te has pasado el día frente a la máquina de escribir en lugar de hacer un poco de ejercicio.

Así era Rosemary... no tan joven como alguna de las mujeres que había estado viendo últimamente, de hecho, ya era abuela. No obstante, era una morena atractiva con una figura de jovencita, y se sentía bien con ella cerca. En cierta ocasión, cuando intentó en serio hacer deporte, acabó dándole un masaje para que se recuperara.

—Por favor, coge mis maletas, querido, y dime dónde voy a dormir. Me gustaría tomar una ducha y cambiarme de ropa. ¿Dónde están tus hermosos gatos? Les he traído hierba fresca.

*Koko* y *Yum Yum* la recordaban de cuando vivían en Maus Haus y la recibieron sin tensión, aunque también sin entusiasmo. Cada vez que había ido a visitar a Qwilleran, habían acabado encerrados en el cuarto de baño.

Rosemary, aseguraba que su vitalidad, su piel

suave y sus ojos brillantes se debían a la ingestión de alimentos adecuados. Metió una selección de los mismos en la nevera y otra en el horno. Con la comida sana calentándose y la alfombra de oso en el suelo, la cabaña parecía más acogedora y familiar. *Koko* cruzó la habitación y puso música.

—*¿Aimez-vous Brahms?* —preguntó *Qwilleran*.

—¿Cómo dices? —*Rosemary* no solía captar la sutileza de sus ocurrencias.

Le preguntó cómo iban las cosas por *Maus Haus*.

—Es terrible. El cocinero se ha marchado. *Hixie* nunca dice nada divertido. *Charlotte* se pasa el día llorando. Y una noche el immaculado *Max* apareció con una mancha en su corbata. Tienes mucha suerte de tener esta cabaña para pasar el verano, *Qwill*. Es un lugar encantador. Hay violetas y lirios por todas partes y nunca había visto tantos jilgueros y ardillas, son tan bonitos...

Rosemary se había fijado en todo y no paraba de hacer comentarios acerca de las fundas de lino blanco del sofá, los tonos malva y turquesa del lago al ponerse el sol, el gran candelabro de castaño que había en el porche, la cabeza de alce y el mantel de punto de cruz.

—¿El pico? ¿Dónde está el pico? —inquirió Qwilleran, poniéndose en pie—. La semana pasado había un viejo pico justo aquí. No entiendo nada, Rosemary. La gente entra en esta cabaña como si fuese una estación de autobuses. En este pueblo se ve mal que la gente cierre las puertas. Me han robado mi reloj de oro y... peor aún, la pluma que me regalaste. Y ahora alguien se ha llevado el pico.

—¡Oh, querido...! —dijo Rosemary con tono comprensivo.

—Ocurren cosas muy extrañas. La policía organiza controles de carretera para pasar el rato. Nadie parece tener apellido. Se oyen pasos en el

tejado en plena noche. Los gatos no dejan de mirar la fosa séptica.

—Qwill, seguro que exageras. Te sientes mal porque últimamente no has comido lo suficiente.

—¿Eso crees? Bueno, aquí tienes un hecho: *Koko* encontró una cinta escondida detrás de la cabeza del alce con un mensaje amenazador grabado en medio de una canción. Y cuando fui a pescar, lo que mordió el anzuelo fue el cadáver de un hombre.

Rosemary tragó saliva:

—¿Quién era?

—No lo sé. Volvió al fondo del lago y todo el mundo intenta convencerme de que sólo era un viejo neumático.

—Qwill, querido, ¿comes fruta y verduras frescas?

—Te comportas como el resto —se lamentó—. La única persona que me creyó ahora está muerta. Le

han aplastado el cráneo.

—¡Oh, Qwill! No te metas en eso. Puede que tú también corras peligro.

—Ya veremos qué ocurre —sentenció—. Vamos a comer. Pero antes, déjame que dé algo a los gatos. Una mujer encantadora que vive cerca de aquí me trajo carne picada e intento convencerlos de que es paté de *foie gras*.

—Al parecer, has estado viendo a muchas mujeres bonitas junto al lago —dijo Rosemary sonriendo—. Creía que estabas aquí para escribir tu novela.

Hablaron hasta altas horas de la noche. Qwilleran no podía parar. Le contó todo acerca del Nasty Pasty y el COMID, los cerezos en flor, los mosquitos, las ágatas, los enterradores, los Goodwinter y los Whatley, los naufragios de barcos y los desvalijadores, el pequeño Henry y el gran George, la tienda de velas y la peluquería de Bob.

Por fin, Rosemary no pudo controlar sus bostezos, a pesar de que intentaba disimularlos con carcajadas y leves accesos de tos.

—Querido, he pasado el día conduciendo —afirmó—. Creo que va siendo hora de...

Tras una larga despedida, entró en la habitación de invitados y dejó a los siameses sin su cama preferida. Qwilleran se acostó y se quedó pensando en Rosemary unos diez minutos, se preocupó por la falta de cerradura en la puerta principal durante otros siete y analizó la misteriosa muerte de Buck Dunfield durante cuatro y medio antes de quedarse profundamente dormido.

Se despertó al oír unos terribles alaridos y saltó rápidamente de la cama. El ruido procedía del exterior. Se acercó a la ventana y exclamó:

—¡Rosemary!

—¿Qué es esto? —inquirió ella.

Encendió las luces. *Koko* salió disparado con las orejas gachas y *Yum Yum* se escondió. Rosemary salió de la habitación, enfundada en su pijama rojo.

El sonido de lucha junto a los matorrales cesó. Los gritos se fueron apagando hasta desaparecer en el silencio de la noche.

Qwilleran cogió una linterna y uno de los palos de avivar el fuego.

—No salgas, Qwill —rogó Rosemary—. ¡Avisa a la policía!

—No servirá de nada. Esta semana fui a dar parte de un incidente y me trataron como a un estúpido.

—Por favor, Qwill, llámales. Quizá se trate de un asesinato, de una violación o un secuestro. Tal vez una mujer se encontraba paseando por el lago y... Eran gritos de mujer.

—A mí me parecían un presagio de muerte.

Finalmente obedeció a Rosemary y telefoneó a la oficina del *sheriff*. Dio su nombre y dirección, y explicó lo ocurrido con toda la calma y objetividad que pudo.

Respondiendo a una pregunta dijo:

—No, no hay ninguna otra casa cerca, pero la gente pasea por aquí en plena noche... Sí, hay mucho bosque... Pareció que alguien se peleaba entre los árboles. No, ninguna otra voz... solo los gritos. Le aseguro que eran gritos de pavor. Luego se fueron apagando hasta desaparecer por completo... ¿Un qué...? Muy interesante. ¿Cree que pudo tratarse de eso...? Seguramente tiene razón... Bueno, perdone que le haya molestado, agente. Gracias por todo.

Qwilleran se volvió hacia Rosemary.

—Era una lechuza que estaba cazando un conejo y se lo llevaba entre las garras.

—¿Eso ha dicho? En fin, no importa; me ha

pegado un susto de muerte. Todavía estoy temblando. Me sentiré mucho más segura en tu habitación. ¿Te importa que duerma contigo?

—En absoluto —contestó Qwilleran, alisando su bigote.

—Los gatos estarán encantados —añadió Rosemary—. Parece que les he robado la cama.

# 9

El lunes por la mañana, Qwilleran se sentía especialmente contento y feliz. A pesar de lo poco dado que era a usar apelativos, empezó a llamar «cariño» a Rosemary. Sin embargo, a medida que pasaron las horas, su ánimo fue decayendo. El primer contratiempo se presentó cuando Nick llegó a colocar las cerraduras antes de que Qwilleran hubiese desayunado.

—Veo que tiene un siamés —comentó Nick, al ver que *Koko* lo miraba desde el porche—. Nosotros tenemos tres gatos, pero no son de raza. A mi mujer le encantaría ver el suyo.

Qwilleran recordó la misteriosa respuesta que Nick había dado acerca del posible asesino de Buck y comentó:

—¿Porqué no vienen usted y su mujer a casa una

de estas noches? Así podrá conocer a *Koko* y a *Yum Yum*. Quiero pedirle perdón de nuevo por haber interrumpido su comida de ayer.

—No se preocupe. Me encanta ayudar a la gente. Además, nadie niega nada a la señora Klingenschoen. —Nick arqueó las cejas con buen humor.

Al marcharse, se llevó uno de los juguetes de hierba que Rosemary había traído para los gatos.

—No se vaya sin visitar el jardín floral de la prisión. Los tulipanes están preciosos en esta época del año. Todo llega un poco más tarde aquí que en la ciudad, ¿sabe?

Cuando se quedaron solos, comentó Rosemary:

—¡Qué joven tan encantador! Creo que iré a visitar los jardines esta tarde mientras tú escribes un rato. También me gustaría ir a la peluquería, si me dan hora.

Los siameses parecían satisfechos con sus nuevos juguetes, un poco de hierba atada al cordón de un zapato. *Koko* era especialmente habilidoso: le daba con la pata, lo empujaba, lo enrollaba y luego lo escondía en algún remoto rincón.

Qwilleran no se sintió demasiado contento con su tardío desayuno. Consistía en compota de fruta con unos polvos desconocidos, que parecían cemento, y unos cereales con misteriosos ingredientes blandos y arenosos. Sabía que aquello era «comida sana» y lo ingirió sin protestar, pero se negó a sustituir su dosis matinal de cafeína por una infusión de hierbas.

Rosemary declaró:

—He encontrado unos horribles pastelillos industriales hechos con harina blanca y cubiertos de azúcar en polvo en el congelador, Qwill. No puedes comer semejante porquería. Los he tirado a la basura.

Qwilleran lanzó un bufido, pero no dijo nada.

El ruidoso coche tomó la carretera hacia el pueblo, en dirección a la peluquería de Bob. Qwilleran trató de organizarse el día. Puso la máquina de escribir en la mesa del comedor y, junto a ella, los rotuladores, bolígrafos, lápices y el papel, de forma que incitasen a la creación. A continuación, llamó a Mildred.

—¿Cómo se encuentra?

—Mejor que ayer —afirmó—, pero aún me siento fatal. ¿Se da cuenta de lo terrible que es saber que han asesinado a tu vecino?

—Creo que todos deberíamos empezar a cerrar las puertas, Mildred, como se hace en la ciudad.

—Buck, Sarah y Betty eran tan buenos amigos... Solíamos jugar al *bridge*. Lo enterrarán en su pueblo natal. Las chicas ya se han marchado, todo está triste y tranquilo. Echo de menos el ruido de las máquinas

y los tornos. ¿Querrá pasar por aquí? Voy a preparar una tarta de fresa.

—Tengo invitados —se disculpó Qwilleran—. Iba a proponerle que usted y su marido vinieran a tomar una copa y dejasen que los invitase a comer en el hotel.

—Es muy amable, pero últimamente mi marido está muy ocupado con la granja. ¿Por qué no viene con su invitada? Les echaré las cartas.

A continuación, Qwilleran se dirigió hacia Mooseville. Antes de salir, comprobó que los siameses estuviesen dentro, cerró las ventanas y disfrutó del simple gesto de cerrar la puerta con llave. Marcharse dejándolo todo abierto le había hecho sentirse incómodo desde su llegada.

Hacía días que deseaba echar un vistazo al *Minnie K*, aunque sólo fuese para convencerse de que el barco realmente existía. Se dirigió hacia el oeste, retomando la ruta que había seguido con los

increíbles Whatley. Pasado el centro comercial Cannery y el COMID, la carretera pasaba junto a unas casas destartaladas, con viejos coches en la puerta, antenas de televisión en el techo y ropa gris tendida al sol. Giró al llegar al canal lleno de chatarra.

En el pequeño muelle encontró el casco oxidado del barco con sus sillas de lona rotas y manchadas. Pero ya no se llamaba el *Minnie K*; se había convertido en *La gaviota*, según indicaba el cartel recién pintado en la quilla. No había rastro de la tripulación. Un poco más abajo, en la misma orilla, había más barcos en el mismo estado, inmersos en el sopor de un lunes por la mañana.

Qwilleran estaba seguro de que alguien había caído a las gélidas aguas del lago desde uno de aquellos vejstorios.

De vuelta a Mooseville, se detuvo en el COMID para tomar un café y comprar el *Pickax Picayune*.

La noticia que buscaba estaba medio escondida, debajo de los resultados de las quinielas. Qwilleran vio el titular *Incidente en la orilla este* y leyó dos veces el artículo.

«Buford Dunfield, policía jubilado de 59 años de edad, pasaba desde hace algún tiempo los veranos en Mooseville. El domingo por la mañana, apareció muerto en el taller que tenía instalado en el sótano de su lujosa casa de la orilla este. Al parecer, murió víctima de un intruso que lo golpeó con un objeto pesado pocas horas antes de que su esposa, Sarah Dunfield, de 56 años de edad, y su hermana, Betty Dunfield, de 47, volvieran de su visita anual a Canadá, adonde acudían para asistir a unas representaciones de Shakespeare. La policía se ha ocupado de las investigaciones».

En el restaurante todo el mundo hablaba de la pesca. Qwilleran sospechaba que los clientes escogían el tema cada vez que entraba un extraño.

Al salir, se dirigió a la oficina de turismo. Roger estaba sentado en su silla, charlando con una visita, un joven de aspecto saludable que se balanceaba en equilibrio sobre las dos patas de una silla y tenía los pies apoyados en el despacho de Roger.

—¡Qwill, llegas justo a tiempo de conocer al redactor jefe del *Pickax Picayune*! —exclamó Roger—. Éste es *Junior Goodwinter*, uno de tus admiradores. Precisamente estábamos hablando de ti.

El joven se puso de pie.

—¡El gran hombre en persona!

—Otro de los famosos Goodwinter —ironizó Qwilleran—. Sabía que era periodista por la forma en que movía la silla. Le felicito por el artículo sobre la muerte de Buck Dunfield. Es una de las mejores síntesis que he leído, exactamente cien palabras.

—¿Las ha contado?

—Aunque ha olvidado mencionar el título de las obras que fueron a ver las dos mujeres en Canadá.

—Se está burlando de mí —objetó *Junior*.

—Ahora comprendo por qué no tenéis crímenes por aquí: los sustituís por «incidentes». Es una solución magistral para el problema de la violencia.

—Cálmese amigo. Sé que aquí las cosas son diferentes de lo que aprendí en los cursos de periodismo. Además estamos en el campo y usted vive en la ciudad. ¿Le importaría concederme una entrevista?

—Será un placer. Tal vez aprenda algo.

—Bueno, ahora, tengo que marcharme. Aún me quedan varios espacios publicitarios que vender —explicó *Junior*.

Qwilleran estaba impresionado.

—¡No me diga que además de publicar el periódico se dedica a buscar clientes para los anuncios!

—Claro, lo hacemos todos. Mi padre es el dueño del periódico, vende anuncios y se encarga de la tipografía.

El redactor jefe abandonó la oficina con rapidez. Qwilleran estaba perplejo.

—¿No es un poco joven para ser redactor jefe?  
—preguntó a Roger.

—Trabaja en el periódico desde los doce años. Se ha criado en ese ambiente. Se licenció en la universidad estatal el año pasado. Es un joven muy ambicioso.

—Siempre he querido ser el dueño de un pequeño periódico.

—Podrías comprar el *Picayune* por poco dinero, pero tendrías que invertir mucho para renovarlo. Lo

fundaron en 1859 y no ha cambiado nada desde entonces... ¿Qué puedo hacer por ti?

—Mucho. Tienes respuestas para todo. Dime quién mató a Buck Dunfield.

Roger se sonrojó.

—Es una pregunta difícil. No he oído nada al respecto. Sharon y yo fuimos a visitar a Mildred ayer, parecía destrozada.

—¿Crees que fue un crimen casual? ¿Dunfield tenía enemigos o estaba metido en algo que desconozcamos?

Roger se encogió de hombros y respondió:

—No sé casi nada de los veraneantes.

—Era vecino de tu suegra y hacía los candelabros que vende tu mujer en la tienda de velas. ¿Insinúas que nunca le habías visto?

—Supongo que en algún momento debimos de

encontrarnos junto al lago y hablamos un poco.

—Estás mintiendo, Roger. ¿Piensas dedicarte a la política?

Roger levantó las dos manos.

—No dispires. —Miró a Qwilleran y sonrió—. ¿Has vuelto a pescar con el *Minnie K* recientemente?

—Te diré algo interesante —agregó Qwilleran—, esta mañana volví al muelle para echar un vistazo a esa bañera y le habían cambiado el nombre por el de *La gaviota*, con la g pintada al revés.

Roger hizo un gesto de asentimiento.

—Puedo explicarte el motivo, si te interesa. Es probable que el dueño estuviese asustado al saber que ibas por ahí hablando de un cadáver en el lago relacionándolo con el *Minnie K*. Podría caerle una multa por hacer viajes ilegales con turistas. Los barcos que no están registrados no pueden organizar

partidas de pesca. Según lo que me contaste del *Minnie K*, estoy seguro de que nunca pasó por el registro.

Aquella tarde Qwilleran tenía un objetivo claro. Sentía tal curiosidad por el contenedor de basuras enterrado que decidió volver al cementerio. Ahora que era capaz de reconocer la hiedra venenosa, no corría peligro alguno. La actividad de los enamorados durante el fin de semana había aumentado la cantidad de desechos, la lluvia y el sol habían hecho maravillas con los hierbajos que cubrían las tumbas. Descubrió las nefastas plantas con hojas de tres picos y recordó que la última vez había arrancado algunas para poder leer las inscripciones de las lápidas. Siguió el camino que bordeaba el mausoleo de los Campbell.

El contenedor seguía oculto tras unos matorrales y no había nada dentro, aunque alguien lo había utilizado. En el fondo había restos de paja y el asa estaba torcida.

Qwilleran no tardó en marcharse. Volvió a la cabaña para estar allí antes de que regresara Rosemary. Estaba malhumorado, pero al notar el pestilente olor de los peces muertos en la orilla, su estado de ánimo empeoró. Por su parte, Rosemary apareció radiante, llena de entusiasmo, llevando un montón de tulipanes amarillos, blancos, rojos y negros púrpuras.

—¡Los jardines de la prisión son preciosos! — exclamó—. Deberías visitarlos, Qwill. Un señor encantador me regaló todas estas flores para que las llevase a casa. ¿Cuántas páginas has escrito hoy?

—Nunca las cuento —respondió Qwilleran.

—Es una prisión nueva, muy agradable. Al entrar, una mujer me invitó a que me alistara en el grupo de ayuda a los presos. Se dedican a escribirles cartas y mandarles pequeños regalos.

—¿Has oído algo sobre el asesinato?

—¡Ni una palabra! ¿Tienes un jarrón para los tulipanes? He comprado algo para cenar. Tenemos pescado fresco, nabos exquisitos y coles de Bruselas... y unas zanahorias para los gatitos. Deberías rallar una zanahoria y mezclársela con la comida todos los días.

¡Coles de Bruselas! ¡Nabos! Qwilleran soñaba con un buen filete, unas patatas fritas con *ketchup* y una ensalada con roquefort. Y para acabar, una buena tarta de manzana con queso cheddar y tres tazas de café.

—¿Crees que el pescado aguantará un día? —preguntó—. Pensaba invitarte a cenar en el hotel Northern Lights. No he tenido un día muy productivo y necesito cambiar de ambiente.

—¡Por supuesto! Parece interesante —aceptó Rosemary—. ¿Podemos ir dentro de una hora? Me gustaría dar un paseo por la orilla del lago.

—Te decepcionaré. La orilla está llena de peces

mueritos.

—Bueno, supongo que forman parte de la naturaleza.

Repartió los tulipanes entre una botella de limonada que puso sobre la chimenea, un jarrón que colocó en la mesa y una cubierta sobre la barra de la cocina. Después, Rosemary se encaminó alegremente hacia la orilla del lago.

Qwilleran se dejó caer sobre uno de los sofás.

—*Koko*, me siento como un imbécil —le confesó al gato, que lo miraba desde el respaldo del sofá—. No tengo ni la más remota idea... ¿Qué está pasando aquí? Un cadáver en el lago, un antiguo policía asesinado y un mensaje en una cinta. Alguien ha estado utilizando esta cabaña para algún tipo de actividad ilegal o con intenciones poco lícitas. No sé quién y, aún peor, tampoco sé por qué.

*Koko* insinuó un maullido y cerró sus grandes

ojos azules.

Qwilleran sacó la cinta de su mesilla de noche y volvió a poner *Little Whites Lies*. La voz del desconocido volvió a interrumpir la música: «traer más mercancía... hacer unos cambios... junto al muelle después de cenar». Era una voz aguda y nasal, que hablaba con un ritmo muy monótono.

—He oído esa voz en alguna parte —dijo Qwilleran a *Koko*, pero el gato no le prestaba atención porque estaba jugando con su hierba—. Las cosas empezaban a resultar peligrosas porque Buck avanzaba en su investigación. Había que realizar ciertos cambios porque la cabaña ya no estaba disponible como depósito.

Aquella voz... ¿La había oído en la oficina de correos, en el COMID, en la tienda de ropa o en el restaurante del hotel?

¡No! Qwilleran chasqueó los dedos. Era la voz que había oído mientras pescaba, en medio de la

niebla, cuando dos hombres discutían en aquel otro barco. Una de las voces retumbaba y tenía acento inglés. La otra era algo chillona y monótona. Recordaba que discutían sobre la avería del motor, tratando de adivinar a gritos qué hacer para repararlo. Luego...

Qwilleran creyó reconocer el ruido que hace un libro al caer de una estantería y estrellarse contra el suelo. No era la primera vez que *Koko* hacía algo así. No era nada torpe; si tiraba algo, siempre tenía una buena razón para hacerlo.

*Koko* estaba en el segundo estante, jugando con su cordón de hierba. Había tirado un ejemplar de la historia de los naufragios. El libro estaba en el suelo, abierto por una página que alguien había marcado con un papel.

Se trataba de la página 102 y describía el hundimiento del *Whaterhouse B. Duncan*, un barco que transportaba una importante carga de lingotes de

cobre. Naufragó en las traicioneras aguas de la costa norte de Mooseville durante una terrible tormenta en 1913. No hubo supervivientes. Los veintitrés miembros de la tripulación y los tres pasajeros que había a bordo murieron, incluyendo la cocinera.

El papel que señalaba la página era una factura del alquiler de un barco durante trece semanas. Faltaba definir los términos del contrato. Estaba fechado el año anterior y lo firmaba un tal S. Hanstable.

Aquella información le resultaba extrañamente familiar. La tía Fanny había mencionado en alguna de sus cartas... No lograba recordarlo con claridad. Buscó en su archivo de cartas y no pudo reprimir su mal humor. La escritura de tía Fanny era pequeña e ilegible; cada página estaba llena de tachones que constituían una dura prueba para la paciencia.

Se puso las gafas y repasó varias cartas antes de dar con lo que andaba buscando. El tres de abril, le

había ofrecido por primera vez la cabaña. Con su peculiar estilo telegráfico había escrito:

El lugar es precioso... La cabaña es de troncos... pero muy cómoda... Me estoy haciendo mayor... ya no la disfruto tanto... El verano pasado la alquilé... a dos hermanos jóvenes... interesados en la historia de los barcos... venían durante los fines de semana... las novias se quedaban toda la semana unas chicas horrosas... Jugaban con los espaguetis... los tiraban al techo... lo dejaron todo hecho un asco... Costó dos semanas volver a limpiarlo todo... ¡no pienso volver a pasar por eso!

El bigote de Qwilleran se estremeció como solía ocurrir cuando encontraba una buena pista. La factura que encontró en el libro hizo que se planteara varias preguntas: ¿Tenía la mujer de Roger un bote? ¿Tenía letra de maestra de guardería? ¿Escribía «decidir» con s?



# 10

Antes de salir a cenar con Rosemary, Qwilleran dio de comer a los gatos, que evitaron asqueados los trozos de zanahoria que contaminaban su carne de buey.

Había reservado una mesa en el hotel Northen Lighth, situada en una de las partes del restaurante que ocupaba los antiguos almacenes de barcos. Eran pequeñas habitaciones de madera que convenía evitar por las astillas y la humedad que rezumaban las paredes después de llover, aunque sin duda eran los espacios más íntimos de que disponía el local.

Rosemary llevaba puesta una camiseta de Mooseville y una cadena de cuero que había comprado en la tienda de la prisión. Tenía un aspecto tan jovial, alegre y saludable que a Qwilleran le costaba creer que tuviese un nieto lo bastante mayor para estudiar medicina en la

universidad. Dejó su bolso colgado en un perchero, a la entrada del restaurante.

—¿No es maravilloso no tener que preocuparse de los ladrones? —inquirió Rosemary—. En la ciudad, cuando voy a un restaurante, dejo el bolso en el suelo cerca de mis pies, con la correa alrededor de mi tobillo.

«El menú está decorado con una terrible escena de una tormenta en el lago —pensó Qwilleran—, y en los manteles individuales están escritas las fechas de los naufragios que han costado más vidas a lo largo de la historia. Que aproveche».

—Puedes pedir pescado hervido con coliflor, pero yo pediré un filete con patatas fritas... ¡No me mires así! Sé que la comida sana te sienta de maravilla, no pareces tener más de treinta y nueve años, pero para mí es demasiado tarde. La única vez que aparenté tener esa edad fue a los veinticinco.

—¡Un momento de tregua! —pidió ella,

ondeando una servilleta de papel—. No pretendía interferir en tus hábitos, Qwill. Toma lo que quieras y no me pidas perdón. Estás creando, lo cual genera mucha presión. ¿Cuántos capítulos llevas escritos? ¿Me leerás algunas páginas esta noche?

—Rosemary, por favor, deja de preguntar por mi libro. No tengo una cantidad estipulada por día ni he de cumplir ninguna fecha de entrega. Cuando me siento delante de la máquina de escribir, quiero olvidar esa clase de cosas.

—¡Claro! Tienes razón, Qwill. Nunca he conocido a un escritor personalmente. Tienes que enseñarme a comportarme.

Qwilleran no dejaba de mirar a una mesa, en que cuatro personas comían bajo el cuadro de un marinero que se ahogaba en un mar infestado de tiburones.

—No mires —le advirtió—, pero los dos hombres que están en aquel rincón son saqueadores

de barcos, o eso me han dicho. Desvalijan barcos hundidos.

Los dos eran altos y flacos, de expresión muy dura.

—Parecen un anuncio de cigarrillos —comentó Rosemary—, y las chicas que los acompañan deben de ser modelos. ¿De dónde han sacado un bronceado tan maravilloso tan pronto? ¿Por qué parecen tan desgraciadas? Bueno, supongo que su dieta no es la adecuada.

—He visto a esas chicas paseando por la orilla del lago —explicó Qwilleran—. Creo que están en una de las casas que hay cerca de la cabaña. Quizá alquilaron la cabaña de Fanny el año pasado. —Le contó cómo *Koko* había llamado su atención sobre el libro de naufragios y cómo había repasado las cartas en busca de una pista—. Cuando quieras que te duela la cabeza —añadió—, puedo prestarte una de las cartas de tía Fanny.

—¿Cuándo me la presentarás?

—Mañana o el miércoles. Me gustaría que me hablase de esos historiadores de barcos y su posible relación con Buck Dunfield. El único problema es que es difícil lograr que se concentre en un solo tema.

—Algunas sorderas son provocadas por una dieta deficiente —le informó Rosemary.

—Estoy seguro de que no es sorda. Simplemente selecciona lo que quiere y lo que no quiere escuchar. Tal vez tú conectes mejor con ella, Rosemary. Al parecer, se lleva mejor con las mujeres... Discúlpame un momento. Me gustaría hablar con esos tipos antes de que se marchen.

Cruzó la sala hacia los saqueadores y se dirigió al más alto de los dos.

—Disculpe, señor. ¿No es usted corresponsal de uno de los periódicos?

El hombre negó con la cabeza.

—Lo siento, pero me confunde con otro —  
repuso con acritud.

—Pero es periodista, ¿verdad? ¿No se licenció  
en Columbia? Usted es el autor del reportaje sobre  
las últimas elecciones presidenciales.

—Lo siento, se equivoca por completo.

Qwilleran fingió estar sorprendido y se dirigió  
al otro hombre.

—Hubiera jurado que usted era un fotógrafo de  
prensa y que trabajaban juntos en los grandes  
reportajes.

El supuesto fotógrafo respondió sonriendo:

—Vas mal, amigo. Sólo somos un par de  
holgazanes que estamos aquí de vacaciones.

Qwilleran se disculpó, les deseó una buena  
estancia y volvió a su mesa.

—¿De qué va todo esto? —inquirió Rosemary.

—Ya te lo explicaré.

Mientras volvían a la cabaña, Qwilleran dijo:

—Verás, creo que hay una banda de delincuentes operando en la zona. Han estado usando la cabaña de Fanny como punto de reunión. Es perfecto, las puertas siempre están abiertas y tienen tres formas de huir: hacia el lago, hacia la carretera o hacia el bosque. El jefe da órdenes a los demás por medio de una cinta que deja escondida tras la cabeza del alce.

Rosemary lanzó una carcajada.

—Qwill, querido, sin duda me estás tomando el pelo.

—Hablo en serio.

—¿Crees que tiene algo que ver con drogas?

—Sospecho que en realidad se dedican a desvalijar barcos hundidos. El lago está lleno de

ellos y algunos son muy valiosos. En la cabaña hay un libro que los describe y detalla el cargamento que llevaban. Algunos de esos barcos llevan más de un siglo sumergidos.

—¿Y la carga puede seguir intacta después de tanto tiempo?

—Rosemary, en 1850 no llevaban televisiones ni coches. Transportaban lingotes de cobre u oro. El libro detalla el contenido de los barcos. Aparecen todos los barriles de *whisky*, el dinero y el oro que cargaban. En el pasado esta parte del país fue muy floreciente.

—¿Por qué fuiste a hablar con esos hombres?

—Pensé que uno de ellos podía ser el jefe, pero sus voces no se parecen a la de la grabación. No podría confundirla ni queriendo. Sin embargo, sé que el jefe está aquí, en alguna parte...

—¡Qwill, tienes una imaginación desbordante!

Al llegar a la cabaña, Qwilleran abrió la puerta y Rosemary entró primero.

—¡Alguien ha tirado los tulipanes al suelo! — exclamó.

—¡Malditos gatos! —gruñó Qwilleran, lo bastante airado para lograr que ambos saliesen huyendo hacia la habitación de los invitados.

—Han tirado sólo los tulipanes negros, Qwill.

—No los culpo. Los tulipanes no pueden ser negros.

—Pero un día me contaste que los gatos no pueden distinguir los colores.

Recogió las flores y Rosemary recompuso los ramos que había en los improvisados jarrones de la mesa, la chimenea y la cocina. Luego salieron al porche a disfrutar de la puesta de sol, meciéndose en las sillas recién barnizadas, aunque lo bastante viejas para decorar el *Titanic*.

Las gaviotas sobrevolaban los peces muertos de la orilla y picoteaban. Rosemary las identificó como gaviotas devoradoras de arenques. Había otros pájaros describiendo círculos en el cielo, como si siguiesen la coreografía de un *ballet*, eran martines pescadores. Otros más pequeños, marrones y amarillos, que cruzaban por delante del porche, eran, según Rosemary, *bombycillidae*.

—He oído a una lechuza —apuntó Qwilleran, para demostrar que no era totalmente inculto en lo referente a la fauna.

—Era una paloma salvaje —le corrigió—. Ahí tienes un gorrión... un jilguero... y creo que eso era un pájaro carpintero. Cierra los ojos y escucha, Qwill. Parece una sinfonía.

Se tocó el bigote, sintiéndose algo culpable. Tal vez se había equivocado de voces. Estaba en el campo, rodeado de los bucólicos sonidos de la naturaleza, de vacaciones, y lo único que hacía era

intentar identificar a una banda de maleantes en lugar de prestar atención a los gorriones. Pensó que debería estar leyendo un libro sobre pájaros en lugar de las dichas cartas de tía Fanny.

Rosemary interrumpió sus pensamientos.

—Cuéntame algo más sobre la tía Fanny.

—Bueno... —empezó a decir, intentando concentrarse en el tema—. Para empezar... viste de forma muy llamativa y usa un lápiz de labios brillante, pero tiene voz de sargento malhumorado. Es valiente y le gusta mandar. Está llena de energía e ideas.

—Debe de comer fenomenal.

—Tiene un criado que la lleva a todas partes, se encarga de las compras, cuida el jardín, limpia la casa y sabe cómo arreglar cualquier cosa.

Rosemary sonrió.

—Sería un marido maravilloso. ¿Qué edad

tiene?

—No lo sé, pero sospecho que también podría ser un ladrón.

—Sabía que no podía ser perfecto —ironizó Rosemary—. ¿Cómo reacciona *Koko* ante él?

—Muy bien. Tom tiene el tono de voz pausado que fascina a los gatos.

*Koko* oyó que alguien pronunciaba su nombre y se dirigió tranquilamente hacia el porche.

—¿Has sacado a *Koko* a dar un paseo con correa?

—No, pero quizá lo deje investigar un poco. No deja de mirar la fosa séptica desde la ventana y me gustaría saber si es capaz de encontrar algo interesante.

—Conejos y ardillas... —sugirió Rosemary.

—O algo más. —Qwileran se alisó el bigote—.

Tengo la intuición de que...

—Vamos a dar un paseo con él.

—¿Ahora?

—Sí, ¡vamos!

No era la primera vez que colocaban a *Koko* una especie de arnés azul para salir a pasear. La correa era una cuerda de unos tres metros que le habían regalado los compañeros del *Fluxion* y que otorgaba a *Koko* bastante libertad de movimientos. En muchas ocasiones, su olfato e intuición felina había ayudado a descubrir pistas que pasaban inadvertidas para el ojo humano.

Al ver el arnés, el animal soltó una serie de maullidos. Cuando estuvo listo, *Koko* pareció enloquecer de alegría, ya que por primera vez desde su llegada, pudo salir de la cabaña. Encontró la cuerda de la campana del porche, tiró de ella con la pata e hizo sonar el badajo varias veces. Luego se

dirigió hacia el este... dejó atrás la cabaña y se acercó al montículo de arena que cubría la fosa séptica, siguiendo hacia el bosque. Cada paso que daba sobre las hojas caídas producía un crujido desconcertante para un gato de ciudad. Las ardillas y los conejos corrieron a ponerse a salvo. Un petirrojo inquieto intentaba distraerlo para que no descubriese su nido. *Koko* siguió avanzando. Tras los cerezos en flor, estaba el cobertizo.

—¿Qué te parece? —murmuró Qwilleran—. Ha ido directamente hacia el cobertizo.

Abrió la puerta y *Koko* saltó entre las herramientas del jardín. Olisqueó una vez el remo de la canoa y dos el bote de pintura.

—¡Rápido, Rosemary, ve a la cabaña y trae la linterna! Está colgada de la puerta trasera.

El gato miró los botes de pintura y se encaminó a la cuna de Tom. Se puso encima de la raída colcha y empezó a escarbar con la pata, lanzando sonidos

guturales y trazando grandes arcos con la cola. Buscó junto a la almohada y las descoloridas fotografías de Las Vegas que había en la pared. Luego volvió a la colcha.

—¿Qué buscas, *Koko*? —Qwilleran retiró la manta y *Koko* siguió buscando en el colchón.

Rosemary iluminaba la escena con la linterna.

—Parece muy seguro de lo que hace.

—Puede que haya un hormiguero en el colchón.

—¿Por qué no lo ponemos en el suelo?

Sacaron el colchón de la cuna y, al hacerlo, cayó un sobre amarillento. Rosemary acercó más la linterna. La carta iba dirigida a Francesca Klingenschoen y el matasellos era de hacía dos años. La remitía una casa de subastas de Florida.

—¡Ábrela, Qwill!

—¡Dinero...! ¡Casi todos los billetes son de

cincuenta!

—¡Déjame contarlo! Estoy acostumbrada a contar dinero. —Tomó los billetes con decisión y los contó velozmente. Había casi mil doscientos dólares—. ¿Qué hacemos con esto?

—Pertenece al criado de Fanny —dijo Qwilleran—. Lo dejaremos en su sitio y haremos la cama. Sal de aquí antes de que los mosquitos pidan refuerzos.

Aquella noche, se quedó despierto en la cama, pensando en el dinero que Tom tenía escondido en el cobertizo. ¿Quizá estaba ahorrando para comprar un club nocturno en Las Vegas? Pero ¿de dónde sacaba el dinero? De la tía Fanny no, desde luego, ya que soltaba los dólares poco a poco.

Qwilleran escuchó unos pasos en el tejado. Confió en que Roger estuviera en lo cierto, confió en que se tratara de un mapache.

El martes por la mañana, Qwilleran fue al pueblo antes de desayunar para comprar huevos. Rosemary insistía en que no había nada mejor que los huevos pasados por agua para facilitar la digestión. Qwilleran no recordaba haber comido un huevo pasado por agua desde la ocasión en que, estando en la universidad, tuvo que volver a casa aquejado de paperas. Sin embargo, compró una docena de huevos. Cuando volvió a casa, se encontró con Rosemary en la puerta, muy seria.

—¡*Koko* ha sido muy travieso!

—¿Travieso? —Era la primera vez que alguien acusaba a *Koko* de ser travieso. Le habían llamado perverso, arrogante y déspota, pero las travesuras no se adecuaban a su aire digno—. ¿Qué ha hecho?

—Ha vuelto a sacar los tulipanes negros. Le he

visto hacerlo. Le he reñido y lo he encerrado en el cuarto de baño. *Yum Yum* está junto a la puerta maullando, pero *Koko* parece muy tranquilo. Estoy segura de que es consciente de que hizo algo malo.

Qwilleran abrió la puerta con cuidado. El cuarto de baño tenía el aspecto de un campo de batalla. Las toallas de papel se habían convertido en confeti. El contenido de la papelera estaba diseminado por el suelo. La caja de doscientos pañuelos de papel estaba vacía. El papel higiénico desenrollado, decoraba el cuarto de baño. Las sales de baño y el jabón en polvo estaban dispersos por el suelo.

*Koko* estaba sentado en la cisterna del inodoro, como si acabase de terminar una obra de arte conceptual y se dispusiera a dar una conferencia de prensa.

Qwilleran se pasó la mano por la cara para borrar su sonrisa y Rosemary se echó a llorar.

—No te preocupes —dijo—. Ve a hervir los

huevos mientras yo arreglo este desaguisado. Creo que intenta decirnos algo relacionado con los tulipanes negros.

La conversación fue mínima durante el desayuno. Rosemary preguntó, ausente:

—¿Cuándo iremos a visitar a la tía Fanny?

—Le telefonaré cuando acabemos de desayunar. Hoy deberíamos ir con tu coche a Mooseville para que le arreglen el silenciador. Mientras esperamos, podemos visitar el museo y comer en el Nasty Pasty... Por cierto, también quería sugerir que tirásemos los tulipanes negros.

La llamada a Pickax requirió la habitual dosis de paciencia.

—Claro, me encantará veros a ti y a tu amiga mañana —confirmó tía Fanny con su voz ronca—. Venid a comer. Compraré chuleta de cerdo o ternera. ¿Te gusta el suflé de espinacas? ¿O prefieres coliflor

con salsa de queso? Tengo una receta estupenda para el suflé. ¿Qué tiempo hace por ahí...? ¿Necesitas que Tom te eche una mano? Podría hacer una tarta de naranja para el postre...

—¡Tía Fanny!

—¿Sí, querido?

—No prepares una comilona. Rosemary tiene un apetito muy comedido. Te agradecería que me prestases a Tom, si no es molestia. Hay unos peces muertos que quisiera enterrar.

—¡Por supuesto! A Tom le encanta trabajar junto al lago. ¿Cómo va tu libro? ¡Estoy deseando leerlo!

Aquella mañana, Rosemary parecía triste y *Koko*, el rey a la hora de levantar la moral a alguien, se las arregló para inquietarla aún más. La seguía a todas partes, deslizando la cola entre sus pies. Sus airadas protestas después de cada incidente confundían a Rosemary y la ponían nerviosa.

Por su parte, Qwilleran se divertía con la estrategia de *Koko* y pero empezaba a sentir lástima por Rosemary.

—Vámonos de aquí —propuso—. Nunca ganarás una guerra a los siameses.

Dejaron el coche en el taller, Qwilleran prestó atención a la forma de hablar del mecánico. Tenía el mismo tono de voz que el hombre de la grabación, pero el timbre y la inflexión no coincidían.

El museo estaba situado en una sala de espectáculos del siglo XIX, período en que los madereros, los marineros, los mineros y los obreros gastaban sus sueldos en musicales y revistas. En la actualidad, el edificio estaba lleno de recuerdos de las industrias madereras y de transporte marítimo. Rosemary echó un vistazo a las vitrinas, en las que había tallas de marfil realizadas por los pescadores. Qwilleran se interesó por las reproducciones de barcos que se habían hundido en las aguas del lago.

En la sala había otras dos personas: dos hombres que Qwilleran reconoció de inmediato. Estaban mirando las maquetas y las comentaban en voz baja.

Llegó un tercer individuo, joven y entusiasta, que se dirigió a él sin dudar.

—Señor Qwilleran, estoy encantado con su visita. Soy el encargado de la conservación del museo. Roger me dijo que usted estaba en el pueblo. Si tiene alguna pregunta, tendré mucho gusto en contestarle.

Qwilleran pensó que, tanto el tono de su voz como la inflexión, le borraban de la lista de sospechosos.

Dijo a Rosemary:

—Tengo que arreglar un asunto. Volveré dentro de media hora e iremos a comer.

Se dirigió a la oficina de turismo y esperó con impaciencia a que cinco visitantes se informaran

sobre los osos del vertedero del pueblo. Luego, dejó una hoja de papel sobre el despacho de Roger y preguntó:

—¿Qué puedes contarme acerca de esto?

Roger leyó el contrato de alquiler del barco.

—Es la firma de mi suegro.

—¿Tiene un barco?

—Aquí todo el mundo tiene uno, Qwill. En cuanto se libra de sus estúpidos pavos, le encanta ir a pescar.

—¿Sabes si el año pasado lo alquiló a unos saqueadores de naufragios?

—No estoy seguro, pero creo que haría cualquier cosa por dinero. —Roger se sentía algo molesto—. Lo cierto es que, él y yo, no nos llevamos muy bien... Sharon era la niña de sus ojos cuando yo aparecí y se la arrebaté. ¿Lo comprendes?

—Perfectamente. Yo también pasé por lo mismo... Otra cosa, Roger, ¿qué sabes de los dueños del COMID?

—Son una pareja algo extraña. Ella pesa unos cincuenta kilos de más y, si está en la caja, vale más que lleves el cambio necesario. Él sufrió un accidente en la ciudad. Con el dinero de la compensación, volvió y compró el COMID. Eso ocurrió antes de que perdiera la letra A.

—El marido es el cocinero, ¿verdad? Un tipo con poco pelo...

—No, Merle es un hombre robusto. Casi siempre está en su barco.

—¿Dónde lo tiene amarrado?

—En el muelle de detrás del restaurante... Dime, ¿viste el ovni que estuvo por aquí ayer por la noche?

—No, no vi ningún ovni —contestó Qwilleran,

dirigiéndose hacia la puerta.

—Vemos ovnis muy a menudo por aquí, ¿sabes?  
—Roger le llamó, pero Qwilleran ya se había marchado.

Quería comprobar la voz de un sospechoso con muchas posibilidades de ser el hombre que andaba buscando. El COMID le había parecido desde el principio un lugar extraño por varias razones. Solían servir en tazas de café un brebaje que no parecía café en absoluto. Alquilaban habitaciones en el piso de arriba. Los clientes pagaban bajo mano a la dueña y ella, a cambio, les entregaba un papel. En cuanto al cocinero medio calvo, desaparecía de forma sospechosa y preparaba unas empanadas horribles.

Qwilleran quería conocer a Merle. Dejó a Rosemary esperando en el museo y se dirigió al COMID. Aparcó el coche y bajó al muelle. En el embarcadero había un barco bastante grande y en

buen estado, pero no parecía que hubiese nadie cerca. Llamó a Merle varias veces, pero no obtuvo respuesta.

Al volver al coche, se encontró con el cocinero, que salía a fumar un cigarrillo.

—¿Buscaba algo? —preguntó.

—Quiero ver a Merle. ¿Sabe dónde está?

—Ha salido.

—¿Cuándo volverá?

—Tarde o temprano.

Qwilleran volvió al pueblo y llevó a Rosemary a comer al Nasty Pasty. Ya había superado la disputa matutina con *Koko* y no dejaba de hablar. El museo le había parecido muy interesante, el encargado un tipo encantador y el restaurante tenía una decoración muy adecuada...

Qwilleran, por su parte, se sentía decepcionado

por no haber visto a Merle y dio unos golpecillos a las tres piedras que llevaba en el bolsillo de su jersey.

—¿Qué te pasa, Qwill? Pareces nervioso.

—Estoy motivando a mis amuletos. —Puso las piedras sobre la mesa—. La verde es jade, me la dio un coleccionista. El escarabajo de cerámica lo encontré *Koko* y la ágata me la dio Buck Dunfield... la encontró en el lago, frente a mi casa, fue la última piedra que encontré... ¡Pobre Buck!

—Aquí tienes otra para tu colección —dijo Rosemary, sacando un pequeño disco de marfil amarillento con el rostro de un gato esculpido en su superficie—. Es marfil labrado; muy antiguo.

—¡Genial! ¿De dónde lo has sacado?

—Lo compré en un anticuario que hay cerca del museo. El encargado me recomendó la tienda. ¿La conoces?

—No. Podemos ir después de comer.

—El dueño es un viejo marinero, pero te advierto que es un lugar terrible.

El desorden del capitán era un buen nombre para el cúmulo de antigüedades e imitaciones que llenaban la tienda cercana al museo. El local era pequeño y el edificio era más antiguo que el del propio museo, parecía a punto de derruirse. Lo único que realmente quedaba en pie era la sólida puerta de roble. Al abrirla, el edificio basculaba ligeramente y era preciso colocar el marco de la puerta en su sitio antes de cerrarla de nuevo. Qwilleran olió con atención. Percibió una mezcla de moho, *whisky* y tabaco.

En medio de un mar de linternas, aparejos rotos, objetos de latón sin pulir, botellas polvorientas con maquetas de barcos en el interior y cartas de navegación manchadas, había un hombre mayor que llevaba barba y una gorra de capitán. Fumaba en una

pipa trabajada y exótica, pero el tabaco era barato. Qwilleran era un entendido en la materia.

—¿Ya ha vuelto? —preguntó el capitán al ver a Rosemary—. Le dije que no se admitían devoluciones.

—¿Todavía navega, capitán? —inquirió Qwilleran.

—No, esos días ya pasaron.

—Supongo que habrá recorrido el mundo más veces de las que puede recordar.

—Sí, he viajado bastante...

—¿Cuánto hace que tiene esta tienda?

—Mucho tiempo, quizá demasiado.

El tono de voz coincidía, la inflexión también, pero le faltaba la fuerza impositiva que tenía la voz de la grabación. Además, el capitán era demasiado viejo. Qwilleran buscaba alguien más joven, aunque

no demasiado. Echó un vistazo al material y compró un bote de tinta, que tenía la cualidad de no moverse del despacho del capitán ni siquiera con el mar picado.

Volvieron a la cabaña y Rosemary sugirió que fuesen a dar un paseo por la orilla. Se cambió de ropa, mientras Qwilleran comprobó que todo estaba en orden. Sabía que Tom había pasado por allí, la campana brillaba más y los peces muertos habían desaparecido.

Rosemary apareció con un vestido de playa de color turquesa.

—Quería estrenar mi chándal amarillo, pero no he encontrado mi pintalabios coral.

—Estás preciosa —comentó Qwilleran—. Este color te sienta muy bien.

*Koko* permaneció en silencio contemplando cómo bajaban la cuesta hacia la orilla.

Rosemary comentó:

—Creo que quiere que vuelva a mi casa.

—¡Tonterías! —La tranquilizó Qwilleran, a pesar de que había pensado lo mismo, *Koko* nunca estaba contento con las mujeres que ocupaban su corazón.

Se dirigieron hacia el este. Caminaron por la arena en silencio, disfrutando de la paz que se respiraba en aquella orilla desierta. Llegaron a las casas de veraneo. Algunas parecían la quilla de un barco, otras estaban flanqueadas por varios cedros y recordaban a un pájaro con las plumas revueltas. Algunos de los inquilinos enterraban los peces muertos. En uno de los porches, había dos jóvenes tomando el sol.

—Ahí están los modelos que vimos en el hotel —apuntó Rosemary—, y no llevan nada encima.

Qwilleran señaló la casa de madera roja en que

habían asesinado a Buck.

—Cada vez lo entiendo menos —repuso—. Al principio, creí que la muerte de Buck estaba relacionada con las investigaciones que llevaba a cabo y el mensaje de la cinta... pero él habló de un crimen y los saqueadores de barcos naufragados no son criminales. Quizá sean oportunistas y aprovechen la miseria de otros para enriquecerse, pero no hacen nada ilegal.

A continuación, pasaron junto a la casa amarilla de Mildred y se internaron en otra orilla desierta, hasta llegar a un riachuelo que fluía sobre un lecho de piedras e impedía el paso. Retrocedieron. Mildred los saludó desde el porche, y les ofreció un café y tarta de manzana.

—La tengo en el frigorífico —dijo mientras los invitaba a entrar—. Tardaré un minuto...

El interior estaba decorado con telas de ganchillo, que cubrían las paredes y los muebles.

—¿Las ha hecho todas usted? ¡Son preciosas! —exclamó Rosemary—. Debe de haber dedicado mucho tiempo a la casa.

—Tengo mucho tiempo libre —declaró Mildred, suspirando—. ¿Vio el ovni ayer por la noche?

—No, pero me han hablado de él —respondió Qwilleran—. ¿Qué cree que pudo ser?

Mildred lo miró sorprendida.

—Todo el mundo sabe qué era.

Qwilleran se quedó perplejo ante semejante respuesta.

—¿Realmente cree que nos visitaron seres de otra galaxia?

—Por supuesto. Vienen a menudo... normalmente a las dos o las tres de la madrugada. Yo los veo porque padezco insomnio. Los Dunfield me pedían que los despertase a cualquier hora para que pudiesen verlos.

Qwilleran se dijo que tendría que investigar esa cuestión.

—¿Ha sabido algo de la hermana y la mujer de Buck? —preguntó.

—Me llamaron una vez... para pedirme que cuidara de sus geranios y tirara lo que hubiese en la nevera. No saben cuándo volverán.

—¿Se ha avanzado algo en la investigación?

—Los técnicos de laboratorio de la policía han estado buscando pistas en la casa. Betty me contó que creen que Buck estaba trabajando en el taller cuando le sorprendió el asesino. Tenía un candelabro en el torno y había serrín reciente. Las máquinas hacían tanto ruido... Bueno, supongo que era imposible que Buck oyese entrar a nadie.

—Se supone que el asesino apagó la máquina antes de marcharse. ¿No le parece extraño?

—Nadie comentó nada sobre eso y yo nunca me

lo había planteado.

—Tuvo que llenar la casa de serrín.

—No lo sé. Supongo que sí.

—¿Buck mencionó alguna vez el saqueo de uno de los barcos hundidos que se está llevando a cabo en estos momentos o hizo referencia a alguna actividad criminal?

Mildred negó con la cabeza, bajó la mirada y se sumió en sus propios pensamientos.

Qwilleran intentó hacerla reaccionar y dijo:

—Está bien, Mildred, ¿por qué no nos echa las cartas? Tengo un par de preguntas que hacer.

Respiró hondo.

—Acompáñenme a mi mesa de tarot. Leeré su destino por separado. ¿Por quién empiezo?

—¿Tiene realmente... poderes? —preguntó Qwilleran—. ¿O lo hace sólo para ganar dinero para

el hospital?

—Por supuesto que los tengo —contestó—. Tengo que estar inspirada, de lo contrario, no funciona. Así pues, nada de bromas, ¿de acuerdo?

—¿Cree que las cartas pueden dar alguna pista sobre el asesinato?

Se puso lívida.

—No quisiera tener que preguntar algo así. Prefiero dejar ese tema.

Rosemary comentó:

—Las cartas son escalofriantes... Aquí aparece un ahorcado boca abajo.

—Los símbolos son antiguos, pero sólo informan de pensamientos e intuiciones. ¿Quiere preguntar algo, Rosemary?

Rosemary quería conocer el futuro de sus negocios. Se sentó frente a Mildred y barajó las

cartas. Mildred colocó doce cartas formando una figura geométrica y se quedó pensando.

—Las cartas están en sintonía con su pregunta —murmuró—, y con algunas de las preguntas que no ha hecho en voz alta. Todo indica que se producirá un cambio. Los negocios, la residencia, el amor... todo cambiará en los próximos meses. Ha tenido socios, pero siempre ha acabado perdiéndolos por un motivo u otro. Creo que su socio actual es una mujer. Eso también va a cambiar. A usted le gustan los cambios, pero ahora teme dar el salto. Una pérdida reciente la ha desanimado. No deje que eso le reste energía ni entusiasmo. Pronto logrará establecer un contacto fructífero. Recibirá buenas noticias sobre un hombre joven muy ambicioso. Veo otra persona en las cartas... Un hombre maduro, muy inteligente. Hará un largo viaje con él. Tenga cuidado con dos cosas: evite mezclar los negocios y la vida personal, y tenga cuidado con la traición. Todo irá bien si aprovecha sus cualidades innatas y se mantiene

firme. —Se interrumpió y tomó aire.

—¡Maravilloso! —exclamó Rosemary—. ¡Todo es verdad!

—¿Me disculpan un momento? —dijo Mildred con un hilo de voz—. Necesito salir y tomar el aire antes de continuar.

Dejó la habitación y Qwilleran y Rosemary se miraron, sorprendidos.

—¿Qué piensas de todo esto, Qwill? —preguntó ella—. La pérdida es Maus Haus. Mi socia de Helthy-Whelthy es una mujer. El joven ambicioso es mi nieto... Intenta conseguir una plaza de interno en un hospital de Montreal.

—¿Qué hay del otro tipo? Maduro e inteligente... No puede ser Max Sorrel.

—Te burlas de mí. Se supone que tenemos que permanecer serios.

Cuando Mildred volvió, Qwilleran guardó la

compostura. Barajó las cartas y planteó su pregunta.

—¿Conseguiré mi meta este verano? ¿Por qué no logro resultados en todo lo que hago aquí?

—Las cartas muestran confusión, que puede generar frustración —empezó Mildred—. Eso le lleva a dispersar sus fuerzas y gastar mucha energía en trivialidades. Tiene talento, pero no lo está empleando. Cambie de táctica. Su propia obcecación es el mayor obstáculo. Sea más receptivo a la ayuda que le brindan los demás. Veo un hombre y una mujer. La mujer tiene buen corazón y se interesa realmente por usted. El hombre es joven, de piel oscura, e inteligente. Deje que le ayude. Las cartas indican una nueva aventura amorosa. Puede que reciba malas noticias y se vea envuelto en asuntos legales, pero saldrá airoso. El verano será un éxito, pero no en la línea que había pensado.

Qwilleran se estremeció.

—Estoy impresionado, Mildred. ¡Es realmente buena!

Hizo un gesto de asentimiento algo ausente y volvió a salir de la habitación después de dejar un cuenco sobre la mesa. Llevaba escrito «Donaciones para el hospital» y en él había un billete de diez dólares.

Qwilleran dijo:

—Yo invito, Rosemary. —Y dejó veinte dólares, una suma tan generosa que hubiese dejado boquiabiertos a sus compañeros del *Fluxion*.

Rosemary apuntó:

—No me gusta eso de tu nueva aventura amorosa. Supongo que será esa mujer de la que ha hablado.

—¿Te fijaste en la carta? Era una rubia con un gato negro. Parecía la jefa de la oficina de correos. El personaje masculino de piel oscura puede ser su

marido.

—O *Koko* —puntualizó Rosemary.

Regresaron en silencio caminando por la orilla y pensando en los consejos que acababan de recibir. Escuchaban el ruido de sus pasos sobre la arena.

Qwilleran comentó:

—Mildred ya no ríe como antes de que ocurriera la tragedia en casa de sus vecinos.

Llegaron al porche e hicieron sonar la campanilla por el puro placer de escuchar su hermoso tintineo. Qwilleran abrió la puerta y dejó pasar a Rosemary. *Koko* los esperaba en la entrada, *Yum Yum* estaba algo más lejos. El gato tenía un tulipán en la boca.

—Es una declaración de paz —observó Qwilleran, aunque sabía que *Koko* nunca pedía perdón por nada. El gato intentaba decir algo y no tenía nada que ver con la jardinería... El bigote de

Qwilleran le mandaba señales. Los tulipanes venían del jardín de la prisión y... Nick era empleado de la prisión... Echó un vistazo al reloj y corrió hacia el teléfono.

Lori contestó.

—Me encuentra de milagro, señor Qwilleran. Estaba a punto de cerrar y marcharme a casa.

—¿Quiere decir que cierra la oficina de correos en Mooseville?

—Parece absurdo, ¿verdad? Está estipulado por las leyes federales.

Hizo los comentarios de rigor sobre el tiempo y luego preguntó:

—¿Le gustaría a usted y a Nick venir mañana por la tarde a tomar una copa, ver la puesta de sol y conocer a mis gatos? He recibido una encantadora visita de la ciudad y no sé cuánto tiempo podrá quedarse.

Lori aceptó con entusiasmo sospechoso. Qwilleran comentó a Rosemary:

—Parecía que la hubiese invitado a la Casa Blanca o a Buckingham Palace.

—¿Me ha parecido oír algo acerca de tu encantadora visita que no podrá quedarse mucho tiempo? —preguntó ella, arqueando las cejas.

—Era una estrategia para que no sospecharan de mi brusca invitación.

—Debes de estar animado —agregó Rosemary—. Siempre hablas mucho cuando te sientes animado.

# 12

—¿Cómo tengo que ir vestida para conocer a tía Fanny? —preguntó Rosemary el miércoles por la mañana—. Estoy tan emocionada...

—El traje blanco sería perfecto —opinó Qwilleran—. Ella irá vestida como los Pocahontas o como una emperadora china. Yo me pondré mi gorra naranja. —Sabía que Rosemary no era una gran admiradora de su nueva afición a cubrirse la cabeza.

Camino de Pickax, Qwilleran le mostró la granja de pavos.

—Mildred dejó carne de pavo de esa granja en mi nevera; la mejor que he probado nunca.

—Eso es porque los crían de forma natural —argumentó Rosemary—. Era carne fresca, sin conservantes.

Al pasar junto a la mina Dimsdale, señaló una caravana que hacía las veces de restaurante.

—La llamo «restaurante Dimsdale». Cenaremos allí esta noche.

—¡Qwill, estás bromeando!

Cuando estaban a punto de llegar a Pickax, Qwilleran dijo:

—Tengo la intuición de que caerás bien a la tía Fanny. Tal vez tú puedas averiguar algo sobre los inquilinos que tuvo el verano pasado. Dile que el pico que había en la cabaña ha desaparecido.

—¿Por qué yo?

—Bueno, yo iré a dar un paseo y os dejaré para que os vayáis conociendo. Puedes mencionar el asesinato de Buck Dunfield y ver cómo reacciona. También tengo curiosidad por saber por qué una señora de ochenta y nueve años de edad, que viaja con guardaespaldas, siente la necesidad de llevar

una pistola en su bolso si se supone que éste es un rincón tranquilo del mundo.

—¿Por qué no le haces tú las preguntas y dejas que sea yo la que dé un paseo? —sugirió Rosemary—. No soy buena tirando a la gente de la lengua.

—A mí me responde con evasivas. Tal vez con otra mujer se sienta más a gusto. Sé de buena tinta que prefiere que su abogado y su médico sean mujeres.

Pasaron junto a unos edificios mugrientos, que en el pasado habían sido casas de mineros, junto a casas de varios pisos que desentonaban con el paisaje, junto a los restos de los cimientos de hogares de mineros que no se habían llegado a construir. Llegaron a lo alto de la cuesta y pudieron ver la ciudad de Pickax a lo lejos, en el valle, con su parque circular en el centro geométrico.

—Fanny vive ahí —informó Qwilleran—. Es uno de los mejores barrios de la ciudad. Sus

antepasados amasaron una fortuna con las minas.

Entraron en el camino privado que llevaba a la grandiosa casa de piedra. Tom cortaba el césped perfectamente cuidado. Su camioneta azul estaba aparcada junto al garaje. Qwilleran lo saludó con la mano y se percató de que el bigote del hombre había crecido lo suficiente para empezar a tomarlo en serio.

La tía Fanny salió a recibirlos ataviada con un vestido púrpura de diseño oriental, con bordados de plata. Llevaba un fular púrpura anudado en la cabeza y unos pendientes grandes y largos de amatistas. Rosemary se quedó sin habla. La tía Fanny se mostró cordial.

Qwilleran se irguió para seguir a la doncella que los acompañó hasta el pretencioso salón comedor. Fingió disfrutar como nunca de la sopa de tomate, el sándwich de atún y un café más bien flojo. Le sorprendió que Rosemary hablase con nerviosismo y

que la tía Fanny fuese capaz de contestar las preguntas de un modo normal.

—¿De qué época es esta preciosa casa? —inquirió Rosemary.

—Del siglo pasado —respondió tía Fanny—. En sus buenos años, se la consideraba la mejor casa del pueblo. ¿Le apetecería verla después de comer? Mi abuelo contrató trabajadores de Escocia para la obra y, en el sótano, hay un *pub* inglés que trajo pieza por pieza de Londres. En el tercer piso debía haber un salón de baile que nunca llegaron a acabar.

—Aprovecharé para ir al centro mientras vosotras veis la casa —intervino Qwilleran—. Quiero pasar por las oficinas del *Picayune*.

—¡Periodistas! —bromeó la tía Fanny—. Ni en vacaciones sois capaces de olvidar el trabajo. ¡Os admiro!

Al salir, Qwilleran buscó a Tom, pero no

encontró rastro de él ni de la camioneta azul.

La calle mayor tenía unas tres manzanas de tiendas y restaurantes. También estaba la oficina de correos, el *Picayune*, un centro médico y varios bufetes de abogados, todos ellos en edificios de piedra diseñados con más prepotencia que sentido común. Los chalets despampanantes convivían con los castillos escoceses y las fortalezas españolas.

Qwilleran evitó cuidadosamente las oficinas del *Picayune* y se dirigió al bufete de Goodwinter y Goodwinter.

—No tengo cita —dijo a la secretaria de cabello gris—, pero quisiera ver al señor Goodwinter. Soy el señor Qwilleran.

Sin duda la secretaria pertenecía a la familia, tenía el característico rostro delgado de los Goodwinter.

—Lo siento, pero acaba de salir, señor

Qwilleran —contestó con voz agradable—. Va hacia el aeropuerto y no volverá hasta el sábado. ¿Querría hablar con su socia?

La socia salió de uno de los despachos envuelta en una nube de perfume, le tendió una mano con una manicura perfecta y sonrió abiertamente.

—¡Señor Qwilleran! Soy Penélope. Alex me ha hablado mucho de usted. Ha ido a Washington para asistir a una conferencia. ¿Quiere pasar?

Ella también tenía el rostro inteligente que Qwilleran veía en toda la familia, pero cuando sonreía, se formaban unos hoyuelos que le conferían un aire especial y tentador.

Qwilleran explicó:

—Sólo he venido para hablar de algo que su hermano discutió conmigo.

—¿Tiene que ver con las misteriosas compras de licores?

—Sí. No creo que nuestra vieja amiga beba...

—Estoy de acuerdo —convino la abogada—. Mi hermano es el único que sostiene esa teoría. Opina que cada vez su voz se parece más a la de una bebedora empedernida. Dice que tiene que ver con los cambios hormonales.

—En ese caso, ¿cómo explica las compras del criado?

—Quizá no sean más que regalos para sus amigos. Posee un apartamento junto al garaje, e imagino que tendrá cierta vida social, aunque parece una persona muy solitaria.

—Es un joven muy atípico.

—Sí, pero es dulce y servicial. Es un buen trabajador y cumple las órdenes a rajatabla. Muchas familias de dinero matarían por contratarle.

—¿Sabe algo de su pasado?

—Sólo que una amiga de Fanny de Nueva Jersey

lo arregló todo para que se trasladase aquí. ¿No le parece una mujer sorprendente? Se hizo rica en una época en que la gente ni siquiera creía que las mujeres tuviesen cerebro.

—Creía que había heredado el dinero.

—¡Oh, no! Su padre lo perdió todo en los años veinte. Fanny salvó las propiedades familiares y empezó a amasar sus propios millones. El mes que viene cumple noventa años, le estamos preparando una fiesta. Espero que se una a nosotros. ¿Qué le parece Mooseville?

—Bueno, es difícil aburrirse. Supongo que está al corriente de lo del asesinato...

Penélope asintió sin mostrar señal alguna de dolor.

—Me impresionó mucho que algo así ocurriera en un lugar como Mooseville —prosiguió el periodista—. ¿Tiene alguna teoría al respecto?

Ella negó con la cabeza.

«Sabe algo —pensó Qwilleran—, pero se ha metido en su papel de abogado y no hay nada que hacer».

—¿No era Dunfield el policía que incordió a Fanny hace unos años? ¿Cuál era el problema?

La abogada miró al techo antes de contestar fríamente:

—Cuestiones de política típicas de las pequeñas ciudades. Suele ocurrir...

A Qwilleran le gustaba su estilo. Disfrutó de la media hora que pasó en compañía de una joven inteligente, con hoyuelos y encanto. Rosemary era una mujer atractiva y muy agradable, pero debía reconocer que le fascinaban las mujeres que habían hecho carrera a los treinta años. Recordó a Zoe, la artista, Cokey, la decoradora y Mary, la anticuaría.

De camino a la casa de piedra, se encontró con

otro rostro de la saga Goodwinter.

—¡Doctora Melinda! ¿Qué está haciendo aquí? —preguntó—. Se supone que tiene que estar socorriendo a los turistas en el centro médico de Mooseville.

—Hoy es mi día libre. ¿Le apetece un café? —Lo condujo hasta una cafetería que había en una esquina—. Es el segundo peor café del condado —ironizó—, pero todo el mundo viene aquí.

Probó el café.

—¿Dónde sirven el peor? Tiene que ser difícil lograr un brebaje más inmundito que éste.

—El restaurante Dimsdale se lleva la palma —sentenció Melinda con retintín—. Tienen el peor café del condado y las peores hamburguesas del noreste de Estados Unidos. Debería ir allí algún día. Es una vieja caravana que está apartada en la carretera, cerca de la carretera que lleva a

Ittibittiwassee.

—No puedo creer que haya una carretera que lleve a un lugar llamado Ittibittiwassee.

—¡En serio! Es un río, el río Ittibittiwassee. Los indios tuvieron un poblado cerca. Ahora está lleno de condominios de tiempo compartido.

—Dígame algo, Melinda, he visto los restos de la mina Dimsdale y la mina Goodwinter, pero ¿dónde está la mina Klingenschoen?

Melinda lo miró fijamente para determinar si hablaba en serio. Finalmente repuso:

—No hay una mina Klingenschoen. Nunca existió ninguna mina Klingenschoen.

—¿De dónde sacó el abuelo de Fanny su dinero? ¿Era maderero?

La joven parecía divertirse.

—No, era el dueño de un salón.

Qwilleran tardó un rato en digerir la información.

—Debió de tener un gran éxito.

—Sí, pero no era un hombre demasiado respetado. El salón K fue muy boyante durante cincuenta años, antes de que estallara la Primera Guerra Mundial. El abuelo de Fanny construyó la casa más lujosa de todo el lugar, pero nadie aceptaba en sociedad a los Klingenschoen. De hecho, eran el hazmerreír de todos. Los mineros tenían una canción de trabajo que decía algo así: «Nosotros trabajamos en la mina y el K nos trabaja a nosotros, pero quien mina a Minnie cuando algo, algo, algo...». No sé cómo acababa y no creo que quiera recordarlo.

—Así pues, Minnie K era...

—La abuela de Fanny, una mujer con muchos amigos, según cuentan. Consulte los libros de historia local que hay en la biblioteca, hablan de

ella. El padre de Fanny heredó el salón, pero quebró durante la época de la ley seca. Afortunadamente Fanny tenía el mismo talento que su abuelo para ganar dinero y, cuando volvió aquí con sesenta y cinco años de edad, pudo comprar y vender todo cuanto quiso en el condado.

Qwilleran regresó a la casa de piedra con un paso más ligero. No había nada como noticias frescas para levantarle el ánimo, aunque no estuviese preparando ningún artículo.

Encontró a Rosemary radiante y feliz. Se lo había pasado muy bien. La casa era increíble... estaba llena de antigüedades. Francesca le había regalado un jarrón Staffordshire para su colección, y a Rosemary le pareció un detalle encantador. Qwilleran lo encontraba horrendo.

—Tengo hambre prácticamente desde que comimos y tenemos que cenar pronto porque van a venir Nick y Lori. Probemos en el Old Stone Mill —

propuso Qwilleran.

El restaurante estaba situado en un antiguo molino de agua. El ambiente era muy genuino, pero el menú era bastante normal: sopa de pollo con fideos y arroz.

—Tomaré una ensalada —dijo Rosemary.

—Yo pediré unas mediocres costillas de cerdo, una patata al horno seca y judías pasadas —comentó Qwilleran—. Es la especialidad del condado de Moose. ¿Por qué no pides la ensalada de pollo juliana? Seguramente es lechuga cortada con una imitación de tomates, unos pedazos de pan frito y tiras de pollo invisibles. Apuesto a que la sirven con salsa de Kansas y parmesano rallado con sabor a arena. Esto era un molino, ya sabes...

—¡Oh, Qwill! No tienes remedio —le riñó Rosemary.

—¿De qué hablasteis dos mujeres libres

mientras yo paseaba?

—De ti. Tía Fanny cree que tienes mucho talento, que eres muy sincero, dulce y sensible. Incluso le gusta tu gorra naranja. Dice que te da un aspecto más joven.

—¿Le dijiste que el pico ha desaparecido de la cabaña?

—Sí. Dijo que la Sociedad de Historia lo necesitaba para el museo, de modo que envió a Tom para que lo recogiera.

—Tendría que haberme avisado. ¿Y qué hay de los inquilinos?

—Escribieron a una inmobiliaria de Mooseville pidiendo una casa para alquilar en verano. Resultaron ser unos malos inquilinos. Sobre todo las chicas que pasaron el verano con ellos. Las llamó algo que no estoy dispuesta a repetir.

—Vamos, dímelo.

—No.

—Deletréalo.

—No, no lo haré. Te estás burlando de mí.

Qwilleran sofocó su risa. Le encantaba meterse con Rosemary. Ésta añadió:

—Tengo muchas más cosas que contarte, pero no quiero hablar aquí.

Cuando salieron, Qwilleran insistió:

—Está bien, suéltalo ya. Al parecer, la tía Fanny y tú tenéis un secreto entre manos.

—Cree que tú y yo estamos comprometidos. No he querido defraudarla porque esperaba que hablara con toda libertad. Fue muy halagadora la forma que tuvo de confiar en mí.

—¡Buena chica! ¿Qué te contó?

—Su manera de conseguir lo que quiere. Manipula a la gente con grandes promesas y

pequeñas amenazas. Dice que todo el mundo quiere algo o tiene algo que ocultar. El truco consiste en encontrar el punto flaco, creo que para ella es una especie de afición a la que dedica su tiempo de ocio.

—¡La vieja picara! Es el truco de la zanahoria.

—Claro, funciona mejor cuando se tiene mucho dinero.

—Por supuesto, ¿qué no funciona mejor en esas condiciones?

—Me enseñó una pequeña pistola que siempre lleva consigo. Dice que la utiliza para intimidar a la gente. Que no es más que una broma.

—Tiene un curioso sentido del humor. ¿Qué te dijo acerca del asesinato de Dunfield?

—¡Dios mío! Realmente odiaba a ese hombre. Se enfadó tanto que pensé que le daría un infarto.

—Buck era la única persona a la que no podía manipular.

Rosemary rió.

—La acusó de plantar marihuana en el patio de su casa. ¿Puedes imaginar algo así?

—Sí, puedo.

—Sobre su asesinato, dice que la gente que juega con fuego suele acabar quemándose, y luego empleó palabras poco amables. Yo estaba muy impresionada.

Qwilleran sonrió para sus adentros. Se dijo que Rosemary era una mujer fácilmente impresionable.

—Es una anciana encantadora —prosiguió Rosemary—. ¿De dónde saca semejante vocabulario?

—Lo debió de aprender en Nueva Jersey.

Había más que contar: tenía una biblioteca de cuatro mil títulos encuadernados en piel; cuatro armarios llenos de ropa muy llamativa; un juego de

cerámica Staffordshire en la sala del desayuno, suficiente para llenar tres museos; los objetos de plata del comedor...

—¡Para! —exclamó Rosemary al pasar junto a la granja de pavos—. Me acercaré para ver si venden pavos. Puedo cocinar uno para ti, así te quedará comida cuando me marche.

Qwilleran se acercó a la granja y se encontró con una de las inevitables camionetas de reparto azules.

—Date prisa. Casi son las siete.

Un cartel rezaba: «Venta al mayor y al detalle». Había alguien dentro.

Rosemary entró y tardó dos minutos en salir, con un voluminoso paquete metido en una bolsa de plástico. Tenía muy mal aspecto. Lo dejó en el asiento trasero.

—¡Sácame de aquí antes de que vomite! ¡Huele

fatal!

—Todo el mundo sabe que una granja de pavos no huele como un jardín de rosas —apuntó Qwilleran.

—No tienes que explicármelo —contestó indignada—. Crecí en una granja. Aquí olía a otra cosa.

Guardó silencio Hasta que dejaron el coche frente a la cabaña.

—Me cambiaré de ropa antes de que vengan —comentó—. Me siento como si fuese vestida de rojo.

Qwilleran le tendió las llaves.

—Entra y empieza a cambiarte. Yo llevaré el pajarraco. Espero que quepa en la nevera.

Corrió hacia la cabaña y, al entrar en el porche, empezó a gritar.

—¡Rosemary! ¿Qué ocurre? —preguntó

Qwilleran, alarmado yendo hacia ella.

—¡Mira! —exclamó, señalando la puerta cerrada.

Había un pequeño animal colgado por el cuello. La cuerda salía de una de las vigas del porche.

—¡Dios mío! —murmuró Qwilleran. Se sentía fatal. Todavía sorprendido, añadió—: ¡Es un conejo salvaje!

—Al principio, pensé que era *Yum Yum*.

—Yo también.

Era uno de los pequeños conejos marrones que comían las piñas que había cerca del cobertizo. Alguien le había disparado y luego lo había colgado.

Qwilleran ordenó:

—Será mejor que des un paseo por la orilla para calmarte, Rosemary. Yo me encargaré de esto.

Se preguntó si aquello era una amenaza, un aviso

o simplemente una broma de mal gusto. Alguien había llegado desde el bosque que había junto a la duna... el rincón que los gatos no dejaban de mirar. Cualquiera que deseara llegar a la cabaña sin ser visto, lo haría desde ese punto.

Dejó al pobre animal colgando y entró por la otra puerta. *Koko* y *Yum Yum* acudieron a su encuentro muy nerviosos. Los dos lanzaban bufidos y tenían el lomo erizado. Habían visto al intruso desde su ventana favorita; habían oído el disparo y olido la presencia de aquel animal muerto.

—¡Ojalá supieras hablar! —exclamó Qwilleran, dirigiéndose a *Koko*.

Se oyó el ruido de un vehículo que avanzaba por el camino privado en dirección a la cabaña. Qwilleran salió a recibir a sus visitantes. Estaba tan serio que Nick borró de inmediato su sonrisa de felicidad.

—¿Ocurre algo, señor Qwilleran?

—Permítanme que les enseñe algo bastante desagradable.

—¡Oh, no! ¡Es horrible! —exclamó Nick—. Lori, ven a ver esto.

La joven tragó saliva.

—¡Pobre conejito! Por un momento creí que era uno de sus gatos, señor Qwilleran.

Nick aconsejó que avisaran al *sheriff*.

—¿Dónde está el teléfono? Llamaré yo mismo. No toque nada.

Mientras Nick hacía la llamada, Lori se agachó para buscar a los siameses. Lentamente los dos animales respondieron a su dulce voz e incluso empezaron a jugar con su larga cabellera rubia, que llevaba recogida en dos trenzas con lazos azules. Rosemary sirvió unos entremeses consistentes en verdura cruda y yogur, y Qwilleran preguntó qué deseaban beber. Lori pidió un *whisky* escocés.

—Ten cuidado, cariño —advirtió su esposo, cubriendo el auricular con la mano—. Ya sabes qué dijo el doctor.

—Intento quedar embarazada —comentó a Rosemary—, pero hasta ahora no tenemos más que gatitos.

Nick colgó y volvió a meter el teléfono en el armario de la cocina.

—Bueno, el *sheriff* está en camino. Tomaré un *bourbon*, señor Qwilleran.

—Llámeme Qwill.

Se sentaron en el porche y se serenaron con la vista del hermoso lago azul. *Koko*, que no tenía costumbres de gato de compañía, se colocó sobre el regazo de Lori y se durmió.

—No estoy seguro de querer quedarme en Mooseville —murmuró Qwilleran de repente—. Si me voy y dejo a los gatos dentro de la cabaña, ¿qué

impide a un maníaco pegarles un tiro a través de la ventana? Puede que este incidente sea una advertencia. Es posible que ese hombre vuelva.

—Quizá sea una mujer —puntualizó Lori tranquilamente.

Los tres la miraron sorprendidos y Qwilleran preguntó:

—¿Qué razones tiene para pensar en ello?

—Bueno, es una posibilidad.

—Supongo que conoce a los vecinos de mi zona —comentó él.

—Mi mujer conoce a todos los que viven en su distrito postal —explicó Nick con orgullo—; hasta sabe cuántos sellos compran y quién recibe paquetes habitualmente.

Qwilleran prosiguió:

—Conozco a los Hanstable y los Dunfield,

¿quiénes son los otros?

Lori contó con los dedos.

—Hay tres parejas de jubilados. Un abogado de la ciudad. Un dentista de Pickax. No vaya a su consulta, es un carnicero. Y dos chalets en venta. Hay otro alquilado a dos jóvenes muy guapos. — Lanzó una mirada de soslayo a su marido—. Creo que son profesores. Ahora investigan sobre los barcos hundidos. El director de la escuela de Pickax vive en la casa pequeña y la que parece un barco es de un anticuario.

—¡Menudo farsante! —intervino Nick—. ¿Y qué hay de los dueños del COMID?

—Su chalet está en venta. Lo perdieron. Ahora es propiedad del banco... Por cierto —dijo mirando a Qwilleran—, los dueños de las casas se preguntan qué va a ser del terreno. La señora Klingenschoen afirma que lo donará al condado para que hagan un parque. Sería un gran logro para Mooseville, pero

haría mucho daño a las casas de las dunas. ¿Tiene idea de cuáles son sus intenciones?

—No es mi tía —aclaró Qwilleran—, y no conozco los detalles de su testamento, pero si el tema sale a colación, le transmitiré la preocupación de los propietarios. —Sirvió la tercera ronda de bebidas—. Parece que el *sheriff* se retrasa. Tal vez piense que soy un pesado. Hace unas noches la llamé y resultó ser una lechuza. La semana anterior informé de la presencia de un cadáver en el lago y todo el mundo opinó que debía de tratarse de un viejo neumático.

Nick se volvió hacia él bruscamente.

—¿Dónde vio el cadáver?

—Estaba pescando y se enganchó en mi anzuelo. —Qwilleran contó la aventura del *Minnie K* encantado, disfrutando del interés que despertaba en sus oyentes.

Nick preguntó:

—¿Cuándo ocurrió todo eso?

—El martes pasado.

—¿Y las voces del otro barco? ¿Entendió qué decían?

—No exactamente, pero sí lo suficiente para saber de qué hablaban. El motor se había estropeado y discutían acerca de la mejor forma de repararlo. Uno de los hombres tenía una voz aguda, muy musical. El otro se llamaba Jack y tenía acento de obrero inglés.

Nick lanzó una mirada a su esposa y añadió:

—Aquí solemos llamar Jack a los ingleses. Es una costumbre que se remonta a la época de las minas. La semana pasada, uno de los reclusos se fugó de la prisión. Era un tipo con un acento muy fuerte.

Qwilleran lo miró entre sorprendido y feliz ante

semejante confirmación de sus sospechas.

—¡Pretendía llegar a Canadá! Alguien se prestó a conducirlo hasta allí... a pesar de la niebla.

—Siempre hacen lo mismo —explicó Nick—. Es una especie de suicidio, pero lo intentan... Esto es extraoficial, Qwill. Todo el mundo sabe lo de esos viajes en barco, pero no queremos que aparezca en la prensa. Ya sabe cómo son los medios de comunicación... Lo exageran todo.

—¿Se escapan reclusos a menudo?

—Lo habitual... Nunca van hacia el sur. Los pobres bastardos dan una cantidad de dinero al propietario de un barco que se ofrece a llevarlos hasta Canadá y, cuando están a unos kilómetros... ¡al agua, patos! Tal y como acaba de contarlo. El agua está tan fría que el cuerpo se hunde irremediabilmente.

—¡Increíble! —exclamó Qwilleran—. Eso es

asesinato premeditado. ¿Piensa que hay muchos implicados en ese negocio?

—Todo el mundo cree que se trata de un único barco cuyo dueño tiene contactos en el interior de la cárcel. Pero hasta la fecha, no se ha podido detener a nadie.

—Podría tratarse de una mujer —insistió Lori.

—Entiendo —murmuró Qwilleran, alisándose el bigote—. No hay cuerpos, no hay evidencias ni pruebas.

—Francamente —añadió Lori—, no creo que las autoridades estén haciendo un gran esfuerzo por encontrar a los culpables.

Nick objetó:

—¡No digas tonterías, Lori!

—¿Qué hay del problema de las drogas en el interior de la prisión? —preguntó Qwilleran.

—No más de lo normal. Es imposible frenar el consumo totalmente.

Su mujer retomó el tono airado:

—¡No quieren solucionarlo! Si los reclusos fuman hierba y toman pastillas, es más fácil controlarlos. Lo que puede ser un problema es el alcohol.

Se oyó la portezuela de un coche cerrarse.

—Es uno de los ayudantes del *sheriff* —explicó Nick, poniéndose en pie. Qwilleran lo siguió.

Lori dijo a Rosemary:

—¿No le gustan los sombreros de los agentes del orden? Me encantaría tener uno.

*Koko y Yum Yum* estaban sentados en la alfombra de piel de oso, acabando la carne de cangrejo que les habían servido para desayunar. Rosemary estaba en la cocina, preparando el pavo para meterlo en el horno. Qwilleran iba por su tercera taza de café y se encontraba en el porche, relajándose. El teléfono sonó amortiguado por las puertas del armario en que estaba escondido.

Intentaba organizar sus ideas. El conejo muerto era otra de las piezas que tenía que encajar en el *puzzle* de Mooseville. La historia de Nick sobre los reclusos que se evadían le confirmó que seguía siendo capaz de distinguir un cadáver de un neumático viejo. Ahora sabía que lo que Buck estaba investigando no era el saqueo de barcos hundidos, sino los viajes sin retorno que se daba a los presos. Si lograba desvelar la identidad del patrón

sanguinario, habría resuelto el asesinato de Buck. Él —o ella, como decía Lori— era una persona acostumbrada a matar.

Qwilleran no sabía qué pistas había encontrado la policía en el taller de Buck ni si la investigación avanzaba. En el *Daily Fluxion* disponía de los informes policiales, pero en Mooseville era un extraño, un periodista especializado en crímenes que se alarmaba por una lechuga, un conejo muerto o pescaba cadáveres con su anzuelo. Sin embargo, había una cosa clara: la voz que escuchó en la niebla era la misma que grabó la cinta. Si podía encontrar esa voz en Mooseville, podría ayudar a los investigadores. No obstante, el mensaje no parecía tener nada que ver con los ahogados en el lago.

Rosemary apareció en el porche:

—Qwill, al teléfono. Es la señorita Goodwinter.

Recordó el perfume y los hoyuelos, pero la agradable sensación se desvaneció en cuanto oyó el

tono serio con que hablaba la abogada.

—Sí, señorita Goodwinter... No, no estaba escuchando la radio... ¿Es grave? ¡Qué horror! ¡No puedo creerlo...! ¿Qué están haciendo? ¿Puedo ayudar en algo...? Por supuesto, lo haré. ¿Dónde quiere que nos veamos? Dentro de media hora.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Rosemary.

—Malas noticias. Tía Fanny rodó escaleras abajo durante la noche.

—¡Oh, Qwilleran! ¡Es terrible! Está... no sé si habrá sobrevivido.

Qwilleran negó con la cabeza.

—Tom la encontró a los pies de la escalera esta mañana. ¡Pobre tía Fanny! Tenía tanta energía y un aspecto tan jovial... Nunca la oí quejarse de que se sintiera vieja.

—Y era tan generosa... ¡Me regaló un jarrón Staffordshire! Estoy segura de que vale una fortuna.

—Penélope quiere que me reúna cor ella en la casa lo antes posible. Tenemos que discutir ciertas cosas. No tienes que acompañarme, pero te agradecería que lo hicieses.

—Por supuesto. Iré contigo. Volveré a meter el pavo en la nevera.

Antes de salir hacia Pickax, Qwilleran comprobó las ventanas y cerró las persianas y las puertas para evitar que los gatos fuesen a los porches.

—Siento haceros esto, amigos, pero es la única forma de que estéis a salvo. —A Rosemary le comentó—: Tal vez te parezca que todas estas medidas de seguridad son excesivas en un lugar como éste. Pienso volver a la ciudad la próxima semana. Ahora que la tía Fanny ha muerto, no creo que pueda usar la cabaña más tiempo. Supongo que es lo que quiere decirme la abogada.

—Demasiado bonito para ser real, ¿verdad?

—Hubiese sido ideal... de no haber surgido complicaciones. Pero parece que la sencilla vida en el campo no resulta tan sencilla como uno cree. Cuando aparezca por el club de prensa, no dejarán de meterse conmigo. Tendré que vivir con esto todo el tiempo.

Al llegar a la casa de Pickax, encontraron a Tom trabajando en el jardín, pero tenía la cabeza cubierta y no los recibió con su habitual sonrisa de bienvenida.

Penélope abrió la puerta y Qwilleran le presentó a su invitada.

—Ésta es Rosemary Whiting. Ambos estamos muy afectados por la noticia.

Rosemary añadió:

—Comimos con ella ayer y tenía tan buen aspecto...

—No parecía que fuese a cumplir los noventa dentro de un mes —comentaba la abogada.

—¿La encontraron aquí? —Qwilleran señaló la escalera.

Penélope hizo un gesto de asentimiento.

—Fue una caída brutal y ella era una persona muy delgada y frágil. Hacía tiempo que se mareaba y Alex y yo le sugerimos que se mudara a una casa más pequeña, sin escaleras, pero no logramos convencerla. —Se encogió de hombros en señal de impotencia—. ¿Les apetece un té? He visto varias bolsitas de té en la cocina.

—Yo lo prepararé mientras ustedes dos hablan —se ofreció Rosemary.

—Muchas gracias, señora Whiting. Estaremos en la sala.

Entraron en la habitación de grandes ventanales, donde estaba la mecedora de la tía Fanny. Qwilleran

recordó:

—Fanny llamaba a esta sala «el vestíbulo soleado».

Penélope sonrió.

—Cuando volvió al pueblo después de pasar tantos años en la costa este, intentó por todos los medios ocultar su aire sofisticado. Procuraba hablar como una anciana normal, aunque sabíamos que no lo era... Llamé a Alex a Washington esta mañana y me pidió que me pusiera en contacto con usted, puesto que es lo más parecido a un familiar que le quedaba. No podrá volver antes del sábado.

—Fanny y yo no éramos parientes. Fue una buena amiga de mi madre, eso es todo.

—Pero ella hablaba de usted como si fuera su sobrino; le quería y admiraba mucho, señor Qwilleran. No tiene familia, ¿sabe? —La abogada abrió su maletín—. Nuestro bufete se encargaba de

los asuntos legales de Fanny... incluso filtrábamos sus cartas para que no recibiese amenazas o chantajes. Nos dejó una carta sellada con su última voluntad para que la abriésemos en caso de fallecimiento. No deseaba funeral, ni visitas, ni demostraciones públicas de luto, simplemente que la incineraran. Mañana el *Picayune* publica una esquela que ocupa toda una página y daremos una misa por ella el próximo sábado.

—¿Tenía inquietudes religiosas?

—No, pero donaba dinero anualmente a las cinco iglesias de la ciudad. La misa se hará en la mayor de ellas. Acudirá mucha gente, estoy segura... de todos los rincones del condado.

Durante la conversación, sonó el teléfono bastante a menudo.

—No contestaré —sentenció Penélope—. No son más que curiosos. Los que quieren información de verdad acuden al bufete.

Qwilleran preguntó:

—¿Qué hay de la política de puertas abiertas que parece prevalecer en esta parte del país? ¿No es posible que la gente venga a la casa?

—He dado instrucciones a Tom de que los eche.

Rosemary sirvió el té y la conversación dio un giro hacia los buenos recuerdos. Penélope señaló la mecedora de Fanny. Qwilleran comentó su afición por los vestidos exóticos.

Finalmente concluyó:

—Bueno, todo parece estar bajo control. ¿Está segura de que no quiere que la ayudemos en nada?

—Sólo hay un pequeño problema que Alex me pidió que resolviera con usted. —Hizo una breve pausa—. No tenemos el testamento de Fanny...

—¿Qué? ¿Insinúa que, con tanto dinero y propiedades, murió sin hacer testamento? ¡No puedo creerlo!

—Estamos seguros de que hizo testamento. Insistió en redactarlo ella misma para preservar su intimidad.

—Un documento así, ¿es legal?

—En este estado, sí..., si lo ha escrito ella de su puño y letra y lo ha firmado y datado. No se requieren testigos. Así es como ella lo quiso y ¡cualquiera se oponía a Fanny! Por supuesto, le explicamos cuál era la terminología adecuada para evitar ambigüedades y vacíos legales. Tenía que haber explicado dónde se encontraba el testamento en la carta con la última voluntad, pero desgraciadamente...

—¿Y qué podemos hacer ahora?

Penélope miró esperanzada a Qwilleran.

—No tenemos más que encontrarlo.

—¡Encontrarlo! —repitió—. ¿Es lo que espera de mí?

—¿Le molestaría echar un vistazo?

Qwilleran miró a Rosemary y ésta lo animó a que lo intentara.

—Fanny me mostró la casa ayer. No creo que sea demasiado difícil.

—Llámeme a la oficina si tiene algún problema —dijo Penélope— y no conteste al teléfono, no haría más que complicar las cosas.

Los dejó solos. Qwilleran exclamó:

—¡Está bien, Rosemary! Si crees que es tan fácil, ¿por dónde sugieres que empecemos a buscar?

—En la biblioteca hay una gran mesa de despacho y otra en la sala de estar del piso de arriba. Además, está el baúl que hay en su dormitorio.

—¡Magnífico! Pero ¿se te ha ocurrido pensar que podrían estar cerrados?

Corrió a la cocina y volvió con un montón de llaves.

—Estaban en el bote de té chino que hemos tomado. ¿Por qué no empiezas a buscar en la biblioteca? Yo probaré suerte con el baúl.

Teniendo en cuenta la pasión de Qwilleran por la letra impresa, era un error encomendarle esa misión. Se quedó embobado frente a las numerosas estanterías de libros con tapas de cuero. Imaginó que el abuelo Klingenschoen habría colocado algunos libros pornográficos en la parte de arriba. Encontró una serie de novelas eróticas de los años veinte, junto a los *ex libri* de tía Fanny. Estaba absorto en la lectura de *Cinco mujeres frívolas* de Gladys Gaudi cuando Rosemary entró de improviso en la sala.

—¡Qwill, he descubierto algo increíble!

—¿Has encontrado el testamento?

—No, todavía no, pero el baúl está lleno de

cuadernos de notas de cuando la tía Fanny era joven. ¿Sabías que había sido bailarina en Nueva Jersey?

—¿Se desnudaba en público?

Rosemary estaba encantada.

—Ha guardado todos los posters, algunas fotografías «artísticas» y unas cartas subidas de tono. ¡No me extraña que quisiera que escribieses un libro sobre ella! Sube. Los diarios están fechados. Acabo de empezar.

Pasaron varias horas inspeccionando el baúl, hasta que Qwilleran dijo:

—Me siento como un *voyeur*. Cuando me explicó que había trabajado en un club, imaginé reuniones en el jardín, ayudas a los enfermos de los hospitales y tardes de charla.

De hecho, había hecho carrera en los clubes nocturnos de Atlantic City. Primero había trabajado en la barra y luego se había convertido en la dueña;

la empresa resultó especialmente fructífera durante los años de la ley seca. Había recortes de prensa, fotografías del Club de Francesca y retratos de la propia Francesca posando junto a políticos, estrellas de cine, jugadores de béisbol y gánsters. No se mencionaba el matrimonio en ningún momento, pero era evidente que había tenido un hijo. Había retratos del niño desde la tierna infancia hasta la adolescencia, en la que, según uno de los recortes de prensa, apareció muerto en un misterioso accidente en el puerto de Nueva York.

No había ni rastro del testamento.

Qwilleran llamó a Penélope para comunicarle que continuarían buscando al día siguiente. Lo dijo como si se tratase de una labor aburrida y deprimente. De hecho, la emoción de la vida de Fanny le había hecho olvidar la tristeza del momento. Tanto Rosemary como él estaban fascinados.

—Cometamos una locura. Cenemos en el Dimsdale Diner de camino a casa —propuso ella.

El furgón estaba aparcado en un paisaje desolado, junto a la carretera, y no había ningún edificio cerca, salvo las antiguas oficinas de la mina Dimsdale, una ruina de madera. No había coches en el pequeño terraplén que hacía las veces de aparcamiento. El cartel de la puerta rezaba «abierto», a pesar de que en la ventana se veía otro que lo contradecía anunciando que estaba cerrado.

El lateral de la caravana tenía ventanas de varios tamaños, posiblemente adquiridas en un trapero de la localidad. El interior estaba tapizado de posters amarillentos y listas de menus apenas legibles, que se remontaban a la época en que un café sólo costaba un penique y un sándwich diez centavos. Qwilleran levantó su sensible nariz y olfateó.

—Calabaza hervida, cebolla frita y marihuana... —informó—. No veo al *maître*. ¿Dónde te gustaría

sentarte, Rosemary?

En la pared del fondo había una barra con unos taburetes y varios pies sin asiento. Las mesas y las sillas eran de los tiempos de la gran depresión, probablemente los habrían rescatado de las cocinas de los mineros. Sólo había una señal de vida y resultaba ambigua. Un hombre alto, cadavérico, con aspecto de no haber comido en una semana, surgió de la penumbra del fondo y se acercó a ellos.

—Es un lugar bonito —bromeó Qwilleran—.  
¿Tienen alguna especialidad?

—Goulash —respondió el hombre con un hilo de voz.

—Esperábamos que tuviese cordón bleu de ternera. ¿Tienen alcachofas? No, no hay alcachofas, Rosemary. ¿Quieres que probemos en otra parte?

—Me gustaría probar el goulash —declaró—.  
¿Crees que será como el verdadero goulash

húngaro?

—La señora querría saber si es como el verdadero goulash húngaro —repitió Qwilleran, dirigiéndose al camarero.

—No lo sé.

—Tomaremos goulash. Suena bien. ¿Tiene lechuga francesa?

—Col rallada, nada más.

—¡Fantástico! Estoy seguro de que estará deliciosa.

Rosemary observaba a Qwilleran con la mirada de desaprobación que reservaba para los momentos festivos. Cuando el camarero, que además era el cocinero, salió del agujero negro con las generosas raciones, ambos se quedaron mirando el plato, incrédulos.

—Pensaba que el goulash era carne de buey con cebolla cocida en vino rojo con pimentón dulce.

Esto son macarrones con tomate de lata y una hamburguesa —comentó ella.

—Estamos en Mooseville —le recordó Qwilleran—. Pruébalo. Si no lo piensas demasiado, es comestible.

Cuando el cocinero dejó la cafetera sobre la mesa, Qwilleran preguntó, sonriente:

—¿Es el dueño de este lugar encantador?

—Yo y mi socio.

—¿Aceptaría venderlo? Mi amiga quiere abrir un salón de té y una tienda —dijo sin atreverse a mirar a Rosemary.

—No lo sé. Hay una vieja dama de Pickax que quiere comprarlo. Pagaría mucho.

—La señora Klingenschoen, supongo.

—Le gusta mucho. Viene aquí con ese joven tan tranquilo.

Qwilleran y Rosemary continuaron su camino de regreso a la cabaña.

—Tienes a quién parecerte. Fanny hace promesas imposibles a ese pobre hombre y tú haces lo mismo con esa absurda broma del salón de té y pidiendo alcachofas.

—Quería comprobar si su voz se parecía a la de la cinta —explicó Qwilleran—. No se ajusta al estilo de voz que ando buscando, tampoco al papel de jefe de una banda criminal... aunque podrían arrestarlo por hacer esos goulash. Mi principal sospechoso es el dueño del COMID.

Al tomar el camino privado que conducía a la cabaña, Rosemary exclamó:

—¡Mira! Una oropéndola. —Respiró hondo—. Me encanta el aire que se respira junto al lago. Me gusta que la carretera se interne en el bosque y, de pronto, surja el lago con todo su esplendor.

Qwill frenó en seco al llegar al aparcamiento.

—¡Los gatos están en el porche! ¿Cómo han salido? ¡Los dejé encerrados en casa!

Dos cuerpos oscuros con ojos azules les observaban a través de la reja del porche y se turnaban para maullar.

Qwilleran salió del coche y exclamó:

—¡La puerta de la cabaña está abierta!

Entró, seguido de una Rosemary vacilante.

—¡Alguien ha estado aquí! Han tirado uno de los taburetes de la cocina... y ¡hay sangre en la alfombra blanca! *Koko*, ¿qué ha pasado? ¿Quién ha estado aquí?

*Koko* se sentó sobre sus dos patas traseras, estiró las delanteras y se lamió con parsimonia.

Rosemary fue a su habitación y dijo:

—¡La ventana está abierta! Hay cristales en el

suelo y la persiana está a punto de caer. Cortaron la malla.

Era la ventana que daba a la fosa séptica y al bosquecillo sobre la duna.

—Alguien ha entrado en la cabaña para recuperar la grabación —dedujo Qwilleran—. ¿Lo ves? Cogió un taburete para llegar hasta la cabeza del alce. Debió de caer o saltó asustado. Apuesto a que *Koko* salió de una de las vigas y se colocó sobre la cabeza del tipo. Sus dieciocho uñas pueden clavarse como dieciocho estiletes y *Koko* no se anda por las ramas cuando se trata de arañar algo. Hay mucha sangre, quizá le mordió la oreja.

—¡Dios mío! —Rosemary se estremeció.

—El tipo salió corriendo por la puerta... tal vez con el gato sobre la cabeza, tirando más y más. *Koko* no ha parado de lamerse las uñas desde que hemos vuelto a casa.

—¿Se llevó la cinta?

—No estaba ahí arriba. La he escondido. No toques nada. Llamaré al *sheriff*... de nuevo.

—Si hubiese estado mi coche delante de la cabaña, esto no hubiese ocurrido. El intruso hubiese creído que había alguien en casa, Qwill.

—Mañana iremos a por tu coche.

—Tengo que volver a la ciudad el domingo. Me gustaría que vinieses conmigo, Qwill. Esto es peligroso, hay un asesino suelto y sabe que tienes su grabación. ¿Qué le contarás al *sheriff*?

—Le preguntaré si le gusta la música y le pondré *Little White Lies*.

Por la tarde, Rosemary y Qwilleran estaban sentados en el porche, contemplando cómo la puesta de sol teñía de púrpura el azul turquesa de las aguas.

—¿Habías visto alguna vez un cielo tan hermoso? —preguntó Rosemary—. Y las nubes son

de un violeta intenso.

*Koko* iba y venía sin descanso del porche a la cocina, de la cocina al cuarto de invitados y de allí de nuevo al porche.

—Está molesto por haber reaccionado instintivamente contra el extraño —explicó Qwilleran—. Es un gato muy civilizado, pero lleva en la sangre la marca de su raza: el recuerdo de los días en que sus ancestros cuidaban, en lugares muy lejanos, de templos y palacios y destrozaban a cualquier intruso.

—¡Oh, Qwill! —rió Rosemary—. Está oliendo el pavo que he metido en el homo, eso es todo.

Rosemary fue al taller de Mooseville a recoger su coche y Qwilleran pasó por la oficina de correos para ver si había recibido alguna carta.

—Me he enterado de la noticia por la radio —dijo Lori—. ¡Qué muerte tan horrible!

—Sin embargo, encaja perfectamente con su forma de ser —puntualizó Qwilleran—, porque reconocerá que fue espectacular... Ya sabe, la clase de muerte que conmociona a la prensa, como a Fanny le gustaba hacer.

—Nick y yo quisiéramos asistir a la misa mañana.

—Vamos a Pickax y nos llevamos los gatos. Ayer alguien entró en la cabaña y creo que *Koko* agredió al intruso.

—¿En serio? —Lori abrió sus grandes ojos azules, sorprendida.

—Había manchas de sangre en la alfombra y *Koko* no paraba de lamerse las uñas. Si uno de sus clientes viene con marcas en la cara, dígamelo. De todos modos, no pienso dejar a *Koko* y a *Yum Yum* solos en la cabaña hasta que este asunto se aclare. Ahora mismo están fuera, en el coche, rompiendo la paz de la calle principal.

Rosemary dejó su coche frente a la cabaña. A continuación, se dirigieron a Pickax, circulando a una velocidad prudente para no asustar a *Yum Yum*.

Rosemary comentó que el mecánico del taller también asistiría a la misa por Fanny.

—Fanny tenía un verdadero club de admiradores en el condado de Moose —comentó Qwilleran—. Para ser un apellido sometido a escarnio, creo que los Klingenschoen supieron recuperar el aprecio de la gente.

Se desvió un poco para no pisar una mofeta muerta y los siameses se irguieron, echaron las orejas hacia atrás y los bigotes hacia adelante en señal de alerta.

—He estado pensando en el olor de la granja de pavos —dijo Rosemary—. No olía a corral, sino a algo humano. El dueño debe de tener una dieta muy desequilibrada. Me gustaría comentárselo a la mujer sin ofenderla.

El coche pasó por un bache y *Yum Yum* inició una sesión de maullidos de protesta que no cesó hasta llegar a Pickax.

Qwilleran aparcó frente a la imponente casa de tres pisos y fachada de piedra.

—Aquí estamos de nuevo, en el castillo —bromeó.

—¿Lo llaman así? —preguntó Rosemary ingenuamente.

Encerraron a los animales en la cocina, con su cojín azul, su arena y un recipiente con agua. Qwilleran y Rosemary prosiguieron la búsqueda del testamento.

El despacho que había en la biblioteca era un mueble macizo de estilo inglés con cajones llenos de papeles de hacienda, partidas de nacimiento, seguros, títulos de propiedad, inventarios de las casas y un pagaré de cien años de antigüedad, pero no había ni rastro del testamento. El despacho de la habitación de la tía Fanny era de estilo francés, un escritorio dedicado a la correspondencia: cartas de amor de los años veinte; tonterías sobre los chicos guapos que Fanny y la madre de Qwilleran intercambiaban cuando eran jóvenes; breves misivas del hijo de Fanny desde el pensionado y cartas recientes, escritas a máquina, con membrete del *Daily Fluxion*. Pero, una vez más, nada parecido al testamento.

—Aquí hay algo interesante, Qwill —dijo

Rosemary—. Es una carta que han enviado desde Atlantic City. Habla de Tom. Alguien solicita que lo contrate de sirviente. —Leyó rápidamente el final—. ¡Oh, Qwill! Es un exconvicto... En esta carta dice que está a punto de conseguir la libertad condicional, pero que necesita un lugar adónde ir... y un trabajo. No es bueno... pero es un hombre muy trabajador... obedece las órdenes y no causa problema... Escucha esto, Qwill. Dio un golpe y lo condenaron a diez años, pero lo soltaron antes por buena conducta... ¡Oh, Qwill! ¿A qué clase de gente conocía Fanny en Nueva Jersey?

—Me hago una idea —dijo Qwill—. Vamos a comer.

Comprobaron que los siameses se encontrasen bien. Estaban en su cojín azul, en lo alto de la nevera, y se mostraron todo lo felices que permitían las circunstancias. Encontraron a Tom trabajando en el jardín.

—¡Hola, Tom! —saludó con tristeza—. Este asunto es horrible.

Tom había perdido su aspecto tierno y aniñado; era como si hubiese envejecido veinte años. Asintió y volvió a concentrarse en su labor.

—¿Irás a la misa en su honor?

—Nunca he ido a una misa. No sé qué hacer.

—Sólo tienes que ir, sentarte y escuchar la música y los discursos. Es una forma de despedir a la señora Klingenschoen. Le gustaría que estuvieras allí.

Tom se apoyó en su rastrillo e inclinó la cabeza. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Qwilleran intervino:

—Se portó muy bien contigo, Tom, pero tú también fuiste de gran ayuda para ella. No lo olvides. Hiciste que los últimos años de su vida resultasen más fáciles y felices.

El criado se secó las lágrimas con la manga. Su dolor era tan agudo que Qwilleran sintió que, por primera vez desde que supo la noticia, se le formaba un nudo en la garganta. Tosió y empezó a hablar de la ventana rota de la cabaña.

—He puesto un cartón en lugar del cristal, pero si llueve mucho o si sopla el viento desde el este...

—Iré a arreglarla —se ofreció Tom.

La cafetería que servía el segundo peor café del condado de Moose estaba llena a rebosar y todo el mundo hablaba de la tragedia ocurrida en casa de la señora Klingenschoen. No había iglesia lo bastante grande para acoger a la cantidad de gente que quería asistir a la misa, por lo que la celebrarían en el gimnasio del instituto. Los curas de las cinco parroquias dirían su adiós a la difunta. El coro del club de ancianos cantaría. Una persona enviada por las autoridades del condado tocaría una corneta de la Primera Guerra Mundial. Pondrían la mecedora

favorita de Fanny en el escenario y los niños de la guardería pasarían junto a ella, depositando rosas en el asiento.

Por supuesto, se especulaba acerca del testamento. Fanny había prometido ceder la gran casa de piedra al museo de la ciudad, y el garaje a la sociedad de artistas para que montaran una galería y un estudio. Se rumoreaba que gran cantidad de dinero iría a parar al departamento de educación para construir una piscina olímpica. Todo el mundo estaba triste y al mismo tiempo contento y lleno de gratitud, especialmente las jóvenes que se llamaban Francesca.

Qwilleran dijo a Rosemary:

—Espero que se acordase de Tom a la hora de redactar el testamento. Confío en que le haya dejado la camioneta azul. La cuida como si fuese un niño.

—Entonces ¿qué pasará si no encontramos el testamento?

—El gobierno y los abogados se lo llevarán todo.

Después de comer, siguieron inspeccionando la sala de estar, en la que había un despacho chino lacado de fotografías: ferrotipos, instantáneas, retratos de estudio y fotos de prensa. Qwilleran intentaba adivinar cuál de aquellos caballeros sería el abuelo Klingenschoen y cuál de aquellas chicas de mirada inquieta sería Minnie K, pero Rosemary lo obligó a abandonar.

En el piso superior había una cómoda con superficie de mármol, unos cofres y varios armarios. Rosemary organizó la búsqueda. Ella se encargó de la habitación de tía Fanny y dejó las otras a Qwilleran. Compararon resultados en la escalera, el escenario de la muerte.

Rosemary se lamentó:

—No he encontrado más que ropa. Medias, ropa interior de seda, pañuelos de lino, viejos guantes de

niño amarilleando... Todo olía a lavanda. ¿Qué encontraste tú?

La lista de Qwilleran también era decepcionante.

—Un montón de sábanas, mantas de todo tipo con olor a cedro, suficientes toallas blancas para llenar un baño turco, y manteles tan grandes que podrían cubrir una pista de squash.

—¿Por dónde seguimos?

—Tiene que haber una caja fuerte —concluyó—. Podría estar escondida en un mueble o en la pared, detrás de un cuadro. Si Fanny tenía tanto interés por mantener en secreto su testamento, es de suponer que lo guardaría en un lugar seguro.

—Podríamos tardar semanas en encontrarlo. Tendríamos que revolver toda la casa.

Se oyó un lejano maullido.

—Es *Koko* —dijo Qwilleran—. No le gusta que lo dejen encerrado tanto rato. Rosemary, ese

diablillo tiene un sexto sentido para cosas como éstas. Podríamos dejarlo suelto por la casa y ver si encuentra alguna pista.

Una vez liberado, *Koko* entró en la habitación del servicio y luego fue al comedor con la dignidad de un monarca que visita a sus súbditos, la cabeza erguida, las orejas a modo de corona y la cola hacia arriba. Olisqueó largo rato los conejos y faisanes que había tallados en los paneles de madera de una alacena. Pero en el interior no encontraron más que unas soperas y unas cuberterías de plata. Se detuvo en la alfombra que había a los pies de la escalera, hasta que Qwilleran criticó su mal gusto. En la sala de estar examinó las teclas del viejo piano y se frotó contra sus patas bulbosas. En la biblioteca y la terraza cubierta no encontró nada que llamara su atención. Tomó las escaleras que llevaban al sótano y se dirigió hacia la reproducción del *pub* inglés.

Se trataba de una habitación forrada de madera oscura, con el suelo de piedra y varias mesas de

taberna con sillas de madera sin pintar. La barra era bastante grande y detrás había unos estantes tallados, repletos de copas. *Koko* husmeó tras la barra y se irguió. Luego se acercó lentamente a un pequeño armario que había bajo la barra. Qwilleran se llevó un dedo a la boca para pedir silencio. Ni él ni Rosemary se movieron, casi no se atrevían a respirar. De pronto, *Koko* saltó. Se oyeron gritos de pánico y *Koko* se echó hacia atrás, frustrado.

—Es un ratón —explicó Qwilleran. Avanzó de puntillas y abrió el armario. Un pequeño roedor gris salió disparado y *Koko* corrió tras él.

—¡Déjalo ir! —dijo Qwilleran—. ¡Aquí está! —Dentro del armario había una caja fuerte negra y dorada—. Pero no sabemos la combinación.

—Llama a Nick.

—Nick y Lori vendrán a Pickax mañana para asistir a la misa. La caja fuerte puede esperar hasta entonces. Volvamos a casa a comer ese famoso pavo.

Compraron un ejemplar del *Pickax Picayune* y encontraron la esquila de la tía Fanny en primera plana. Los anuncios por palabras que solían ocupar la primera columna de esa página habían desaparecido. El texto estaba escrito con grandes letras negras, rodeado de un espacio blanco y acotado por una cenefa negra. En la parte inferior de la página y en letra menuda se explicaba que la esquila podía enmarcarse.

Rosemary leyó en voz alta mientras regresaban a Mooseville. Qwilleran dijo que era una obra maestra de la retórica y el exceso barroco.

—Escriben esquelas como si siguiéramos viviendo en el siglo pasado. ¡Ardo en deseos de ver al redactor! No es fácil escribir una página sin decir nada.

—No hay fotografías.

—El *Picayune* desconoce la invención de las cámaras. Vuélvelo a leer, Rosemary. No puedo creer

que hayan hecho algo así.

—«Tras una vida plena, en que no hubo lugar para el desfallecimiento ni la pena, sin dejarse vencer por la enfermedad, con la conciencia limpia, satisfecha después de haber hecho todo lo posible por el bien de la humanidad, Fanny Klingenschoen, a la avanzada edad de ochenta y nueve años, resbaló en una escalera y nunca más volvió a levantarse. Ocurrió durante la noche del miércoles en su residencia palaciega del centro de Pickax. En los breves instantes en que la muerte llamó a su puerta, hizo acopio de toda su alegría interna y felicidad y sonrió, mientras se extinguió la última llama de la vela de su vida, privando al condado de su luz y sembrando un dolor unánime.

»No hay palabras para describir la pérdida irreparable para la comunidad que supuso ese momento en que los fríos dedos de la muerte tomaron su alma; un alma que tanto había inspirado a los ciudadanos, que les había infundido durante

tantos años valor, fuerza y contención; que les había enseñado la importancia del buen gusto, de la cultura, la rectitud, la fuerza de carácter y la generosidad.

»Nacida de Septimus y Ada Klingenschoen casi nueve décadas atrás, era la nieta de Gustave y Minnie Klingenschoen, que lucharon por animar las duras vidas de los pioneros.

»Su alma ha ido al cielo, pero su fuerza estará con nosotros el sábado por la mañana, a las once, cuando muchos de los residentes del condado, representantes de todas las capas sociales, se reúnan en el instituto de Pickax para honrar a una mujer de cualidades excepcionales y dignidad fuera de toda duda. La actividad comercial de Pickax se suspenderá durante dos horas».

Tras unos segundos de silencio Rosemary objetó:

—No sé qué te molesta tanto, Qwill. A mí me

parece que está muy bien escrito... y suena muy sincero... Lo encuentro muy emotivo.

—Creo que es una sarta de tonterías —repuso Qwilleran—. Fanny vomitaría si oyera todo eso.

*Koko* maulló desde el asiento trasero.

—¿Lo ves? Está de acuerdo conmigo, Rosemary.

—¿Cómo sabes si ha dicho sí o no?

Llegaron a la cabaña a tiempo de oír sonar el teléfono dentro del armario de la cocina.

—¡Hola! ¿Hay alguien? —preguntó una voz que Qwilleran detestaba—. ¿Tienes a mi chica ahí arriba? Te habla tu viejo amigo, Max Sorrel.

Qwilleran lanzó un bufido.

—Tengo varias chicas aquí. ¿Cuál es la tuya?

Después de hablar con Max, Rosemary se sintió molesta y abatida. Finalmente dijo:

—Tengo que volver a casa mañana, después de la misa.

*Koko* maulló de nuevo, pero esta vez con mayor intensidad que de costumbre, pareció decir «ya era hora», y Qwilleran y Rosemary se lo quedaron mirando, sorprendidos. El gato estaba sentado en la repisa de la chimenea, peligrosamente cerca del jarrón Staffordshire. Con un simple movimiento de la cola podría...

—Será mejor que pongamos tu jarrón en un lugar más seguro —sugirió Qwilleran—. ¿Qué te ha contado Max que te ha puesto tan triste, Rosemary?

—Ha decidido comprar mi parte y empezar con el proyecto del restaurante, pero estoy nerviosa.

—No te gusta demasiado, ¿verdad?

—No me gusta como él cree que me gusta. Eso me pone nerviosa. Iré a pasear por la orilla para aclarar mis ideas.

Qwilleran la dejó marchar, algo preocupado. Le costaba admitir que no le molestaba la idea de que fuera a vivir a Toronto. Llevaba muchos años soltero. A su edad, no se sentía con ánimos de someterse a una dieta estricta o de encariñarse con jarrones Staffordshire. Había dejado su pipa por Rosemary y, a pesar de lo lógico que era para su salud, de vez en cuando, sentía la necesidad de fumar un Groat y Boddle. Era una mujer muy atractiva... y una buena compañera cuando estaba solo o cansado, pero se sentía distinto cuando se encontraba con una mujer joven, era más estimulante: se sentía lleno de vida y lúcido. Rosemary no entendía sus bromas y no se llevaba bien con *Koko*. Lo trataba como si fuese un gato normal.

El enfriamiento de su relación no era más que un capítulo de unas vacaciones que no habían resultado ningún éxito. Llevaba dos semanas incómodo, sorprendido y frustrado... por no mencionar el

sentimiento de culpa, ya que no había escrito ni una sola página de su novela. No había escuchado música ni paseado por la orilla, ni se había tumbado en la arena con una buena novela de espías en las manos, ni había prestado atención a las puestas de sol. Y ahora todo había acabado. Aunque las autoridades no le echaran, tendría que marcharse. Alguien se había desesperado lo suficiente para irrumpir en la cabaña por la fuerza, alguien tan desquiciado como para matar a un hombre. Un cazador de conejos que podría salir del bosque, rifle en mano, en cualquier momento.

La cabaña estaba en silencio y Qwilleran escuchó unos ruidos. *Koko* estaba jugando con el juguete de hierba que había rescatado de algún rincón. Lo empujaba y arrastraba por toda la habitación, sosteniéndolo entre sus patas delanteras y lanzándolo al aire para correr a recogerlo.

Qwilleran observó a su gato.

—*Koko* corre hacia el ala derecha... está a punto... la tiene... se lanza en cuestión de segundos... la caza al vuelo... ha caído pero tiene la pelota... Corre hacia la meta... Se desvía hacia la izquierda y...

La bola de hierba había desaparecido bajo el sofá. *Koko* se quedó mirando el punto exacto en que se había colado por debajo del faldón de lino. El sofá era muy bajo, sólo *Yum Yum* era capaz de meterse debajo.

—Se acabó el juego —sentenció *Qwilleran*—. Has perdido por falta de contrincante.

*Koko* se apretó contra el suelo y estiró su pata marrón por debajo del sofá. Se acercó, retorciéndose, sin lograr resultados. Se sentó en el sofá y empezó a maullar de frustración.

—Pídele a tu compañera que lo coja —sugirió el hombre—, yo estoy cansado.

*Koko* lo miró, sus grandes ojos azules se iban volviendo negros. Lo miró sin decir nada.

Qwilleran había visto esa mirada muy pocas veces, y sabía que se trataba de algo serio. Se levantó de su cómodo sofá y fue al porche a buscar un rastrillo. Metió el mango bajo el mueble y sacó algo de polvo y uno de sus calcetines azul marino. Insistió y vio aparecer el pintalabios de color coral que Rosemary había perdido y la pluma de oro.

Los dos gatos estaban a su lado, disfrutando del espectáculo.

—*Yum Yum*, eres una ladrona —dijo Qwilleran—. ¿Qué más has robado?

Volvió a pasar el mango del rastrillo. Primero apareció la pelota de hierba, luego su reloj y, por último, un billetero dorado con dinero.

—¿De quién es este dinero? —preguntó mientras contaba los billetes. Treinta y cinco dólares metidos

en un billetero grande que parecía de oro.

En ese momento llegó Rosemary, que volvía de su paseo. Entró meditabunda en la cabaña.

—Rosemary, no vas a creer lo que he encontrado —comenzó a explicar Qwilleran—. ¡La pluma de oro que me regalaste! Pensé que Tom me la había robado. ¡Y tu pintalabios! *Yum Yum* ha estado escondiendo cosas debajo del sofá. Mi reloj, uno de mis calcetines y una cartera con dinero.

—Me alegro mucho de que encontraras la pluma —susurró.

—¿Te encuentras bien, Rosemary?

—Estaré bien después de haber dormido. Quiero acostarme pronto.

—Ni siquiera hemos cenado.

—No tengo hambre. ¿Me disculpas? Mañana tengo mucho que conducir.

Qwilleran se sentó en el porche, solo, apenas veía la espuma de las olas ni el vuelo de las gaviotas. El billetero, se dijo, era como el de Roger. El sitio llevaba cerrado varios días, pero se negaba a pensar que su amigo tuviese algo que ver con asuntos turbios. Estaba seguro de que la voz de la grabación no era la suya.

Se quedó en el porche hasta que se puso el sol. Se preparó un sándwich de pavo y una taza de café. Cortó un poco de pavo para los gatos. *Yum Yum* engulló su parte, pero *Koko* no mostró el menor interés. No había forma de entender, prever o explicar el comportamiento de un siamés.

En la caja fuerte de tía Fanny había cuatro documentos. Tres sobres sellados con cera roja en los que figuraba el título «Testamento y última voluntad» con su inconfundible escritura. Qwilleran los entregó a Goodwinter y Goodwinter junto con unas cajas con joyas para que las pusieran a buen recaudo. El cuarto documento era una agenda de piel verde que guardó en el bolsillo.

Nick y Lori llegaron a la casa de piedra una hora antes de la ceremonia. Nick tuvo tiempo de abrir la caja, mientras Rosemary mostraba a Lori las hermosas habitaciones llenas de antigüedades. Dejaron a *Koko* y a *Yum Yum* en lo alto de la nevera y se dirigieron al instituto de Pickax.

Todo el pueblo estaba allí. Qwilleran vio a Roger y Sharon con Mildred, al viejo Sam, a la doctora Melinda Goodwinter en un traje verde mar

que hacía juego con sus ojos, a los dos chicos que tripulaban el *Minnie K*, que luego pasó a ser *La gaviota*, al encargado del museo, al mecánico de Mooseville... a todos. El demacrado cocinero del Dimsdale Diner llegó en motocicleta, detrás de un hombre grueso que llevaba un anillo de diamantes y una chaqueta de cuero sin mangas. Incluso los dueños del COMID estaban allí, con su extraño cocinero.

El redactor jefe del *Pickax Picayune* estaba de pie en las escaleras, tomando notas cada vez que llegaba alguien importante.

—*Junior*, ¡se ha superado! —dijo Qwilleran a modo de saludo—. Ha logrado una frase de setenta y ocho palabras. Debe de ser un récord. ¿Quién es el genio que escribe las esquelas?

El joven redactor rió de buena gana.

—Sé que es un poco excesivo, pero las escribimos así desde 1859 y así es como las quieren

nuestros lectores. Una esquila pomposa es señal de estatus para las familias de la zona. Ya le dije que hacíamos las cosas a nuestra manera.

—Supongo que no hablaría en serio cuando anunciaba que podía enmarcarse la esquila de Fanny.

—¡Claro que sí! Aquí mucha gente colecciona esquelas. Una anciana ha reunido más de quinientas en un álbum. Hay un club de aficionados a las esquelas que publica un folleto mensual.

Qwilleran meneó la cabeza:

—Contésteme algo más, *Junior*. ¿Cómo es que el Dimsdale Diner no ha ido a la quiebra? La comida que sirven es una porquería y nunca veo a nadie allí.

—¿No ha visto la clientela que tienen para tomar café? A las siete de la mañana y a las once, el aparcamiento está lleno de camionetas. Yo suelo ir para enterarme de los últimos chismes.

En esos momentos, llegaron los dueños del COMID y Qwilleran no quiso desaprovechar la ocasión de oír la voz del esquivo Merle. Era un hombre descomunal: alto, rollizo, lúgubre, con un ojo medio cerrado y el otro torcido.

—Disculpe, señor —empezó Qwilleran—. ¿Es usted el dueño del restaurante COMID?

Su mujer, la rolliza señora encargada en la caja registradora, dijo:

—No puede hablar, tuvo un accidente en la fábrica. —Simuló un corte en el cuello con la mano—. No dice ni pío.

Qwilleran optó por retirarse rápidamente.

—Lo siento. Sólo quería decirle, Merle, lo mucho que me gusta su restaurante, especialmente las empanadas. Felicitaciones para el cocinero. Sigán trabajando como hasta ahora.

Merle asintió e intentó sonreír, pero no logró

más que un gesto siniestro.

Mientras los curas y políticos echaban flores a Fanny Klingenschoen, Qwilleran echaba un vistazo a la agenda verde. Los nombres figuraban por orden alfabético, pero en lugar de direcciones, debajo de cada persona había anotadas fechorías: robos, cheques sin fondos, infidelidades, conflictos de intereses, desfalcos. Nada estaba documentado, pero Fanny parecía saber de qué hablaba. Tal vez ella acudiese regularmente a la hora del café al Dimsdale Diner, era una de sus aficiones. De la misma forma que otros coleccionaban esquelas, Fanny coleccionaba trapos sucios. Era difícil imaginar para qué usaría aquella información. Quizá la libreta verde fue la que permitió salvar el antiguo ayuntamiento y hacer que instalaran las alcantarillas. Qwilleran decidió encender la chimenea antes de que acabara el día.

Después de la misa, Rosemary se despidió:

—Lo he pasado muy bien, Qwill. Siento no poder quedarme a comer, pero tengo muchos kilómetros por delante.

—¿Cogiste el jarrón Staffordshire?

—¡No lo hubiese dejado por nada del mundo!

—Ha sido fantástico tenerte aquí, Rosemary.

—Escríbeme y cuéntame cómo acaba este asunto.

—Envíame tu dirección en Toronto y no te lées con nuestro amigo Max.

Había mucho afecto y amistad en su despedida, pero faltaba la calidez e intimidad que existían una semana atrás. Qwilleran recogió a los siameses y volvió a la cabaña. Era obvio que a *Koko* no le gustaba Rosemary. Era un gato acostumbrado a los hombres. La noche anterior, se había negado a comer el pavo que con tanto esmero había comprado y cocinado Rosemary.

—Está bien, *Koko* —dijo Qwilleran al llegar a la cabaña—. Ya se ha ido. Probaremos el pavo de nuevo.

Dispuso la carne blanca y la carne más oscura en el plato del siamés... un festín que volvería loco a cualquier gato. *Yum Yum* se precipitó sobre la comida, pero *Koko* miró el plato con desdén. Arqueó el lomo y se puso a dar brincos sobre sus largas y delgadas patas, rodeando el pavo como si fuese veneno...

Qwilleran se alisó el bigote. En los años que hacía que conocía a *Koko*, el siamés sólo le había obsequiado con ese ritual en dos ocasiones. En el primer caso, lo hizo frente a un cadáver; en el segundo su danza macabra le había dado la clave para resolver un horrendo crimen.

El teléfono sonó.

—Hola, Qwill. Soy yo. Te llamo desde Dove Lake.

—¿Le pasa algo a tu coche?

—No, está bien.

—¿Has olvidado algo?

—No, pero he recordado algo. El dinero que encontraste debajo del sofá... Ya sé por qué el billetero te resultaba familiar.

—Los venden en la tienda de velas. Roger tiene uno y yo mismo intenté comprar otro —explicó Qwilleran.

—Tal vez, pero yo recuerdo haber visto uno así en la granja de pavos. Ese hombre con problemas digestivos, sacó su monedero para darme el cambio y era un billetero dorado igual que ése.

Qwilleran se peinó el bigote con los dedos. Rosemary compró el pavo el miércoles. El intruso irrumpió en la cabaña el jueves. Pudo perder el monedero cuando cayó o cuando saltó del taburete para huir de las dieciocho garras del gato.

—¿Me has oído, Qwill?

—Sí, Rosemary. Estoy intentando encajar todas las piezas. El pavo que compraste... saca a *Koko* de sus casillas. Recibe malas vibraciones. *Yum Yum* piensa que es un manjar delicioso, pero *Koko* se niega a probarlo. Creo que pretende que investigue esa granja de pavos.

—Ten cuidado, Qwill. No te arriesgues. Ya sabes el peligro que corriste en Maus Haus cuando te inmiscuiste en una situación poco clara.

—No te preocupes, Rosemary. Gracias por la información. Conduce con cuidado y, si tienes sueño, para a descansar.

¡Ahí estaba la clave! ¡Los pavos! Qwilleran cogió el monedero con los treinta y cinco dólares, encerró a los gatos en la cabaña y corrió al coche.

Estaba a unos kilómetros de la granja de pavos. Las plumas doradas se movían y brillaban como

siempre. La camioneta azul estaba en el patio. Aparcó el coche y se dirigió a la puerta que invitaba a comprar al por mayor o al detalle. Soplaban un viento del nordeste con lo que casi no olía a corral, pero el interior del edificio apestaba.

Nada justificaba aquel olor. El local estaba limpio, las paredes pintadas de blanco, el mostrador de acero inoxidable tenía básculas impecables y cuchillos sin una sola mancha, en el suelo, un poco de serrín, como se veía antiguamente en las carnicerías. Había una campanilla y un mensaje: «Llame para que le atiendan». Qwilleran hizo sonar la campanilla con fuerza, tres veces.

Acudió un hombre alto y fornido; al verle, Qwilleran intentó controlar la expresión de su rostro para que no delatase la repulsión que le provocaba. Era el mismo olor que aquel día en la oficina de correos. El hombre tenía la cara y el cuello llenos de marcas rojas y arañazos. Llevaba una venda en la garganta. Una de las orejas estaba rota. Llevaba una

gorra y la visera debió de proteger sus ojos durante el ataque de *Koko*, pero su aspecto era peor del que había imaginado y el olor resultaba nauseabundo.

Miró fijamente al granjero y éste le devolvió la mirada, impassible, con cierta agresividad. Alguien tenía que romper el hielo, de modo que Qwilleran optó por hacer un comentario natural:

—Parece que ha sufrido un desagradable accidente.

—¡Esos malditos pavos! —exclamó el hombre—. Se vuelven locos y se matan unos a otros. Debería aprender a no entrometerme en sus rencillas.

Qwilleran tenía muy buen oído y no necesitaba más. Era la voz de la cinta.

Sacó el billetero con el dinero y preguntó:

—¿Es suyo? Lo encontré en mi cabaña. También tengo una grabación que debe de pertenecerle.

Miró al desfigurado granjero directamente a los ojos.

La expresión del hombre se volvió hostil; sus ojos centelleaban, su mandíbula se tensó. Saltó sobre el mostrador dando un grito, cuchillo en mano.

Qwilleran se volvió para salir, pero tropezó con algo y cayó sobre la rodilla, que le dolía intensamente. Sintió que un brazo lo asía y que un cuchillo rozaba su cara. Se quedó inmóvil, sin mover un solo dedo, como en una película de terror. El cuchillo tampoco se movió.

—Deja eso —dijo una voz amable—. No es una buena idea.

El cuchillo cayó al suelo cubierto de serrín casi sin hacer ruido.

—Ahora pon las manos en alto.

Tom estaba en el umbral de la puerta, apuntando con una pistola al granjero, una pistola pequeña, con

un mango de oro.

—Deberíamos llamar al *sheriff* —opinó Qwilleran.

—¡Idiota! —exclamó el granjero—. Si tú hablas, yo hablaré.

No había duda, era la misma voz: aguda, metálica y plana.

Vinieron dos agentes a llevarse a Hanstable y Qwilleran quedó en pasar después por la comisaría a firmar la denuncia.

—¿Qué hacías aquí? —preguntó a Tom.

—Quería arreglar su ventana. La puerta estaba cerrada y no podía entrar. Fui a Mooseville a comprar una empanada. Me gustan las empanadas.

—¿Y después?

—Volvía a casa y vi su coche aparcado. Paré para pedirle la llave.

—Volvamos a la cabaña, te invito a una cerveza —propuso Qwilleran—. No me importa confesar que en mi vida me he alegrado tanto de ver a alguien. —Qwilleran se preguntó cómo había ido a parar a manos de Tom la pistola de Fanny, pero optó por no pensar en ello.

—Es muy bonita. Es de oro.

—¿Cómo te lo podré pagar, Tom? Me has salvado la vida.

—Es usted un buen hombre. No quería que le hiciesen daño.

Qwilleran condujo hacia la cabaña. Tom le seguía en su camioneta azul que brillaba como si fuese nueva. Se sentaron en el porche sur para quedar a resguardo del viento que soplaba del nordeste, inclinando árboles y moviendo los arbustos en una danza frenética.

Qwilleran sirvió una cerveza y propuso un

brindis:

—Por ti, Tom. Si no hubieses aparecido a tiempo, habría acabado convertido en una salchicha de pavo. —La broma, a pesar de lo sencilla que era, hizo mucha gracia a Tom, que era un hombre con un sentido del humor sencillo. Qwilleran quería que se sintiese cómodo antes de hacerle unas cuantas preguntas. Al cabo de un rato, preguntó con aparente ingenuidad—: Tom, ¿vas mucho por la granja de pavos?

—No, huele muy mal.

—¿Qué quería decir el granjero cuando amenazó con hablar si tú también hablabas?

En aquel rostro dulce se formó una sonrisa.

—Se refería al *whisky*. Él me sugirió que comprase *whisky*.

—¿Para qué?

—Para los presos.

—¿Los presos de la cárcel del estado?

—Me dan pena. Yo estuve en prisión una vez.

Qwilleran comentó, comprensivo:

—Imagino cómo te sentirías. No bebes *whisky*, ¿verdad? Yo tampoco.

—No me gusta el sabor —aclaró Tom.

El periodista era un buen entrevistador; se mostraba amable, no hacía preguntas bruscas, abordaba las cuestiones desde un punto de vista amistoso. Quiso frenar el ritmo. Aprovechó para levantarse, matar una araña y romper la tela. Comentó la cantidad de arañas que veía y su interés por decorar la cabaña, tanto dentro como fuera. Luego prosiguió:

—¿Cómo entregabas el *whisky* a los prisioneros?

—Él se lo llevaba.

—Disculpa, Tom, llaman por teléfono.

Era Alexander Goodwinter. Acababa de volver de Washington y quería expresar su pesar por la muerte de una dama tan encantadora. Él y Penélope tenían pensado ir a Mooseville y querían hablar con él para discutir un asunto.

Qwilleran sabía cuál era ese asunto. Como responsables de la herencia, le pedirían mil dólares al mes por la cabaña. Regresó al porche. *Koko* había estado «charlando» con Tom durante su ausencia.

—Tiene una voz muy potente —explicó Tom—. Le he acariciado. Tiene una piel muy bonita y suave.

Qwilleran hizo unos comentarios acerca de las características de los siameses y comentó lo mucho que le gustaba a *Koko* el pavo. Luego retomó su encuesta.

—Supongo que tendrías que entregar el *whisky* en la granja de pavos.

—Lo dejaba en el cementerio. Me pedía que lo dejara allí. En un sitio especial.

—Espero que te pagara por ello.

—Me daba mucho dinero. Estaba bien.

—Siempre es bueno recibir un poco de dinero extra. Estoy seguro de que lo guardas en un banco para comprarte un barco o algo así.

—No me gustan los bancos. Lo escondí.

—Bueno, basta con que el sitio sea seguro. Eso es lo importante. ¿Quieres otra cerveza?

Se tomó un tiempo para servirla y comentar la velocidad del viento y la posibilidad de que se convirtiera en tornado. La temperatura era anormalmente alta y el cielo tenía un tono amarillento.

—¿Comprabas el licor en Mooseville? No tienen marcas demasiado selectas.

—Me pedía que lo comprara en sitios distintos. A veces me pedía *whisky*, otras ginebra.

Qwilleran deseaba tener a mano su pipa. El ritual de encender la pipa le ayudaba a crear pausas y ayudaba a que el entrevistado más tímido o reticente se relajara.

—Sería interesante saber cómo introducía el licor en la prisión.

—Lo llevaba en el camión, con los pavos. Me pedía que comprase botellas medianas para que cupiesen dentro de los pavos.

—Es una forma muy original de rellenar un pavo —opinó Qwilleran, logrando arrancar una carcajada a su interlocutor—. Si no ibas a la granja, ¿cómo sabías qué licor tenías que comprar?

—Venía a la cabaña y dejaba algo grabado. Lo escuchaba al venir a trabajar. Era agradable. Me gustaba. —Tom pensó en algo y sofocó una sonrisa

— Lo dejaba detrás del alce.

— Siempre me dije que ese alce tenía mala cara, pero ahora entiendo el motivo.

Tom rió abiertamente. Se estaba divirtiendo.

— De modo que ponías la cinta cada vez que venías.

— También ponía música.

— ¿Por qué no te dejaba una nota el granjero?

Qwilleran hizo una pantomima de una persona escribiendo:

«Querido Tom, tráeme cinco botellas de *whisky* escocés y cuatro de ginebra. Espero que te encuentres bien. Que tengas un buen día. Con cariño, tu amigo Stanley».

Tom lo pasaba bien con aquellas tonterías. Luego se puso serio y contento.

— No sé leer. Ojalá supiese leer y escribir.

Estaría bien.

Qwilleran siempre tenía problemas para creer en los porcentajes de analfabetos que había en Estados Unidos, pero tenía un caso vivo ante sí. Mientras luchaba por aceptarlo, sonó el teléfono de nuevo.

—¡Hola, Qwill! —dijo una voz que le resultaba familiar—. ¿Cómo va todo por ahí arriba?

—Bien, Arch. ¿Has recibido mis cartas?

—Recibí dos. ¿El clima...?

—No habrás llamado para que te hable del tiempo, ¿verdad? ¿Qué te traes entre manos?

—¡Tengo buenas noticias, Qwill! Pronto recibirás una carta de Percy, pero pensé que era mejor que te adelantara la noticia. ¿Recuerdas el trabajo de periodista de investigación del que te hablé? Percy quiere que vuelvas ahora mismo y empieces. Si los del *Rampage* encuentran a alguien antes, a Percy le dará un ataque. Ya sabes cómo es.

—Hummm —musitó Qwilleran.

—Te dobla el sueldo y cuenta de gastos ilimitada. Además, coche de la compañía y uno nuevo para uso particular... ¿Qué te parece?

—Me pregunto qué ofrecerán los del *Rampage*.

—No te hagas el gracioso. Recibirás la carta de Percy dentro de un par de días, pero quería ser el primero...

—Gracias, Arch. Te lo agradezco. Eres un buen tipo. Lástima que seas redactor.

—Otra cosa, Qwill. Sé que necesitarás un nuevo apartamento, Fran Unger se casa y deja el suyo libre. Está cerca de la oficina y el alquiler es razonable.

—Y las paredes están pintadas de rosa y decoradas con jirafas galopando.

De todos modos, no lo olvides, hasta pronto. Saluda de mi parte a ese gato listo que tienes.

Qwilleran estaba confuso, impresionado y feliz. Tom estaba pensando en marcharse y tenía que agradecerle de nuevo lo que había hecho por él. Tomó el tintero de latón que había en la barra de la cocina.

—Esto es algo que me gustaría que tuvieras, Tom. Hay que pulirlo, pero sé que lo harás muy bien. Es un tintero que ha viajado por todo el mundo en barcos durante más de cien años.

—Es muy bonito. Nunca he tenido nada parecido. Lo puliré cada día.

Tom midió la ventana rota y fue a Mooseville para comprar cristal. Qwilleran se sentó para pensar la oferta del *Fluxion*. Ahora que había decidido dejar ese hermoso lugar, se sentía melancólico. Debería haber dedicado más tiempo a disfrutar del paisaje, de los cambios de tono del lago, de las telas que tejían las laboriosas arañas. Recordaba los problemas cotidianos de la oficina: los memorandos

rosas de Percy; los afiladores de lápices eléctricos que nunca funcionaban; los seis ascensores que iban de subida cuando todos querían bajar; las pantallas que complicaban el trabajo en lugar de simplificarlo. De pronto, se dio cuenta de lo mucho que le dolía la rodilla.

Colocó la pierna sobre una silla. Unos ojos azules lo miraban fijamente a través de una máscara marrón, desde el respaldo de otra silla, la misma sobre la que se había posado el halcón.

—Bueno, *Koko* —comenzó Qwilleran—, las vacaciones no han resultado como esperábamos, pero no hemos perdido el tiempo. Hemos descubierto a un criminal en plena acción. Qué lástima que no pudiéramos descubrirle antes de que matara a Buck Dunfield... Qué lástima que nadie aquí sepa lo listo que eres. Aunque se lo contásemos no nos creerían.

El viento y el oleaje camuflaron el ruido del

coche de los Goodwinter hasta que aparcaron frente a la cabaña. Qwilleran salió a recibirles... Alexander tenía un aspecto impecable y Penélope se veía radiante y un poco sonrojada. Al darle la mano, la joven le dio un apretón de más. Además de su perfume, su aliento olía a menta.

—Está flojo —dijo.

—Me comí una seta venenosa... La arrancó el viento. Creo que vamos a tener un tornado.

Alexander se sentó directamente en el sofá de *Yum Yum*. Penélope fue hasta la ventana para mirar las aguas turbulentas del lago y alabó la buena ubicación de la cabaña.

Qwilleran se dijo que era una buena manera de introducir el tema.

—Lamento que estuviera en Washington cuando ocurrió este desafortunado accidente —comentó Alexander—. Mi hermana me ha dicho que fue usted

de gran ayuda, que fue a Pickax varias veces y dedicó muchas horas a revolver entre las pertenencias de la señora Klingenschoen. Supongo que no ha sido nada agradable.

—Había mucho donde buscar —explicó Qwilleran—. Afortunadamente me acompañaba una amiga de la ciudad que se prestó a ayudarme. — Optó por no mencionar la colaboración de *Koko*; no sabía si los Goodwinter estaban preparados para admitir la posibilidad de la existencia de un gato detective.

—Siento no haber podido asistir a la misa en su honor, pero creo que Penélope ha cumplido con su trabajo y todo ha salido a pedir de boca.

Su hermana se quedó mirando la mesa, que tenía un aspecto muy convincente, como si hubiese estado escribiendo en ella y se desplomó sobre uno de los sofás.

—Alex, ¿por qué no vas directo al grano? El

señor Qwilleran está escribiendo y le estamos robando su tiempo.

—¡Ah, sí! El testamento... Ha surgido un problema en relación con el testamento.

—Yo no veo problema alguno —rectificó Penélope—. Lo estás inventando antes de que surja.

El hermano mayor lanzó una mirada de desaprobación a la joven, se aclaró la garganta y abrió el maletín:

—Como sabe, señor Qwilleran, la tía Fanny dejó su testamento en la caja fuerte, escrito de su puño y letra. Ha escrito varios testamentos a lo largo de los años y ha cambiado de idea con frecuencia. Guardó los tres últimos testamentos (nosotros se lo recomendamos). Están fechados, naturalmente, y sólo es válido el más reciente. Tener los tres testamentos nos ayuda a entender mejor los sentimientos de la anciana durante sus últimos años de vida.

Qwilleran miró la expresión del abogado y después se fijó en su zapato; el triángulo marrón de la cara de *Yum Yum* empezaba a aparecer bajo las faldas del sofá. Por su parte, *Koko* estaba sentado sobre la cabeza del alce y presidía la reunión con gran autoridad.

—El testamento más antiguo, que no es válido, cede todos los bienes de Fanny a una entidad estatal de Atlantic City para que rehabiliten ciertos barrios, que tenían un valor sentimental para ella, aunque los demás los consideraríamos... indeseables.

*Yum Yum* sacó la pata de su escondrijo. Penélope se percató de la maniobra e hizo un esfuerzo mental por no echarse a reír.

Goodwinter prosiguió:

—El segundo testamento tampoco es válido, lo comento sólo para que vea cómo cambiaron las preferencias de Fanny. En ese documento cede la mitad de sus bienes a la entidad estatal de Atlantic

City y la otra mitad a las escuelas, iglesias, los centros de cultura y caridad de Pickax. Teniendo en cuenta la cuantía de sus bienes, había bastante para repartir entre todos. Ya había prometido ciertas cantidades a algunas entidades.

Qwilleran comprobó los progresos de *Yum Yum* y miró a Penélope, que le devolvió la mirada y soltó una carcajada.

—¡Penélope! —la reprendió su hermano, consternado—. Por favor, déjame terminar... El testamento más reciente deja un dólar a cada una de esas entidades, una buena precaución, desde mi punto de vista...

—Alex, ve al grano —instó Penélope, agitando la mano—, y dile al señor Qwilleran que se lo lleva todo.

De pronto, se escuchó un maullido proveniente de la cabeza del alce.

—Así es —concluyó el abogado—. En el testamento más reciente, fechado en el mes de abril de este año, que por lo tanto revoca los anteriores. La lectura oficial del testamento tendrá lugar el miércoles por la mañana en nuestra oficina.

Qwilleran meneó la cabeza como si fuese un perro mojado. No sabía qué decir. Miró a Penélope en busca de ayuda, pero no hacía más que sonreír de forma estúpida.

Finalmente dijo:

—Es una broma, ¿verdad?

Goodwinter insistió:

—Le aseguro que el testamento es legal. El problema, si usted quiere, es que muchas de las organizaciones que esperaban sumas millonarias tratarán de impugnarlo.

—Eran promesas verbales de Fanny —recordó Penélope a su hermano—. Los derechos del señor

Qwilleran son los únicos que están garantizados por la ley.

—Sin embargo, no estaría de más hacer una donación para las obras de caridad de Pickax y a algunas instituciones a las que Fanny mencionaba en su anterior testamento, le aseguro que...

—Alex, has olvidado mencionar las condiciones...

—¡Ah, sí! Verá, las pertenencias de Fanny, cuentas bancarias, propiedades..., se mantienen durante cinco años. Usted puede disponer de los beneficios, señor Qwilleran, si accede a vivir en Pickax durante esos años y mantener en buen estado la residencia Klingenschoen... Pasado ese tiempo, podrá hacer lo que guste con el dinero porque... será suyo.

Se produjo un silencio y todos se miraron. En la habitación de invitados se batía una ventana.

Goodwinter dijo preocupado:

—¿Hay alguien más en casa?

—Está Tom —respondió Qwilleran—. Ha venido a arreglar una ventana rota.

—¿Y bien? —inquirió Penélope—. No nos tenga en vilo.

—¿Qué ocurre si me niego a aceptar las condiciones?

—En ese caso —aclaró Goodwinter—, el testamento establece que los fondos vayan a parar a Atlantic City.

—Y si van a parar a Atlantic City —añadió Penélope—, se producirá un motín en Pickax y lo lincharán, señor Qwilleran.

—Creo que me están tomando el pelo —reiteró Qwilleran—. No veo por qué Fanny haría algo así... un gesto tan increíble. La conocí en persona hace dos semanas; hacía cuarenta años que no nos

habíamos visto.

Goodwinter echó mano de su maletín y sacó un papel, escrito con el peculiar estilo de Fanny.

—Dice que le considera su sobrino puesto que su madre y ella fueron como hermanas.

Penélope rió.

—Vamos, Alex, átate el cordón del zapato y larguémonos. Esta noche tengo una cita para cenar.

La furgoneta de Tom había desaparecido cuando los dos abogados se marcharon. Le dieron la mano y le felicitaron. Penélope estaba un poco rara. Qwilleran no sabía si estaba celebrando algo o si se sentía desencantada.

El gato bajó de la cabeza del alce en tres fases.

—Bien, *Koko* —comentó Qwilleran—, ¿qué opinas de todo esto?

*Koko* rodó sobre su espalda y se lamió la cola.

Qwilleran preparó rápidamente un plato de pavo para los siameses. Estaba preocupado pensando en las bombas que le habían lanzado Arch Riker y Alexander Goodwinter, y optó por prepararse un café instantáneo. Estaba tan nervioso que olvidó el ingrediente principal. Miró el lago con la taza en la mano y bebió varios sorbos sin darse cuenta de que era agua caliente.

Las pequeñas olas rompían en la orilla; las hierbas se doblaban con el viento; los árboles movían frenéticamente sus ramas y hasta las flores silvestres se resistían al tremendo viento que soplaba bajo el cielo gris. Nunca había visto algo tan violento y tan hermoso. «Esto podría ser mío», pensó. ¿Podía imaginar alguien un dilema semejante? Sus dos mitades luchaban entre sí.

El periodista pensaba:

«Es la oportunidad de tu vida. Periodismo de investigación... lo que siempre has querido hacer».

El hombre normal argumentaba:

«¿Estás loco? ¿Vas a dejar los millones de Fanny por un trabajo en un periódico de la llanura central de Estados Unidos? En cuanto le caiga el primer juicio al *Fluxion* por tu causa, Percy da marcha atrás. ¿Qué harás entonces? Volver a las crónicas gastronómicas o algo peor.

»Pero soy periodista. ¡Escribir es mi vida! No es un trabajo, es lo que me gusta hacer.

»Pues compra un periódico con el dinero de Fanny. Compra toda una cadena, si quieres.

»Nunca he querido ser un magnate de la prensa. A mí me gusta estar sobre el terreno, sacar a la luz historias y escribirlas tecleando con dos dedos en una vieja máquina negra.

»Si tienes tu propio periódico, puedes hacer lo

que te dé la gana. Incluso puedes decidir qué tipo de letra te apetece, como hace el tipo del *Picayune*.

»No necesito mucho dinero ni propiedades. Siempre me ha bastado con lo que he ganado.

»Pero te estás haciendo viejo y en el banco no tienes más que 1245.14 dólares. Olvídate de la pensión del *Fluxion*; no ganarás ni para comprar sardinas a los gatos.

»Tendría que vivir en Pickax y echaría de menos el frenesí de la gran ciudad. Nunca he vivido en un pueblo.

»Puedes ir a Nueva York, a París o a Tokio siempre que quieras. Incluso puedes comprar un avión para ti solo».

*Koko* maulló, indignado. Todavía esperaba su cena. Qwilleran había puesto el plato del pavo en el mismo armario en que escondía el teléfono.

—Lo siento, amigos —se excusó. Esperó a ver

cómo reaccionaba *Koko* ante la comida. Ese increíble gato había rechazado el pavo de la granja de Stanley Hanstable para transmitir su mensaje. Ahora lo devoraba a placer, relamiéndose.

Qwilleran sintió la necesidad de hablar con alguien con mayor variedad léxica que sus gatos y llamó a Roger MacGillivray.

—¿A qué hora sales de la oficina? ¿Por qué no pasas por aquí a tomar una copa? Pero no vengas con Sharon. Quiero hablar contigo a solas.

*Koko* había acabado de cenar y estaba aseándose como de costumbre, gruñendo y ronroneando. Inspeccionó la chimenea, el equipo de música, el lavabo. Apoyó la pata en dos teclas de la máquina de escribir: la x y la j, olisqueó uno de los títulos que había en las estanterías de abajo, un libro de pájaros. Entró en la habitación de invitados y Qwilleran lo siguió de cerca.

A *Koko* y a *Yum Yum* les gustaba dormir en la

litera de abajo. Durante la visita de Rosemary habían tenido que emigrar a la de arriba. *Koko* inspeccionó la cama, murmurando algo para sus adentros, y buscó algo en la colcha. La litera estaba apoyada contra la pared y *Koko* empezó a rebuscar entre los troncos y el colchón. Metió una pata y luego la otra y se estiró cuanto pudo hasta sacar un par de medias. De todos modos, seguía sin estar contento y no cejó hasta extraer un brazalete de oro.

Qwilleran lo cogió.

—¡Esto es de Mildred! ¿Cómo ha ido a parar aquí?

Según Mildred, se le había caído cuando vino a traer el pavo la semana anterior. Mildred había estado en la cabaña en aquella ocasión con alguien que fumaba Groat y Boddle, aunque Buck Dunfield negaba conocer la cabaña.

Qwilleran sacó la agenda verde de Fanny, que todavía guardaba en el bolsillo, y buscó en la letra

H.

«HUND, RD. —Compró tres granjas que estaban en la ruina y vendió los terrenos para el aeropuerto, unos meses después.

»HANSTABLE, S. —Gana poco por llevar los pavos a la prisión. Demasiado poco.

»HANSTABLE, M. —Duerme fuera de casa».

Qwilleran fue a la página de la Q y encontró que lo describía como un antiguo alcohólico. No había nada bajo la M de Roger, pero de Dunfield decía que era un mujeriego y tenía dos páginas llenas sobre los Goodwinter, que parecían unos pecadores sin remedio.

Qwilleran lanzó la agenda a la chimenea, vació la papelera sobre ella y añadió unos trozos de leña. Echó una cerilla encendida en el momento en que sonó la campanilla de la entrada. De inmediato, se arrepintió de quemar un compendio de escándalos

semejante. Si decidía vivir en Pickax, aquello podía serle muy útil. Pero era demasiado tarde. El viento había avivado el fuego y el papel se había convertido en cenizas.

En la puerta le esperaba un joven abatido. Roger tenía la piel más blanca que de costumbre y su cabello parecía más negro.

—Pasa y ponte cómodo —invitó Qwilleran—. Hay demasiado ruido para sentarnos en el porche. El viento sopla con fuerza y el oleaje es ensordecedor.

Roger se sentó en uno de los sofás y se quedó mirando el fuego, en silencio.

—Te vi con Mildred y Sharon en la misa por Fanny. ¿Qué te pareció el acto?

—Era lo que esperaba —contestó con voz monótona—. Todos los que estaban allí esperaban haber heredado algo. La reina de Pickax solía hacer muchas promesas.

—¿A ti te prometió algo?

—Por supuesto, un par de cientos de dólares para iniciar mi reserva submarina... Supongo que tendría que felicitarte.

—¿Por qué?

—Por heredar la mitad de Pickax y buena parte del condado de Moose.

—¿Cómo lo sabes? Leyeron el testamento hace apenas un par de horas.

—Tengo que proteger a mis confidentes — contestó Roger.

Qwilleran suspiró. Sospechaba que la secretaria de los Goodwinter podía ser la madre de *Junior*, o una tía, porque tenían cierto parecido. Sin duda *Junior* había corrido a dar la noticia a Roger.

—Bueno, Roger, amigo, por ahora no he aceptado los términos de la herencia. Si tienes suerte, volveré al *Fluxion* y la mitad de Pickax y tres

cuartas partes del condado de Moose irán a parar a Atlantic City.

—Lo siento —contestó Roger—. No pretendía ser desagradable, pero todos estamos decepcionados con las promesas incumplidas de tu tía.

—No era mi tía y, además, no viviría aquí por nada del mundo. Tenéis un periódico que es una farsa. La radio debería estar prohibida. Los restaurantes se especializan en masacrar la comida. El condado entero vive aislado y probablemente practique la endogamia. Eso sin contar lo que pienso de los mosquitos.

—¡Espera! No te enfades —dijo Roger—. Preferimos que el dinero se quede entre nosotros a que acabe en Nueva Jersey, en un barrio de burdeles.

—Está bien, tomemos una copa y enterremos el hacha de guerra. ¿Te apetece un *whisky* o una cerveza?

Charlaron cordialmente sobre las maravillas de la cabaña.

—Es fantástica —concluyó Roger—. A Sharon y a mí nos gustaría tener un sitio como éste algún día. El chalet de Mildred está bien, pero es como las casas que hay en el pueblo. Esta cabaña es perfecta para el bosque. Me pregunto quién mataría ese alce. —De pronto, se estremeció—. ¡Dios mío! Hay un gato ahí arriba. Me dan miedo los gatos, me mordió uno cuando era pequeño.

—Seguramente le tiraste de la cola y merecías que te atacara —comentó Qwilleran—. Te presento a *Koko*. Es inofensivo, si eres una buena persona. Supongo que te has enterado de lo que le ocurrió a tu suegro.

Roger meneó la cabeza con desespero.

—Sé que está en la cárcel. Era inevitable, por supuesto. Stanley lleva diez años traficando con ellos.

—Es extraño —admitió Qwilleran—. Me siento mal acusando a tu suegro simplemente porque es el marido de Mildred, pero me amenazó con un cuchillo... Aunque sigo detestando tener que hacerlo.

—Bueno, así funcionan las cosas por aquí. Todo el mundo sabe lo que ocurre, pero nadie quiere hacer nada al respecto. Todos tenemos algún pariente, un amigo o un vecino implicado.

—El agente que lo detuvo se excusó al hacerlo. Se conocen desde que eran niños. Si no te importa que lo diga, es el ambiente perfecto para la corrupción. —Qwilleran avivó el fuego y lanzó un par de leños más—. ¿Qué pasó con Stanley diez años atrás?

—Empezaba a salir con Sharon cuando inició sus trapicheos. Estaba acostumbrado a la buena vida y de repente contrajo esa terrible infección intestinal. Era como una maldición. Ni su propia

familia podía resistirlo. Mildred no podía vivir en la misma casa. Sharon y yo nos distanciamos porque no parecía adecuada la presencia de un padre indigesto en una boda normal. El tipo se convirtió en un marginado, eso es todo.

—¿No consultó con ningún médico?

—Sí, todo tipo de especialistas. Sospechaban que pudieran ser los pulmones, una infección de las glándulas sudoríferas, un envenenamiento de urea crónico y demás. Pero no obtuvieron resultados, ningún tratamiento funcionaba. La doctora Melinda... como tú le llamas, me dijo que algunas personas simplemente apestaban porque sí.

—¿Mildred intentó divorciarse?

—Temía hacerlo. Decía que la mataría; estaba convencida de que lo haría. Aquello no era vida para una mujer cariñosa y saludable, de modo que tenía unas cuantas aventuras.

—¿Con Buck Dunfield, por ejemplo?

—No fue el primero... pero resultó el menos afortunado.

—¿Por eso lo mató Stanley?

—Bueno, todo el mundo sabía que odiaba a Buck. Estaba al corriente de lo que sucedía.

—Sospecho que lo mató porque Buck empezó a husmear en sus asuntos de viajes con reclusos evadidos. Viajes sin retorno...

—Hay algo que no entiendo —declaró Roger—. ¿Cómo pudo Buck no darse cuenta de que entraba Stanley? El forense dijo que lo cogieron por sorpresa.

—Yo sí lo entiendo. Buck había perdido el olfato. Los peces muertos de la orilla no le molestaban. ¿Sabía Mildred que su marido era el asesino?

—Todo el mundo lo sabía. La policía lo

sospechaba, pero no tenía pruebas suficientes. Esperaban que cometiera un error.

—¡Todo el mundo lo sabía! El lema del condado de Moose debería ser *Omnes Sciunt*. ¿Cuál era el contacto de Stanley en la prisión?

—Vendía sus pavos muy baratos. Era su forma de entrar. Dentro había quinientos clientes.

—Tenía que estar mejor organizado. Recibía pedidos de alcohol y tal vez de drogas. Podía sacar a un recluso oculto en su camioneta. ¿Sabías que organizaba viajes a Canadá para los fugados?

—Corría el rumor, pero nadie se atrevía a tirar la primera piedra. Tenía que ser un extranjero como tú.

Qwilleran le contó a Roger la historia de la cinta y sus intentos por identificar la voz. Se preguntó si convenía explicar el papel desempeñado por *Koko* en la trama. El gato había encontrado la cinta,

dirigiendo su atención hacia la prisión y luego hacia la granja de pavos, había atacado al intruso y le había ofrecido la pista definitiva: el billetero.

No, Qwilleran pensó que era mejor no hacerlo. Roger no creería semejante historia.

—Dejemos este tema tan deprimente... ¿Has visto algún otro ovni?

Antes de marcharse, Roger afirmó:

—¡Casi lo olvidaba! Ha llamado una mujer de la ciudad a la oficina de turismo. Quería saber cómo podía ponerse en contacto contigo. Dejó su número de teléfono. Quiere que la llames lo antes posible.

Le tendió un papel en el que figuraba el teléfono del *Morning Rampage* y el nombre de la redactora jefe.

Qwilleran la llamó y fue a Mooseville para declarar en comisaría y cenar en el hotel Northen Lights. Se sentó solo en uno de los apartados y echó

de menos su pipa. Lo primero que haría si aceptaba los términos de la herencia de Fanny era encargarse unos paquetes de Groat y Boddle número cinco. Si optaba por el trabajo en el *Fluxion* o en el *Morning Rampage*, pronto olvidaría su estancia en Mooseville, como si hubiese sido un sueño. Su gorra naranja empezaba a parecerle ridícula.

Después de cenar, volvió a la cabaña, disfrutando del paisaje, de cada pino, de las vistas del lago desde la carretera. La belleza del entorno, que realmente había ignorado desde su llegada, le parecía un tesoro que conservaría para siempre en su memoria. Tal vez nunca volvería a ver un lugar como aquél y no se había tomado la molestia de mirar bien el hotel ni de esperar a ver un ovni.

El coche del *sheriff* pasó junto a él con la sirena encendida. A pocos metros iba un camión de bomberos. Qwilleran se asustó y apretó el acelerador. ¡La cabaña! ¡Había dejado la chimenea encendida! ¡Los gatos!

Cuando llegó al camino de la finca Klingenschoen, vio que los bomberos apagaban una camioneta que se había salido de la calzada cerca de la escuela. Había varios coches parados.

—¿Hay algún herido? —preguntó a los que miraban. Le contestaron que no. Afortunadamente el bosque no se había incendiado.

Qwilleran volvió a la cabaña y de pronto se le ocurrió que la camioneta incendiada parecía una de aquellas típicas azules.

Aparcó el coche y oyó a *Koko* maullando en el interior de la cabaña. Abrió la puerta y el gato salió corriendo al porche y se puso a dar saltos de un lado a otro, subiéndose a la verja.

Qwilleran fue a buscar la correa, se la puso al siamés y abrió la puerta. *Koko* se dirigió hacia el cobertizo, arrastrando a Qwilleran tras él.

La puerta del cobertizo estaba abierta. En el

interior todo estaba oscuro, pero Qwilleran vio que había dinero esparcido por el suelo. El gato se adentró en la oscuridad, lanzando lastimosos sonidos guturales. Una ráfaga de viento hizo volar los billetes y Qwilleran tropezó con una botella vacía. *Koko* empezó a maullar, pero no como solía hacerlo, sino con un tono mucho más agudo. Qwilleran tiró de la correa y lo siguió.

Algo brillaba en el suelo. Era una pequeña pistola con un mango dorado de estilo florentino. El cuerpo de Tom yacía cerca de la vieja cuna.

Qwilleran tiró de *Koko*, salió del cobertizo y llamó a la oficina del *sheriff*.

En cuestión de segundos, apareció un agente.

—Estábamos aquí mismo, en la carretera —explicó—. Han incendiado una camioneta sin conductor. Parece un incendio provocado.

Se llevaron el cuerpo en ambulancia. *Koko* iba y

venía por la cabaña, sin saber qué hacer. *Yum Yum* estaba sentada y lo miraba preocupada.

Qwilleran fue junto a la ventana y miró la gran extensión de agua que formaba el lago. ¿Cuáles podían ser los problemas y temores de un pobre muchacho como Tom? Estaba tan dispuesto a hacer todo cuanto se le pedía, era tan fácil de explotar, estaba tan agradecido de que le hubiesen dado un trabajo, de que le pagasen una empanada o le ofreciesen un hogar... Hanstable le hacía encargos y le ofrecía dinero para alimentar su sueño de comprar un club nocturno. Sin sus dos protectores, quizá Tom se sintió perdido, supuso Qwilleran.

La música interrumpió sus pensamientos. Era el principio del doble concierto de Brahms, con el solo de violoncelo. De repente, la música se interrumpió y se oyó una voz suave decir:

—Lo hice... la empujé... Era una anciana encantadora. Era mi amiga. —Se escuchaba un llanto

contenido—. Él me ordenó que lo hiciera. Me dijo que ganaría mucho dinero, suficiente para comprar un club nocturno. Dijo que seríamos socios... Ella prometió darme dinero. Prometió dejármelo todo. Solía decir que era como su hijo... ¿Por qué lo dijo? No hablaba en serio.

La voz se apagó y se oyó el ruido del viento y las olas, el maullido lastimoso de un gato. Luego se interrumpió la grabación y se escuchó un solo de violín.

Qwilleran tosió para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. El gato estaba sentado junto al equipo de música, contemplando la lucecilla roja. Qwilleran acarició la cabeza de *Koko*.

—¿Te dijo algo, *Koko*? ¿Se despidió de ti?

*Mooseville, domingo*

Querido Arch,

Tu llamada telefónica me dejó en estado de

*shock*. ¡Ahora soy yo quien tiene noticias para ti! Los del *Rampage* me han hecho una oferta mejor y la redactora jefe es bastante más guapa. ¿Crees que Percy podrá igualar la propuesta?

Por aquí las cosas han estado bastante moviditas. Alguien entró en la cabaña y *Koko* lo atacó. El intruso estuvo a punto de matarme con un cuchillo, días más tarde. Asesinó a uno de mis vecinos la semana pasada. La tía Fanny murió repentinamente el martes y su criado se suicidó ayer, en mi cobertizo. Por lo demás, las vacaciones han resultado bastante tranquilas.

Hay un pequeño problema. Ese nuevo trabajo tiene un aspecto excelente, pero acabo de descubrir que tía Fanny me ha nombrado único heredero de su incalculable fortuna. Por supuesto, hay truco. Tengo que vivir en Pickax. ¿Qué hago?

Si no crees nada de todo esto, no te culparé.

Qwill.

Sacó la hoja de la máquina de escribir. Sus dos voces interiores seguían discutiendo. «Sé fiel a tu profesión», decía el periodista, responsable. «Coge el dinero y corre», contestaba el otro.

*Koko* estaba sentado en la mesa mirando las teclas y las palancas de la máquina y *Yum Yum* pasaba junto a su cola.

—Dime qué tengo que hacer, *Koko* —rogó *Qwilleran*—. Nunca te equivocas. ¿Debo aceptar el trabajo?

*Yum Yum* lamió la oreja de *Koko* y ambos se miraron con amor. *Koko* soltó un ligero maullido.

*Qwilleran* resopló. ¿Aquello significaba sí o no?

# Notas

[1] Este libro ha sido digitalizado desde su versión en papel para la página epublibre. Si te lo has bajado de algún otro lugar, no dudes en visitarnos para poder tener el libro actualizado y corregido, cosa que hacemos conforme a los reportes de los usuarios. Si encuentras alguna errata, apúntala y comunícasnosla para ayudarnos a mejorar. <<